

Natalia Moreno

Madonna no nació en Wisconsin



Galaxia Gutenberg



Natalia Moreno

Madonna no nació en Wisconsin



Galaxia Gutenberg



© Romero de Luque

Natalia Moreno

(Zaragoza, 1979) es directora, guionista y productora. Formada en artes dramáticas, comenzó su carrera en el teatro y estudió dramaturgia con autores como Juan Mayorga o José Sanchis Sinisterra. Luego fundó Kokoro Films, desde donde desarrolla proyectos cinematográficos que han sido reconocidos con premios como el Goya o el Forqué.

Hoy cruza del plano visual a la palabra escrita: su primera novela abre grietas hacia mundos que duelen y sueñan. Que bucean y juegan.

Una historia tejida con memorias, heridas y renacimiento.

Esta es su voz: frágil y audaz, valiente y sensible.

Esta es la historia de una mujer que recuerda su pasado para poder tener presente. De una niña que cambia su nombre para mover el mundo un milímetro a su favor y seguir viva.

De un pueblo de los noventa lleno de cabras y silencios que gritan, un frontón en el que meterse mano, un cine de verano con sillas de casa, un bocata de sardinas, una abuela sola contra el mundo, una prima con *walkman*, *j'haybers* y olor a *aftersun*. Y, sobre todo, es la historia de alguien que solo tiene una bicicleta para poder escapar de semejante estercolero.

Una voz de reconciliación, de memoria, de reinvención y de ese empeño casi terco en querer quedarse en este tremendo planeta que se cae a cachos pero que, por raro que parezca, sigue siendo nuestra casa.

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: febrero de 2026

© Natalia Moreno, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026
Imagen de portada: © Albert Planas, 2026

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 979-13-88019-53-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A mis M. y J. A.,
que me dieron todo el amor, el alma y la lengua.
A mi A. con el que tejimos el nido.
A mi hijo,
que me dio el futuro.
Y a todas las mujeres que fuimos,
para que no olvidemos y sigamos siendo.

Capítulo 1

Dos fantasmas me acompañaban desde hacía años. Mi padre, al que yo había decidido abrazar y ser leal desde el día de mi nacimiento hasta mi muerte, aunque esta fuera dolorosa, sangrienta y me arrastrara por la mugre. Y la joven que yo había sido, que se agarraba con uñas y dientes al sofá de mi casa para que la mujer que hoy se estaba despertando no la asesinara definitivamente y la mandara al infierno con una carta de agradecimiento por habernos mantenido con vida.

Tenía cuarenta y seis años. Fumaba como una locomotora, bebía pocas veces pero si bebía era hasta caer de bruces. En general no me entendía muy bien a mí misma y siempre incumplía cualquier promesa que me hiciera.

Me llamaba Madonna. No, claro que no, me llamaba con un nombre de santa española, pero así había decidido bautizarme, para darme un pelín de cancha, glamur y ganas.

Mi marido y yo éramos dos tortugas hibernando, cada una en un archipiélago con su microclima propio. Muy majos, muy correctos pero reteniendo líquidos. Compartíamos la misma vivienda porque teníamos un hijo. Mauro dormía en esa cama de dos en la que solo descansaba uno, y yo fumaba.

No podía más de humos. No podía más de soledad. No podía seguir caminando y no entender el porqué de mi vida.

Entonces, un día, en una convención de mierda, vi a un tío de refilón y mi coño aletargado latió por dos segundos recordándome que aún me quedaba sangre en las venas.

Me pareció razón suficiente para pararlo todo, analizar qué me ocurría, mirar *padentro* de una vez y dejar el sainete eterno del vacío crónico. Parar.

Parar antes de seguir deseando de refilón, sin saberlo y sabiendo, la muerte.

Lo dinamité todo. Por los aires.

Me fui de mi hogar, claro, era lo más coherente y honesto aunque no lo entendiera ni yo.

Me mudé a la casa de una viejita de mi barrio que decidió irse a Guadalajara con los hijos y me vendió las ruinas de un gallinero. Lo compré con mis ahorros y un puñado de inconsciencia.

Pinté con mis manos la casucha y le lavé la cara todo lo que pude. Sin éxito. Sin ilusión. Pura supervivencia.

La decisión había sido impulsiva y, ahora que dormía en el suelo frío de una casa que era grieta, empezaba a sentir el sartenazo en los dientes y el reflujo de algo que se había resquebrajado dentro. Yo no había calculado nunca que, en mi acto de ruptura y rebeldía, era yo la que se iba a resquebrajar. Pensaba que lo harían las cosas, y que se reorganizaría el caos, como pasa en el universo entero. Pero esta ola era más profunda de lo que había sospechado y estaba moviendo la arena de un fondo embarrado que había permanecido en calma durante años. Yo ya no quería ser más un suelo de lodo enfadado y repleto de cadáveres.

La casa-gallinero que me había comprado tenía un metro de tierra y un árbol comido por la carcoma. Daba igual, yo amaba tener un árbol. Planté semillas que nunca llegarían a darme sombra. Lloré litros sobre las semillas, y sobre los rincones, y las estanterías, a ver si me licuaba entera y mi pellejo se rellenaba de otra más fuerte y nueva que supiera vivir. Me duché con una manguera fría, muchas veces, para volver a la realidad y dejar de hacer círculos en la nebulosa de mi dolor, que me tenía a quince minutos de la camisa de fuerza.

Yo no quería estar así pero estaba, estaba en esas, y ya no me quedaban disfraces para fingir. Fin de la farsa.

Me salieron patillas blancas. Quemé las cartas de amor del pasado.

Atesoré las diapositivas antiguas de mi mente, y llegué a la conclusión de que ya no tenía espacio para nuevas memorias. No quería tirar ni un solo recuerdo de las pocas cosas bonitas que había vivido, quería quedarme con ellos pegados al centro de lo que yo fuera, como sostén y guía.

Al anochecer, gastaba mis dedos en pajas que siempre acababan en llanto y en una necesidad enorme de ser abrazada.

Y, sobre todo, sobre todo, fumaba. Fumé hasta ahogarme viva.

Se volvió a instalar en mi interior el silencio de la infancia, y salió a la superficie en forma de tics hechos de todas las carencias de años sin abrazos, ni risas, ni hostias. Solo lijas de diferentes gramajes.

Tenía que sacarme del boquete, sola, como siempre había hecho.

Mi padre tenía setenta años y enfisema pulmonar. Yo le había desgastado la oreja en muchas ocasiones. Sí o sí, él tenía que dejar de fumar. Había llegado al mercado una pastilla azul que tomabas durante veintiún días y te liberaba de la adicción a la nicotina. Compramos el medicamento a la vez, para atravesar el desierto juntos, mandándonos wasaps.

Mi padre no era el más hablador, y ni de lejos se iba a sentar frente a mí para que sanáramos juntos las heridas o le diéramos lugar al pasado hablando del humo que usábamos para tapar silencios. Nos mandábamos emoticonos. En un despiste, me decía que su mandarino iba viento en popa y, entre dientes, que extrañaba a mi hijo.

Creo que me distraje con alguna mosca nueva.

A los veintiún días, mi padre me llamó por teléfono y me dijo que lo había logrado.

Había dejado de fumar.

Yo estaba pintando los muros de la casagallinero en la que vivía porque ya no podía dar marcha atrás a la guerra de misiles que yo misma me había montado. Mauro se había llevado a mi hijo a Eurodisney y añoraba cómo era viajar los tres juntos. Ya no me podía sentir más gusano, con más grietas, más reventada, más absurda.

Le colgué a mi padre porque, por primera vez, me faltó el aire. Me ahogaba de verdad.

Mi padre ya no fumaba. Ya no fumaba.

Nunca más.

Ni un cigarro más.

Sin el más mínimo esfuerzo, sin reflexiones, sin la necesidad de asesinar al que había sido y volver a parirse a sí mismo como un nuevo avatar, solo por un segundo. Vamos, que no se había cortado ni las uñas de los pies, el muy hijo de la gran puta. Y lo había logrado.

Mi padre, el adicto, había dejado de fumar.

Mecagoentodoslosdioses.

Colgué el teléfono. Me encendí un cigarro temblando y me eché a llorar desconsolada, ahí, entre latas de pintura, a ver si se derramaba el disolvente y me prendía fuego ya *pa* siempre y desaparecía carbonizada.

No entendía nada, pero sospechaba que lloraba por dos razones. La primera, de profunda felicidad que me generaba que mi padre lo hubiera logrado. Y la segunda, de pura orfandad.

¿Cómo podías dejarme sola en esta?

Yo te había acompañado como una fiel escudera en todos los vertederos que habías decidido cruzar a lo largo de tu vida. Yo le había gritado al mundo con un megáfono: «Mi papá no es un borracho que huele a antorcha. Si no, mírame a mí, cómo bebo y fumo tan pancha, somos supermajos y normales».

Estaba solísima y sentada sobre las ruinas de mi propia vida, que en el pasado había sido el Imperio romano. Ahora era el *Titanic*. Estaba a las puertas de un manicomio.

Fumé y lloré profundamente. Ambas cosas. Todo el día.

Lloré por todas las veces que no me permití llorar cuando era una niña.

Por aquella vez en que rodaste por las escaleras y te reventaste la mano, sangrando cual cerdo, y yo me tragué el susto, me lo metí en el culo, y te agarré del brazo como si nada, mientras los vecinos nos miraban como si hubiéramos aparcado el ovni en la puerta.

Lloré por cada noche en que hiciste eses hasta casa y yo fingí que bailábamos juntos. Por cada vez que te quedaste tirado en el sofá y te arrastré a la cama o te arropé en el salón, aunque al día siguiente me desintegrara de sueño en las monjas. Lloré por cada hostia que se te resbaló contra mí sin darte cuenta de que era yo quien te las sostenía.

Lloré también, y con amargura, por todas las veces que no me viste. Que no me sentiste.

Que no pudiste ayudarme aunque estuviera de mierda hasta las orejas, papá.

Tenía nueve años. Nueve.

Joder.

Y seguí llorando hasta que anocheció, por todos los hombres a los que había amado y perdonado, a pesar de que nunca me prestaron la chaqueta si hacía frío ni me miraron al fondo del ojo para ver ese pantano.

Y lloré por todo lo que no lloré el día que parí sola a mi hijo, porque Mauro estaba de viaje.

Lloré por el día que salí del hospital con el bebé en brazos y fue mi madre quien me ayudó con los puntos de la cesárea. Lloré por el miedo. Por la soledad espesa y muda que me tragaba entera mientras miraba a mi hijo, la cosa más bonita del mundo, y sentía que todo lo que yo había sido no alcanzaba, no servía, no podía ser suficiente para que él se sintiera amado y protegido por su madre.

Toda mi vida había estado más sola que la luna y lo veía ahora, así, de golpe, como en una epifanía que me llevaba directa al sufrimiento y a la maldición pero que no podía ya dejar de mirar.

Tenía cuarenta y seis años, mucho miedo, y una soledad que asustaba.

Por eso, cuando te vi a TI, todo fue diferente, me valías para salir de cualquier cueva.

El día que te conocí, en un milisegundo, supe que por ti podría cambiar. Ese día entendí a las madres de mi pueblo y por qué se apuntaban a ballet. Ballet, en un pueblo sin salas de baile, ni un solo Fred Astaire a la redonda. Lo hacían para creer en algo que las sacara de su cotidianidad dolorosísima. Aunque fuera una utopía y un engaño pagado con sus ahorros.

Yo necesitaba algo, y tú pasabas por ahí, sin más.

Si yo era una mejor versión de mí, tú me elegirías a mí. Si yo creía que tú me podías elegir a mí, podría imaginar algo diferente que aplacara un dolor tan antiguo que me cubría como una manta y no me dejaba ver.

Tú eras mis clases de ballet. Mi billete a una mujer más grande. La cuerda que me sacaría de todos mis barrancos para que pudiera seguir caminando en un suelo acolchado de césped.

O eso creía yo.

Capítulo 2

A los once años, por primera vez en mi vida, me llené los pulmones de humo de petróleo para hacerme carne. Lo hice para que una panda de muchachos granudos supiera que existía y quizá, con suerte, me tocaran las tetas en el *descampao* por la tarde. Había nacido en los setenta, en un pueblo español, y casi toda mi infancia había llovido.

Wisconsin olía a meaos y, por desgracia, yo vivía en pleno Wisconsin. Me autobauticé Madonna. Era la época del *Like a Virgin*, nadie en su sano juicio hubiera preferido llamarse como una santa española antes que Madonna. Bueno yo quería ser Madonna, así que no pregunté.

Mi pueblo era un pueblo marchito que aspiraba a ciudad. Uno de esos en los que en invierno las madres rascaban el hielo de la luna con el casete de Julio Iglesias, y en verano no podías bañarte hasta hacer la digestión o caías seca como un gorrión.

Wisconsin eran cinco casuchas con toldos de rayas azules Benidorm, pero sin playa. Una catetada repleta de catetos con coche bueno traído de Alemania y botas de caza llenas de barro. Un cine al que íbamos a desvirgarnos. Un marica localizado y perseguido. Un restaurante chino en el que empiparse y ser racista. Un frontón *pa* fumar porros y ser sobada. Un santo en agosto que olía a albahaca. Un señor que lo mismo era acomodador del cine que Baltasar pintado con un carbón cuando la palabra «*blackwashing*» ni soñaba con existir. Y lo más sofisticado, un club de tenis clasista sin clase.

En mi pueblo, mucha gente tenía miedo, yo no sé muy bien por qué, pero se sentía, se olía en los alientos y se escuchaba en los patios. En mi

edificio, casi todos los padres tenían miedo. Mucho más las madres, claro, pero ellas no lo tapaban tragando alcohol.

Cada cierto tiempo, en el portal, junto a la garita del Paco, el portero tartaja, ponían una mesita con flores y la foto de uno de los padres. Pero eso solo era cuando el padre la palmaba. Si no se morían, los padres hacían que, en mitad de la noche, las madres salieran con los hijos de la mano, en pijama y llorando, corriendo por el garaje hacia la casa de las otras madres vecinas que les abrían la puerta sin hacer ruido.

Vivíamos en cinco bloques de casas feas que formaban una avenida, y bajo todos los bloques había un garaje tan grande como un campo de fútbol.

Yo pensaba que era normal que en los garajes hubiera madres con los pelos rotos, llorando ahogadas, escondidas detrás de un Seat Panda, con los hijos mirándolas como quien contempla una aparición de la Virgen de Lourdes.

Un día, el portero, Paco el tartaja, se enfadó de más con un padre borracho que estaba dando por culo en el portal y lo llevó al garaje. La cosa debió de ponerse tensa, y Paco subió a su casa a por el cuchillo jamonero y le abrió un bolsillo en el vientre al padre gritón. Mi madre me contó que al gritón se le cayeron los intestinos por el suelo del garaje y él mismo se los recogió, como en un paquete, se los metió *pa* dentro y tiró *pal* ascensor.

En los garajes de mi pueblo había una buena juerga montada. Los padres escondían el whisky en el capó del coche, debajo de las colchonetas de la playa que se quedaban ahí esperándonos para ir a Salou en agosto. Los padres bajaban al garaje con cualquier excusa y las madres no preguntaban y subían la radio, para que tampoco preguntáramos los hijos.

Yo recuerdo que mi padre me sentaba en el asiento de atrás del coche, me daba un caramelo de violeta de Madrid de los que estaban en la guantera y ponía los chistes de Eugenio. Pobretico, pensaba que protegía mi infancia.

Yo escuchaba perfectamente cuándo caía el líquido contra su garganta y cómo mi padre tragaba.

Todo olía a violeta y a tasca.

Para hacer como que no lo veía y que al pobre hombre no le diera vergüenza, aprendí a disimular. Hacía todo tipo de papiroflexias con las

publicidades que dejaban en el ascensor y que yo recogía como si fueran un tesoro. Doblaba y plegaba papel hasta que mi padre acababa, y rezaba para no tropezarme al salir del coche con un trozo de intestino del padre gritón y para no ver a una madre tirada llorando, o quizá muerta detrás de una Vespa.

Aprendí a plegar una nave espacial y con los dedos dibujaba en el vaho de la luna un nuevo planeta y volaba lejos, muy lejos de ese coche maloliente.

Mi padre se bebía hasta los charcos para apagar el fuego que lo abrasaba. Y mi madre... Uf, mi madre.

Las madres de Wisconsin eran karatecas con nódulos en la garganta y se veían los miércoles en ballet.

Las madres eran jovencísimas, pobreticas las madres. Manejaban hijos y hogares sin capitán ni grumete, a la deriva y con los dientes apretados. Curraban, criaban y sentían a escondidas, si es que se acordaban de sentir. Doy por hecho que pocas veces durmieron ocho horas o las lamieron como Dios manda. Ni siquiera sé si tuvieron orgasmos con sonidos. Yo las escuché muchas veces gritar, de muchas formas, pero nunca de placer. A las madres más que el comer les hacían falta unos brazos donde llorar en cucharita sin dar explicaciones. Y se les notaba en la mirada, en el estar, en esa cosa que tenían de respirar sin soltar el aire del todo, para que nada se rompiera y poder defender a los padres o defenderse de ellos.

Todo eran verdades a medias en mi pueblo o mentiras tan grandes como un elefante tirando agua por la trompa, que a todos mojaba y ante el que nadie abría el paraguas.

Una Navidad tocó la lotería en una casita de bombillas que se veía desde la carretera. Me encantaba la casita y fantaseaba con que fuera mía y decorarla. Al parecer, dijeron los mayores que era una casita llena de mujeres de las que no iban a ballet porque dormían todo el día, las muy cerdas.

Vamos, de esas mujeres que no iban ni a ballet ni a la vuelta de la esquina. Y nadie, nadie del pueblo se atrevió a ir a cobrar la lotería que había tocado en la casita de mujeres vagas. Yo deseaba con todas mis

fuerzas que esas señoras putas se hubieran quedado con el fajo de pasta, se hubieran largado a una playa paradisiaca y vivieran en una comuna de tías forradas. Me parecía poesía pura imaginarlas de risas, brindando con un cóctel de mango fresco, no con el ron barato de marca blanca del Consum, y con los pelos de las ingles kilométricos, sin cortarse nada, como si el hecho de que nadie quisiera reconocer que las conocía las hubiera liberado de la condena de ser conocidas.

En mi pueblo, las niñas íbamos a las monjas; los niños, a los curas, y los pobres, huérfanos y gitanos, a la pública. Los moros aún no habían descubierto las pateras, y chinos solo eran los del restaurante, que a los seis años ya trabajaban.

«La pública» estaba también al otro lado de la carretera, como la casa de las putas, y yo no me atrevía ni a mirarla. Acercarme hubiera sido como abrazar explosivos. Solo de pensarlo me daban ganas reales de vomitar y mucho miedo ahí donde empieza el estómago, así que crecí creyendo que los de la pública eran criminales, asesinos peligrosos, como las putas, a las que no había que visitar ni aunque te tocara la lotería.

Años después me enamoré platónicamente de mi primer C. Era de «la pública». Encorvado, de pelo largo, caminaba sobre muelles y llevaba chupa. Precioso todo él. Y quizá mudo.

Le pedí a mi madre un justificante falso para poder salir al mediodía del comedor de las monjas, porque yo iba a las monjas. Corría durante veinte minutos por las calles hasta llegar al escaparate de una zapatería de niños, porque por delante de la zapatería pasaba mi C. para ir al instituto. Y yo disimulaba el jadeo de haber corrido hasta él y me hacía la mayor para verlo y que me viera, claro. Todos los días. Y él solo me decía «Ey», todos los días. Y yo lo amaba sin condiciones, todos los días. Amaba su «Ey», que para mí eran versos de Lorca que contenían el universo y los aromas y sabores del planeta entero. Amaba su «Ey» de tipo tímido, complejo y probablemente mudo.

Hasta que un día lo vi comiéndole la boca a una con culo de poni, pelo de poni y pezuñas J'Hayber de poni. Y entonces me giré y miré mi reflejo en el escaparate sobre el que había apoyado el ojete todas las tardes, y

reconocí, al verme, que estaba a tomar por culo de ser una poni. Yo era más un gato mojado. Y me fijé por primera vez en lo que había en el escaparate, y me conté a mí misma que ya me sabía de memoria cada botón y cordón de los zapaticos de Kekos zapaticos, y me conté que la cosa era aburrida y que no volvería nunca más, e hice como si no me rozara y como si hubiera tomado la decisión bien consciente de olvidar a mi C., que se había ido con una poni, e hice como si todos esos meses, quizá años, mi corazón hubiera estado borracho como todos los padres del pueblo que se creía ciudad, y que no había ido a verle sino que había tropezado.

Y ahí mismo, sin lágrimas ni alborotos, entendí de golpe, sin terapia ni una mano amiga, que meterme los sentimientos en el estómago iba a ser una constante, y que los de la pública no eran asesinos, sino solo tímidos y medio imbéciles, que no sabían distinguir el chóped del jabugo, ni a un poni de un corcel. Ahí entendí que era mejor tirar *palante* y cerrar el pico. Más tarde, en la adolescencia, descubrí que los de la pública eran también los que mejor hacían dedos y los que siempre llevaban porros. Pero eso ya fue más tarde.

En mi clase había cuarenta tías, todas con bata de minirrayas azules, piojos y pocos dientes. La mayoría llevábamos almuerzos malos, menos Lu, que lo llevaba en un saquillo de la misma tela de la bata y con su nombre bordado. Se lo había hecho la que limpiaba en su casa, el saquillo y el almuerzo: dos rebanadas con Tulipán y una onza de chocolate dentro. En mi casa limpiaba mi madre, y rara vez le dio tiempo de prepararme el almuerzo. Como para mandangas de saquillos estábamos en mi casa.

Las monjas nos echaban a patadas del colegio, y nosotras a la salida teníamos costumbres bien arraigadas. Hacíamos una especie de túnel con las carteras en alto y las tirábamos desde arriba a las cabezas de las pringadas.

Nos poníamos en dos filas, unas frente a otras y las hacíamos pasar por el centro y bajo nuestros brazos elevados. Lo hacíamos muy bien, lo habíamos visto desde bebés en el baile regional de nuestro pueblo, pero nosotras, en las manos, en vez de tener palos como los danzantes, teníamos las carteras en alto. Así, con toda la crueldad, a diario, sin pestañear y sin

que se nos moviera el flequillo, se las tirábamos a las pringadas a la cabeza. Ellas ni lloraban.

No sé bien de dónde brotaba tanta ira. Las monjas se pasaban la mañana hablándonos de Dios y del cielo. También nos hablaban de la cárcel para las déspotas y frescas. Nos cortaban las salchichas en el comedor para que no imagináramos terrores carnales y movidas con Satán. Nos sentaban a bordar frases de amenaza del tipo: «El que a hierro mata, a hierro muere» o «Quien siembra vientos, cosecha tempestades» durante tres meses, cruz a cruz, sobre un pañito que olía a armario cerrado de vieja, mientras nos hablaban del hogar, la maternidad y el futuro. ¿Qué sabían esas del futuro?

Yo recuerdo aquellos días con verdadera repulsión. Si hubiera tenido el don, de mi boca habrían brotado rimas alejandrinas, ya que la palabra en prosa se quedaba corta para nombrar el hastío que sentía. Y supongo que por eso elegíamos el silencio en las casas y los carterazos en la calle.

Eso sí, había varios días al año que le daban sentido a todos los demás: los días de lluvia.

En mi colegio, al fondo de un patio de tierra, había un tejadillo de uralita sobre unas vigas de nave industrial. Todo en metal gris y ladrillo gris. El mismo montaje que tenía mi abuelo para las gallinas, pero mi abuelo lo llamaba «la pocilga», y en mi cole alguna osada lo había nombrado «los porches». Era la misma mierda.

Mi amiga la Inma y yo ya veníamos preparadas desde casa. Les robábamos a las madres el champú. El champú de todas las madres, que olía a todas las madres y usaban todas las madres. Champú de bote blanco, de litro, que lo mismo servía para el cuerpo, para el coche si potabas, que para los perros adoptados.

Y en los regueros de agua que caía de la uralita montábamos negocios la Inma y yo. Por el mismo precio, te poníamos debajo de la gotera y te lavábamos el pelo en una peluquería, o te servíamos un chupito de agua de uralita en el tapón del champú de las madres.

La Inma y yo nos remangábamos la bata y les lavábamos el pelo a las otras sin importarnos un comino chipiarnos hasta los dientes, y a veces brindábamos con chupitos de barro, que para eso currábamos.

Hasta que sonaba el timbre, y como podíamos, les quitábamos la espuma de los pelos a las clientas y corríamos todas hacia las clases.

Bueno, todas menos la ciega, que se quedaba dando vueltas con los brazos estirados en medio del patio bajo la lluvia.

Nos encantaba sacar a la ciega al recreo como buenas cristianas. La sacábamos del bracete, a pesar de que escupía el Bollicao y nos daban arcadas, pero como no nos veía, le importaba un huevo y seguía dándonos la chapa y lanzando proyectiles de miga babeada. Y nosotras lo soportábamos porque nos encantaba su perro enano cachorro, que era medio majo y suave. Hasta que creció y le salieron los dientes de abajo más *palante* y solo quería montarnos la pantorrilla y nos arañaba. Y la ciega, en sus intentos de quitárnoslo de encima, daba patadas jodidas con unos zapatos duros de ciega que le habían puesto *pa* no caerse.

Así que cuando sonaba el timbre, se nos olvidaba la misericordia, el cristianismo, el perro y su madre, y sálvese quien pueda, que la vida ya era bastante áspera y las monjas castigaban si llegabas tarde.

Años después, en un cine, vi una peli sobre un campo de concentración en Auschwitz y el timbre que recogía a los judíos me llevó directa al colegio.

Y me acordé de las tormentas y de todas mis compañeras en bragas con olor a champú de madre, tendiendo sobre el metal del calefactor los calcetines que humeaban como sepias en una plancha coreana. Sentadas apretando las pipas al calor del hierro, retorciéndonos de gusto.

Y me acordé de la monja en medio del temporal con la cofia al viento salvando a la ciega como si fuera Batman en el patio, y del perrete perdido al que tampoco veía nadie, y de la Inma, a la que se le empañaban las gafas y se reía con casi todo, y de nuestra peluquería en los porches, y de la Virgen de la capilla, que era muy guapa y rubia, pero una serpiente la devoraba por los pies, y del padre que nos daba las clases de sexualidad, en las que nos explicaba que olíamos a regla y que los tíos saldrían corriendo, y de mis amigas, aterradas, ayudándome a meterme un támpax para no oler a coño sin saber si aquel agujero tenía fin o era un saco sin fondo, y otra vez el padre de las clases de sexualidad, al que años después detuvieron por

pederastia y que nos enseñaba cómo debían sentir nuestros cuerpos de niñas y cómo evitar que los tíos nos dejaran tiradas, y del pánico general, y de todas en bragas, y de los calcetines y las pipas a la plancha, y del miedo. Me acordé mucho del miedo.

Se estaba acercando el verano. Mi padre y mi madre tejían su propio océano en el que navegaban a la deriva en una colchoneta hinchable de publicidad de JB. Mi hermano era pequeño y seguía con sus tocs y su timidez preciosa.

Tenía unos tocs divertidísimos que hacían que cruzara los pasos de cebra solo pisando lo blanco, que aplaudiera al aire siempre en impar y que, si le rozabas una oreja, tuviera que rogarte que le tocaras la otra en el mismo sitio y con la misma intensidad, porque si te pasabas de intensidad al rozarle la oreja, le debías toques −el flojo y el fuerte− en la otra oreja.

Nadie hablaba mucho en mi casa así que me leí toda la biblioteca que les regalaron a mis padres en la boda para decorar las estanterías. Clásicos españoles, todos. También los libros de anatomía que nos dejó un tío médico muerto, junto con un cráneo de niño al que casi no le quedaban dientes porque se caía contra el suelo cada vez que sacaba un libro. Y algunos sobre la llegada de los ovnis al planeta Tierra. A los once años ya sabía qué día aterrizarían los de Ganímedes según J. J. Benítez, robar como el Lazarillo, cambiar una bujía y bloquear la boca de un baboso con epilepsia.

Prefería caer en el triángulo de las Bermudas que vivir en ese pueblo de mierda e ir a las monjas. Rezaba en la capilla para que me abdujeran los *etés*, o para tener una muerte súbita como el crío de la panadería, que se murió de golpe el muy suertudo.

Ya eran los días en los que solo se iba por la mañana al colegio. Salimos de clase, golpeamos con la cartera a Rosa, y con la Inma y dos más nos íbamos detrás del tanatorio, donde quedaban los del colegio de curas a fumar.

Los tíos.

Los tíos fumaban Bisonte, se movían como bisontes y lo mejor de todo, olían a Bisonte.

Yo odiaba el olor a Bisonte de los tíos, pero a mi cuerpo lo encendía como a una antorcha.

Unos meses antes había acompañado a mi madre a una peluquería moderna para ser de pueblo. Un pobre peluquero italiano había caído en este último culo del mundo y se creía Llongueras, que estaba muy de moda entonces en España. El peluquero italiano también olía a Bisonte y las madres empezaron a oler a otro champú diferente al champú de siempre de las madres y a ir muy bien peinadas.

Mi madre se parecía a la Bellucci y olía a mi madre. La mujer del peluquero italiano llevaba un flequillo de otro mundo y hombreras gigantescas. Yo deseaba con furia ser una mezcla de ellas dos, de mi madre Bellucci, y de la moderna del flequillo, que era italiana de verdad, pero no tan guapa como mi madre.

Pedí el deseo, miré a esas dos mujeres, mi cuerpo olió el Bisonte del sobaco del peluquero y mi boca soltó sin decisión: «¿Me puedes cortar flequillo, Giovanni?».

¿Flequillo? ¿A santo de qué?

Y mi madre, que siempre había sido muy larga, debió de verme las orejas coloradas y los chapones de las mejillas del calor que llevaba encima, y dijo:

−Sí, sí, que le corten flequillo, pero en el pato.

Y Giovanni me cortó el flequillo subida en una silla con forma de pato. Una silla de bebé con un pato deforme en la que me senté sin rechistar y de la que me colgaban las patas de preadolescente que casi rozaban el suelo.

En aquel corte de pelo, que para mí era la ceremonia de bienvenida a la mujer que deseaba ser, me perdí. De cintura para abajo me quedé helada en un pato de bebé, y hacia arriba olí y deseé por primera vez un bisonte y su testosterona. Así me pegué algunos años: medio pato, medio salida.

Esa tarde de casi verano, todo olía a bisonte detrás del tanatorio, pero los chicos de mi edad no querían mirarme a mí. Era muy bajita, delgada, sin tetas, con rasgos de Pocahontas y flequillo de vasca por culpa de Giovanni.

Se me venía encima un verano viendo a mis amigas darse lengüetazos en la piscina mientras yo les aguantaba la toalla y las chanclas.

Así que di un paso al frente. Si no me podían ver como a una chica, por lo menos me verían como uno de los suyos, pero me verían. Si no podía ser una poni, como a la que besaba mi C., me movería como un bisonte con mi cuerpo falto de atributos de poni.

Ya no recuerdo cómo era el muchacho que me regaló el primer cigarro, tampoco recuerdo si me dieron la bienvenida o pasaron de mi culo. Lo que sí recuerdo fue la potada que eché a escondidas en la puerta del tanatorio, las lágrimas que me recorrieron la cara y el asco que me di a mí misma por ser tan mediocre. Esa fue una de tantas veces que me lo di. Esa fue la primera vez que respiré humo, para ellos, para pertenecer, para existir.

Capítulo 3

Al principio, te vi como a un espectro proyectado por la luz naranja del atardecer del desierto. Apilabas obsequios que te iban dando frente a tu sonrisa, que jamás se desdibujaba. Yo te miraba sentada desde el autobús de la convención de escritores a la que ambos asistíamos.

Tenías las manos que me hubiera gustado tener para mí, esas en las que el nudillo del dedo gordo marca un ángulo de cuarenta y cinco grados. Las personas más inteligentes que había conocido siempre habían tenido esas manos, con ángulo en el dedo gordo.

El ángulo de cuarenta y cinco.

También solía coincidir que, si tenían ese ángulo, tenían un gran pene, pero el tamaño... ¿A quién coño le importaba el tamaño? No estaba como para exigir tontadas, me comería lo que me sirvieran, frío, sin rechistar, como una buena chica.

Cuarenta y seis era la edad que ambos teníamos, era una señal inequívoca, todo encajaba.

A mí, los cuarenta y seis ya me habían dejado una cicatriz de cadera a cadera, noches velando dientes que salían, y una pila de sueños pospuestos. Yo ya sabía de miedo, de cosas nuevas que son viejas, de caídas y de vueltas a empezar.

Tú aparentabas ser feliz y estabas centrado. Yo no. Madonna no. Ella quería ser todo lo que él era. Él era un sano de libro, con tendencias y hábitos frescos; ella, una perra sin correa, con una nostalgia crónica y un par de enfermedades autoinmunes. Él sabía de entrega y dedicación, lo decían sus ojos, también angulosos y, sobre todo, su fama y sus

oportunidades. Ella siempre era una futura aspirante a un futuro mejor en un campo que no computaba, las noches en vela y el puré bio.

Ella no tenía muy claro si él sabía mucho de abrazos o, como a ella, le faltaban mil cucharitas.

Habíamos asistido a la convención de los mejores escritores del año, los superventas. Los ponentes eran hombres, excepto alguna chiflada, una Carmen algo que en realidad resultaron ser dos tíos, las de los cuentos sobre la regla, y yo, que escribía autoayuda «para chicas» en forma de relato corto.

Todo pequeño, sin palabras poéticas, con poco ruido, nunca desafiando el lugar que me habían reservado. Tú ya eras un jefazo, habías coronado todas las cumbres. Tenías más brillos en la solapa que Orión, el culo pelado de ferias del libro y premios por todo el mundo.

Al acabar la jornada de ponencias, la organización había puesto unos autobuses que nos acercaban a un picoteo en una cala cercana. Todo el mundo te saludaba y subiste de los últimos, cargado de premios, aceite de oliva, vinos y productos de esos que os dan a los triunfadores. Como no había sitio, te sentaste a mi lado, apoyando todos los paquetes sobre mi pierna izquierda. Todos los paquetes. Ese día yo estaba guapa. Era una mujer guapa apaleada que miraba al suelo, pero aún era una guapa. Retiraste las bolsas y soltaste una broma buenísima, de esas que luego descubrí que eran características en ti. Después hablamos de lo que había cambiado el clima, de la costa tan azul que recorría esa tierra, de tus dones en la cocina y de algunos personajes de tus novelas, con las que habías revolucionado el panorama. Tú negaste tu buen hacer con una tremenda ración de falsa humildad. Yo te compré las palabras y el gesto hasta el absurdo. Tú eras mi revolución, y lo sabías. Se veía en mí un vertedero en el que aún quedaba barro por hurgar.

Te hablé del proyecto por el que me habían becado. Te conté que estaba escribiendo unos libritos del estilo «Elige tu propia aventura» pero para adultas y basados en la aceptación del propio destino, unos libritos que te permitían ensayar con los posibles escenarios finales de tu vivencia dramática. Como si se pudiera ensayar con la vida. Te hablé del destino y de

los ciclos. No solo vi claro en tus ojos que te parecía una gran mierda, sino que, al contártelo, a mí también me lo pareció.

Yo pensaba que todo en la vida se podía reciclar y convertir en nutrientes, que hasta la basura más maloliente podía abonarnos, que las heridas más grandes llenas de pus serían cicatriz que honrarían lo vivido. Tú trabajabas la carne fresca, creabas, te divertías en la ficción y no necesitabas purgar porque tenías lienzos nuevos.

Bajamos todos en tropel al aperitivo, frente al horizonte. El día era precioso y el hotel, de lujo. Nos separó un océano de gente más denso que el mar del fondo. Y entre la multitud se cruzaron nuestras miradas, así, como en un momento estelar de otro plano, sin pretensiones, sin deseo, y yo supe que tú eras mi flechazo, y tú... Tú no lo sé. Creo que no supiste nada más de todo lo que ya se leía solo con verme caminar: que era un grandísimo marrón más allá de echar un polvo.

De vuelta, el bus atravesó la tarde naranja, y yo ya habitaba la dimensión de los enamorados que son capaces de escuchar la voz del otro en un concierto punk, y tú, tú te sentaste con un gordo de risa peculiar a todo decibelio.

Al llegar al hotel era de noche. Todos corrieron a sus habitaciones, menos los que no llevábamos regalos ni ropa cara que manchar, que salimos directos al jardín de la piscina. No había ni copas, ni vino, ni *na* de *na*. Las familias rusas le habían prendido fuego a su «todo incluido», así que le rogué al tío de la recepción que hiciera la vista gorda y me diera algo del piano bar, que estaba cerrado desde hacía siete inviernos. El tío, muy amable, hizo lo que pudo, y me dio vino blanco en vaso de whisky y cacahuetes rancios en bolsita de avión. Y ahí llegaste. Decidiste que lo compartíamos todo, y a mí me pareció un regalazo del universo, claro.

Hablamos de políticos acosadores, de amores que se acaban, de parejas que mueren cuando los besos ya lo han hecho hace tiempo, de que lo mejor siempre eran los morreos, de lo romántico y poético de quedarse en un naufragio, de las sobremesas y de la belleza.

De la belleza. Boom. Sobre todo, de la belleza.

Y entonces yo me sentí escuchada, y vista, vista como hacía tiempo. Vista por primera vez, quizá, desde los siete años, no desde los once, desde aquel día que fumé. Desde vete a saber qué alcantarilla del pasado.

Creo que, al reflejarme en las pupilas de otro, yo me veía a mí y me contaba la película de que era vista. Y al ser vista me sentía válida.

Y entonces, unas ganas irrefrenables de humo atravesaron mi sangre. Mi cuerpo había aprendido que, para ser vista, debía haber humo.

Te dije que iría a buscar un cigarrillo a una hamaca de al lado, en la que hablaba sola una gorda borracha, casi inconsciente. Y sonreíste. Bromeaste otra vez.

La gorda me alargó el paquete entre balbuceos y ruidos raros. Intentó retenerme. Al parecer, era la única a la que mi ponencia sobre elegir los finales le había llegado al corazón. Eso, o era supermaja, o le valía un cactus para no estar sola. Me sudó el coño que a esa mujer le gustara algo mío. Yo me sentía vista si el sujeto que miraba era un hombre hetero, a ser posible, poderoso. Así que le di largas a la gordi y me largué corriendo a buscarte. Cuando volví, tú ya no estabas y en el vaso no había vino. Te busqué entre las palmeras de plástico de la terraza del hotel de cuarta, pero ahí no quedaba ni tu perfume.

Le pedí fuego a la gorda, me hice un hueco en su hamaca y me acurruqué entre sus tetas, como si fuera lo más natural del mundo. Le robé vino de su copa y unos cigarros más. Sí, fui miserable, una rata. No me importó un carajo lo que pensara, yo solo necesitaba seguir fumando para no ahogarme, montar el teatrillo del humo.

«Qué pena que te fueras a fumar. Qué pena que fumes.»

Me habías dejado una servilleta sobre la mesa. La vi mientras cargaba con la gorda tambaleante de regreso a su catre. Una servilleta escrita de tu puño y letra de autor. Tragué saliva. La miré un segundo.

Mi mente se apagó por completo. La habitación del hotel se me hizo infinita y salí corriendo. Bajé a la hamaca, el viento suave de la noche me acariciaba, y me fumé el último cigarro que había robado.

Ese cigarro era como un amante furtivo. El humo entraba en mi cuerpo, lo sentía tan cálido que mi piel se erizaba desde los tobillos hasta la nuca.

Me arqueé en la hamaca, la cabeza tirada hacia atrás, los ojos cerrados, disfrutando de cada inhalación. Abierta, entregada al humo, me exhalé, me masturbé ahí mismo entre balcones iluminados y cantos de pájaros enlatados lanzados por megafonía. Vacía por dentro pero llena por fuera.

Pensé que ese sería mi último cigarro. Me lo prometí.

Y tal vez, solo tal vez, algún día serías tú quien me haría arquearme de esa forma. De esa manera que ni yo misma podía explicarme.

Capítulo 4

Al volver del cumpleaños de mi vecina Elenita la del quinto, mi madre me mandó despertar a mi padre a las ocho de la tarde. Entré en la habitación en penumbra, hacía un calor del trópico, todas las cosas tremendas de mi vida han pasado con un calor denso que acaba en tormenta. Ya se escuchaban los truenos de fondo y me sudaba por detrás la camiseta.

Mi padre se había abierto la cabeza contra la mesilla y estaba tirado en el suelo.

Llevaba calzoncillos paqueteros de algodón dados de sí y se le salía un huevo. Parecía que había caído desde muy alto por la postura de sus piernas, que estaban muertas pero parecían colocadas para hacer reír. Lo último a lo que se debió de agarrar antes de caerse fue a la foto de su boda, que ahora estaba en un charco de la sangre de su cabeza. Yo llevaba en la mano un globo de esos de helio que solo me compraban en las fiestas, de aluminio, bien bonito, de Mickey Mouse. Del shock, el cordoncillo del globo se me escurrió de los dedos, no pude ver cómo volaba porque ver a mi padre era más fuerte que una espiral hipnótica, pero sí escuché los golpes de las orejas del Mickey rebotando contra el techo de la habitación de mis padres.

Le agarré para ver si estaba vivo, pero no reaccionó.

Entonces, el tiempo se partió en un sueño, dejando imágenes que se quedarían en mí, como pegatinas, para el resto de mi vida.

Mi madre en albornoz llorando como un feto. Sus piernas desnudas de mujer joven sobre un sofá de polipiel mandarina. Un teléfono de rosca en el que marqué el número de «Julián». Una libreta ridículamente pequeña llena de nombres y teléfonos donde lo busqué. Le expliqué a Julián, el amigo de

mi padre, lo que estaba pasando como si fuera la gerente de una centralita. Ni puta idea de dónde estaba mi hermano, ni ese día ni en los meses siguientes. Mi padre sentado en una silla de mimbre de *Emmanuelle*, babeando. Flotando por los aires, como la Virgen del Rocío. Mi madre, la Magdalena, con los vecinos, llevando a mi padre, el Cristo bajado de la cruz. Todos apiñados en el ascensor, alrededor de la silla del muerto.

Corro por las escaleras, me caigo y no importa. El garaje. El olor del garaje. Mi madre al volante, mirando al vacío. Mi padre asomado, con un brazo y la cabeza colgando por la ventanilla. El garaje, que olía a gasolina, y la vergüenza de ir en pantuflas con forma de garras de Alf. Subo sola en el ascensor y veo las babas de mi padre en el suelo. El espejo roto del ascensor, en el que veo mi cara partida.

Sola en casa toda la noche, y pasar un miedo nuevo y atroz. Mis abuelos, los padres de mi padre, llegan con una caja de fresas y hacen como si nada. Los escucho hablar por teléfono con el resto de la familia del borracho de su hijo, mi padre. Ese día en el que se me rompe el corazón, hablan mal de mi papá. El globo de Mickey ha perdido fuelle y deambula a media altura por los pasillos. *Delirium tremens*, padre atado, bebe el alcohol de curar, encierro, coma grave. Divórciate de ese. No saber qué es nada de lo que hablan los grandes, pero sí saber que es bien jodido. No tener ni una palabra más que decir acerca de nada y enmudecer de tristeza.

Decidir que el silencio es mejor que todo ese ruido.

(Creo que tengo miedo, papá, tú eres el grande, dime que no pasa nada, que tú también tienes miedo y que, aun y todo, todavía vives. Todo cambia a toda velocidad y yo soy muy pequeña. ¿Me puedes abrazar? ¿Me escuchas?)

Necesito que alguien mayor me ayude.

No hablar hasta que tú vuelvas y si te has muerto, no volver a hablar nunca jamás.

Callar. No expresar más.

Nadie se percata de mi silencio. Las monjas me castigan por muda. Las niñas hablan bajito sobre mi casa. Echo mucho de menos los besos de mi mamá, los cuentos de mi papá, la playa, y que, entre los dos, que eran bien

guapos y bien jóvenes, me entierren y me hagan una cola de sirena con la arena de Peñíscola. Perder la noción del tiempo. Guardar en el congelador flores robadas, trozos de jamón serrano delicioso y mi pez, que ha muerto, para que, cuando vuelvan, les pueda contar todo con detalle y haya pruebas.

Pensar que mi padre ha muerto y que es un secreto que nadie me dirá.

Creo que mi madre tampoco volverá y lloro en mi cama mirando el póster de James Dean, que también está muerto. Menos mal que está Dylan, de *Sensación de vivir*, que entonces estaba vivo. Saco del congelador a mi pez supermuerto y lo tiro al váter, deseando que llegue al mar, mientras me como el jamón congelado y lloro. Miro mi reflejo en el agua del váter, soy una cría con ojeras.

Tengo once años, me encierro en un baño y fumo, a ver si, siendo bisonte, puedo con todo esto. Me pilla mi abuela, la de mi padre, pero va pedo y me pide fuego.

Mis abuelos paternos, «que no se hacían conmigo», deciden mandarme al pueblo. Al pueblo del Pirineo. Al de las cabras, la fonda y los chorizos. Al de la agüela de mi madre. ¿*Pa* qué me quieren ahí con ellos? Soy un fardo bien pesado.

Yo me dejo hacer lo que le dé la gana a todo el mundo, solo soy una maleta, un daño colateral.

Todo me da igual menos este dolor. El principio de mi enfado.

Mis padres y yo íbamos a ese pueblo un fin de semana todos los veranos. Me llevaban a ver a mi agüela, la madre de mi madre, e íbamos porque era la fiesta esa en la que colgaban a un cerdo y lo hacían chorizos. La fiesta en la que mi madre pasaba el fin de semana sobre el hombro de mi agüela, y al despedirse lloraba y lloraba y lloraba, sin querer ni quitarse las manchas de sangre de la camiseta, el fin de semana que nadie sabía a cuento de qué lloraba tanto.

En el viaje hacia el pueblo parábamos en la carretera, al lado de un río de piedra, con esos bichos de agua que parecían lagartijas con traje flamenco de colores ácidos. Era imposible meter un pie en aquella agua sin sentir pavor de que te lo amputaran después, pero la idea de ir a ver al cerdo

vociferar mientras echaba chorros de sangre por la yugular me dejaba tan triste que prefería anestesiarme en aquel deshielo.

A mi padre le gustaba pescar. Desplegaba su cañita verde de pobre y abría un maletín para tornillos del Todo a cien, lleno de anzuelos. Me encantaban esos anzuelos con plumitas. Tenían colores metálicos increíbles que ningún otro objeto tenía en ese momento en mi mundo. Y, en especial, me encantaba un minibarbo de goma, gordo y verde pino, con una pluma de pavo real en la boca. Mi padre me decía que ese era para «pesca mayor». Otro quiero y no puedo, como el ballet, como el minichalet de casa de muñecas que coleccionaba mi abuela, la de mi padre, en septiembre, como casi todos los espejismos de mi infancia. Pesca mayor. Hasta yo tenía claro que en ese río no había ballenas.

Buscábamos juntos las lombrices. Me decías que había que encontrar unas montañicas de barro con chorreras redondeadas, parecidas a las de la Sagrada Familia de Barcelona. Yo no sabía el significado de «sagrada», apenas el de «familia», y nunca había estado en Barcelona, pero si tú lo decías, seguro que yo lo encontraba para ti. Así que te seguía sin saber qué buscábamos, como en casi todo en mi vida. Luego escupías sobre la tierra, sobre las chorreras de caca, a ver si salían las lombrices, y con la multiusos suiza, que en realidad habías comprado en el estanco de Wisconsin, rascabas.

Ese día no hubo lombrices, así que pillaste boquerones en vinagre de un *tupper* que había hecho mi madre para llevar a la fiesta del cerdo.

Era un milagro que mi madre hubiera hecho boquerones en vinagre. No porque no supiera, sino porque se pasaba el día trabajando, cuidándonos y medio llorando. Así que estaba bien usarlos, aunque fuera para pescar.

No pescamos una raspa. Eso sí, te bebiste tres whiskies sin hielo en vaso de camping, que aligerabas metiendo el vaso en el río, para que entrara agua.

Todas y cada una de las curvas de carretera, de cualquier carretera del mundo, en algún milisegundo, vuelven a olerme a alcohol y en todas pienso que voy a morir despeñada en un barranco.

También me huelen a vómito, al mío, al de mi hermano y al de mi madre, que se reía mientras vomitaba para no asustarnos.

Todas suenan a Nana Mouskouri, en bucle, y a los chistes de Eugenio. Eugenio: lo único que yo sabía de Barcelona. Eso, y que la Sagrada Familia estaba hecha de churrillos de cacas de lombriz.

Aparcábamos el coche delante de la fonda y, como dos guardias civiles, ya estaban ahí mi agüela Pilar y mi prima Lapili.

Mi agüela vestía todo el verano el mismo delantal, de tergal azulón con rayas gruesas naranjas. Se los hacía ella misma. Todos los veranos, el delantal y la cortina de la puerta para que no entraran las moscas eran de la misma tela. Daba igual si mi agüela llevaba un vestido o un bañador, encima siempre iba el delantal.

Y mi prima, Lapili, llevaba un bikini, creo que de pollitos o peces, no sé, era muy pequeño y se le metía por la raja, y al final del verano ya no tenía ni pollos ni peces en la parte del culo, de sentarse por las piedras.

Mi prima Lapili se pasaba el verano con los brazos cruzados. Tenía doce años y le había crecido una teta sí y otra no.

Solo descruzaba los brazos para sacarse el bikini de la raja y, en las siestas, para espantar a las moscas. En las siestas descubrí que toda su piel era de color tostado mulata, menos su principio de teta y su pezón plano. Sus pechos eran pálidos y tenían la forma de los brazos cruzados.

Mi agüela, Lapili, el río y las gambitas.

Las gambitas.

Los mayores cogían el cerdo del año, el más guapo. Y sin mucha misa, le ataban las patas, le clavaban un gancho en el cuello para que se desangrara y lo colgaban bocabajo. Luego hacían de todo lo que se comía.

Yo prefería el agua del río y ver a las gambitas.

Y todo eso −el agua corriendo, los gritos, la sangre y la muerte− me llevaba a un estado casi de trance. Buñuel era de ese pueblo, veía esas cosas. El río tenía una piedra roja en medio con forma de sofá, en la que jugaba a las cocinetas con latas y perolas robadas, mientras mordía juncos.

En mi río, con las zarpas de gata, pescaba gambitas.

Las sacaba del agua y las dejaba dar saltos sobre mis palmas, entre las líneas de la vida y el destino, hasta que agonizaban y se quedaban todas prieticas, muertas. Me producían tanto placer sus roces sutiles sobre la piel, y a la vez sentía tanta pena de verlas ahogarse, pero seguía y las dejaba morir en mis manos sin que se me ladeara una pestaña. Luego las metía en una lata y las cocinaba con hierbas y piedras.

Los gritos del cerdo, la agonía de las gambitas, el paso de la vida a la muerte, tan ridículo, tan bonito. Y sentía el ardor del sol en los hombros, y el agua, que no paraba de lamerme, el sabor a hierro y tierra de los juncos en la lengua, el mareo y la piedra ardiendo en los muslos. Y me pasaba algo nuevo. Muy nuevo.

–¡Cariño, a comer!

Y me llamaba mi agüela, y me escocía entre las piernas pero también dentro, hasta la nuca, como un relámpago que escalaba, y no podía ni quería pararlo, y las orejas se me hacían fiebre y necesitaba como hacerme hueco en las tripas o más abajo, no sabía dónde era, y también sentía vergüenza y pudor y muchas cosas sin nombre que yo desconocía.

–¡A comer!

Y venga a saltar las gambas, y la ropa húmeda y pegada, y la ingle ardiendo de sol, y todo latiendo, latiendo y latiendo.

–¡Te he dicho que a comer!

Y tiro las gambas al agua, y corro por donde las zarzas que arañan pero me gusta, y pobres gambicas muertas, y todo el bosque en llamas, y me apoyo en un árbol, y miro fijamente mis cangrejeras de plástico, mi vista fija en las cangrejeras, y me aprieto ahí donde escuece, sobre las bragas, y un desierto muy hondo me viene a la cara, y ya solo me queda mojado el rostro, lo demás se ha evaporado, mis ojos se llenan de sangre y veo el bosque carmesí, y mi boca seca es un pez que se rinde fuera del agua.

–¿Dónde *tas* metido? ¡A comer, que se enfría, a comer!

Y un rayo me empuja contra el árbol que me araña los glúteos, y a mí me gusta que me arañe para que me recuerde que aún sigo viva aunque no respire.

Y se para el tiempo.

Cojo aire a cachos. Miro mis rodillas, que aún tiemblan. Me huelo los dedos. Las cangrejeras, tan de niña, tan baratas. Solo veo las cangrejeras.

Todo huele a gambitas. Me gusta tanto estar aquí.

–¡A comer *tedicho*!

Y mi agüela, detrás del tronco, me coge de la oreja y me golpea con la mano abierta, me dice algo de Satanás y de acabar en las cunetas, lo mismo que las monjas, pero a mí nada me ofende porque yo tengo eso tan bonito dentro de mí que seguro que me lo manda Dios, no Satán.

Y me castigan sin río ni comida, ahí en la hamaca de lino junto al Charly, que se chupa el culo y se rasca con las patas, y me duermo pensando en mi secreto precioso.

¡Qué precioso y qué secreto!

Y abro los ojos y el Charly se ha ido, y está mi prima Lapili, que es gordica y le ha salido un pezón sí y otro no, y por eso siempre lleva los brazos cruzados sobre las tetas. Y Lapili me alarga un trozo de pan y me dice que si yo no lo quiero se lo come ella. Y sonríe sin paletas y con un bigote de pelusa rubia, y nos vamos para las eras a ver a los muchachos. Y en las eras busco a la mujer que un día seré cuando acabe esta infancia, y la imagino preciosa y oliendo a bosque y a agua salada. Y yo tengo mi secreto y esa cosa que me escuece, tan bonita, entre las piernas y en el alma.

Y así llegaba la noche y ya casi habían terminado con el cerdo, menos las patas, que colgaban del techo del cobertizo.

Y mi madre me buscaba y me decía que *pal* coche, que había que volver, y que ya le había contado la agüela y que *pal* coche y ella, venga a llorar y llorar y llorar. Y yo pensaba que lloraba por mi culpa y por mi goce.

Pero eso era cuando me llevaban mis padres y me volvía a mi casa en Wisconsin después de haberme corrido. Ahora a mi padre se lo habían llevado hacía apenas unos días, y yo seguía en Wisconsin. La abuela de mi padre había puesto sobre la mesa del salón una jaula con su canario. Era muy bonito su canario, naranja, y tenía una hoja de lechuga entre los barrotes, un arito con un cascabel y una bañera de Marilyn Monroe pero diminuta y del mercadillo. Me encantaba mirarlo. Lo observaba durante horas en esos días e intentaba averiguar si tenía pupila o si todo su ojo era

negro. Quería saber si aquel ojito negro tenía fondo. No decíamos ni pío, ni el canario ni yo, en toda la tarde. Nos mirábamos aterrados el uno al otro, sin más.

Mi abuela, de fondo, veía un programa sobre las muertes de los toreros, todas las cogidas más terribles de la historia, y bebía. Ella era de ginebra. No como mi padre. Él era más de whisky. Mi abuela tenía un mechón blanco en el tupé desde los veinte y llevaba dos relojes de muñeca porque le encantaban ambos y no sabía tomar decisiones. Ese día se puso a llorar un rato. Pensé que era por los toros que arrastraban unos caballos con plumas que dejaban carreteras de sangre sobre amarillo, o por Paquirri, que desde la ingle regaba la plaza como los aspersores del club de tenis de los pijos. Su llanto venía de más lejos, de otro tiempo, de tantísimo fingir, yo creo.

A mis abuelos los habían presentado por carta cuando eran pequeños y se conocieron el día antes de su boda. Les gustaba ir juntos del brazo al Corte Inglés, comprar huevo hilado dulce de ricos, robar alguna figurita de pobres y poco más.

Y mi abuelo, que en esos días ni siquiera la había mirado a la cara, al verla llorar se acercó, le metió una hostia, la cogió en brazos como a una niña pequeña dormida y la llevó hasta la cama de mis padres, en la que dormían ellos esos días. Al llegar, la lanzó desde el aire como un fardo de paja. Cayó sobre la cama y se golpeó la cabeza en la misma esquina donde mi padre se la había abierto. En la misma esquina donde su hijo sangró.

Mi abuela medía un metro cincuenta con suerte, y se acurrucó solita como un bebé, no parecía una mujer herida. Él cerró la puerta, dejándome ahí dentro, dejándola a ella bien sola con todo su abismo, en la cama de su hijo enfermo, y con su nieta mirando.

Y otra vez la cama. Y la habitación. Esa en la que los adultos que bebían se golpeaban, lloraban, sangraban y volvían al útero.

Y otra vez, mucho miedo dentro de mí.

Mi madre me había dejado un papel con un número de teléfono, por si pasaba algo muy, muy malo.

Llamé.

Capítulo 5

Yo no supe que la luna podía ser rosa hasta que me lo contaron mi tío Pepe y Nick.

Mi tío Pepe era artista. Tenía pantalón de campana, pelo del Vaquilla y se parecía a Patrick Swayze en esa película en la que bailaba en un hotel y creían que había dejado embarazada a una y al final no, pero mi tío Pepe olía a óleos y a cigarros, no bailaba ni en sueños y no tenía a nadie a quien dejar preñada. Yo lo quería muchísimo y aunque lo veía poco, era mi persona favorita del mundo entero.

Hacía frío, porque lo había llamado en mitad de la noche y estaba amaneciendo. Lo esperaba en el portal con una maletita llena de absurdeces. El portero, Paco el tartaja, me miraba de reojo en el reflejo del espejo del ascensor que limpiaba. No preguntaba adónde iba. No preguntaba nada.

En ese espejo aún estaba la grieta de la noche en que los vecinos bajaron a mi padre al garaje. Y él lo sabía pero los porteros de los ochenta no preguntaban a los de las casas más que por el clima o por los tomates o las uvas que traíamos de los pueblos. Les daba igual que te viniera a buscar un narco o un proxeneta, ellos callaban y limpiaban sobre lo limpio y sobre las grietas que les dolían a otros. No me despedí de Paco el tartaja. Era pequeña pero sabía distinguir a un mierda.

Mi tío me abrió la puerta del R8 con una patada. Podía tener el cigarro en los dientes y sonreír a la vez, en gran parte porque él sonreía con los ojos, que se le hacían de chino. Me senté en el asiento del copiloto, con la maletita en las piernas, mirando al frente, a unos marcos metálicos enanos con fotos de mis agüelos, los del pueblo de las cabras.

Yo debía de ser como un agujero negro o como un yunque de plomo de los que le tiraba el coyote al correcaminos, porque cuando entraba en los sitios parecía que el tiempo se paraba y el aire se hacía mercurio. Y la gente, aunque disimulaba, dejaba de sonreír. Hasta las monjas, que no habían sonreído desde crías, tenían una mueca un poco más amarga al verme. Y a mí me llegaba como una onda expansiva de pena que me erizaba los pelos de la nuca y toda la espalda. Era como si los suspiros que echaban se hicieran gigantes y me arrearan una colleja. Les daba pena, lo entiendo.

Pero mi tío sabía de pelos erizados y podía atravesar los muros y las tristezas con su mirada porque había tenido muchas. Me cogió la maleta y me preguntó cosas sobre mis amigas, las notas, el colegio y fue de a poco colgando tupidos velos.

Yo solo podía decir que sí o que no con la cabeza, ya había decidido no hablar.

Él entendió que había momentos en los que ya no cabía ni un sonido más y solo había que dejar que se posasen las algas para poder ver el lago cristalino.

Pepe sonrió, asintió con la cabeza varias veces, ya bailando sin música y le dio al botón del casete. Y ahí, conocí a Nick Drake y su *Pink Moon*. La voz de ese hombre al que yo no entendía pero sentía, junto a mi tío que tenía tanto miedo o más que yo de ver ahí a esa cría rota a la que tenía que dar la mano, me hicieron soltar el ancla. Y ahí, pude por fin apoyar los brazos y la cabeza sobre la ventanilla, mirar cómo nos alejábamos del portal de mi casa, en la que hasta hacía nada había vivido con mis papás y mi hermano, y llorar hasta ahogarme.

Pepe se quedó callado, escuchándonos a Nick y mi llanto.

Mi tío me dijo de la canción que él no sabía inglés y no entendía nada, pero que sí sabía que hablaba de una luna rosa que venía a buscarnos y salvarnos, y eso le gustaba, hablaba de cosas del destino, y de que los dioses aprietan pero no ahogan. Y yo, de a poco, escuchándolo, dejé de llorar. Pensé que él, como la luna rosa, había venido a buscarme a mí.

Imaginé que un día yo también tendría un destino, y quizá sería rosa. Achiné los ojos para ver los destellos de las luces naranjas del amanecer a

través de mis lágrimas, y pinté en el vaho que había dejado mi nariz una polla con pelos en los huevos y raya en la punta. La había visto grafiteada en el callejón de atrás y me salió así en un momento como ese.

Mi tío me preguntó por qué había empezado a morderme las uñas, y yo apreté el puño, metiendo el dedo gordo dentro del resto de los dedos por primera vez y para siempre.

Entonces llegamos a la estación, donde estaba el autobús hacia el pueblo de las cabras. Pepe sacó una libreta increíble, de tapas duras azul cielo, y una pluma estilográfica. Me los dio y me dijo: «Aquí. Es aquí. Todo siempre ponlo aquí para que no te ocupe la garganta».

Y yo me abracé muy fuerte a él, y no me habría soltado nunca, pero sabía que era el socorrista de la piscina del Ayuntamiento, y tenía que ir allí, a buscar su Luna Rosa y socorrer a otros y no solo a mí. Pero para mí, mi tío siempre sonaría y tendría el mismo pelo que Nick y correría como David Hasselhoff en *Los vigilantes de la playa*, pero en la piscina de Zaragoza.

Me subí a un autobús que olía a vómito antes de las curvas, y desde ahí me despedí de mi tío Pepe, que se fue haciendo miniatura en el andén. Yo apreté el cuaderno contra mi pecho y la cajita de recambios de tinta de pluma. Mi tío me había dicho que debía gastarla antes de volver a verlo.

A mí me pareció una exageración de tinta.

Tenía razón, no volvería a verlo en mucho tiempo.

El bus paró, el conductor gritó fuerte y yo me desperté sudada como de un sueño de luchas medievales. No era una estación, era un poste con una banderita en la puerta de la panadería, que tampoco era una panadería sino la casa de Maruja, que tenía horno grande y hacía panes y corderos con patatas *pa* la gente.

Ahí estaban las tres: mi agüela en delantal, Lapili con los brazos cruzados y el pato. Bajé como pude, mirando al suelo, tragando humo de gasolina del bus, que pitaba para irse. El delantal de mi agüela ya olía a torrijas y sus tetas seguían siendo enormes. Me había agarrado como un oso, casi no podía respirar, solo sacaba un ojo desde su cadera. Lapili, que era chusma, ya sabía todo de mi drama de culebrón porque me dio la mano mientras mi agüela me abrazaba, y ella, a mí, no me había dado nunca ni

agua. Después me miró a los ojos mientras movía sus dos dedos en una señal de «te tengo controlada» que yo solo había visto en las películas de la mafia sin sonido, y me susurró: «Te dejaré el walkman». El walkman: el flotador para todos mis mares.

A Lapili le habían salido dos palas separadas inmensas y seguía cruzada de brazos para que no se le viera su principio de teta. Otro verano más de uniteta.

–No tienes que hablar si no quieres, haz lo que te salga del coño, pero si vas a quedarte en mi casa vas a tener que cuidar de este pato.

Mi agüela se soltó del abrazo y me dio una caja de zapatos con un bebé de pato con piel y pinchos rosas. Era feísimo, pero tenía pupila y fondo de ojo, a diferencia del canario de mi abuela, la de mi padre, así que no chisté. Decidí llamarlo Miserias, pero ni él ni nadie lo supo nunca porque jamás lo verbalicé.

Estábamos las tres y el pato, apiñadas en la parte de atrás de un Seat granate que olía a rebaño de cabras. Hacía mucho calor y, además de estar apiñadas, el asiento era de un plástico donde se te pegaban las bragas y el moflete, y te sudaba el culo, con un respaldo de manta vieja lleno de astillas de alguna leña que habían llevado.

Ahí los coches valían para todo: para ir a misa, llevar un árbol o enrollarse.

Creo que me sentía más pariente del pato que de esas dos mujeres. A mi agüela la veía muy poco, solo ese fin de semana del verano en que se desollaban puercos. A mi prima Lapili, pues ahí también, sin más. Ni siquiera sabía si tenía padres o se había reproducido en el estiércol del patio de mi agüela por esporas, como un hongo.

Nunca la había visto con más ropa que el bikini o como mucho, con un turbante que nos hacíamos con las toallas de Dartacán que regalaban con los Danones. Dormía en bikini. Desayunaba en bikini. Y se rascaba como si nadie la viera, retirando a un lado la gometa de la ingle.

Este año no solo tenía el bigote rubio. Alguien, quizá ella misma, había puesto el mismo producto en su pelo, y parecía un pollo completo. Además, llevaba un walkman, y para caer bien a los tíos, solía decir entre risas:

«Rubia de bote, chocho morenote», mientras hacía un baile como de rap y se señalaba el coño. Arcadas puras de clase *business* me daba.

Las dos tenían el mismo cuerpo. Eran regordetas, con forma de garrafa. Ver a Lapili era como ver a mi agüela de joven.

Descubrí que lo del bigote muy rubio para ser tan morena, que se teñía con agua oxigenada y sol, se lo había enseñado mi agüela y se lo hacían juntas en el baño, desnudas, los domingos, en un ritual de hippismo irrespirable.

Mi agüela tenía unas manos y unos pies preciosos, y a diferencia de todas las mujeres de mi clan, unas tetas muy grandes y una risa que hacía que todo el mundo se girara y se contagiara, como entre gallina, hiena y campana del Pirineo.

Mi madre me había contado que mi agüela era muy valiente. Había tenido seis hijos, y dos gemelos habían nacido pegados y muertos. Mi agüelo los subió a un monte y los enterró en una cueva. Desde la fonda de mi agüela se veía la cueva.

Ella, todos los viernes, salía muy pronto, antes de que cantaran los gallos, y subía al monte con un bastón de palo. Después bajaba con los ojos bañados y oliendo a romero, hacía torrijas, cogía agua de la fuente, se lavaba entera otra vez desnuda, hablaba poco y sonreía mucho. Yo no veía nada de eso, solo a una señora absurda con delantal a juego con las cortinas.

El pato se cagó a chorro en mi mano y a mí me dieron más arcadas que cuando me escupía la ciega. Vomité la cena que traía de Wisconsin. Así que el Alemán, un vecino amigo de mi agüela al que llamaban así porque había estado en Alemania de joven y era el único que tenía una Telefunken en doce pueblos a la redonda, paró el coche para que limpiáramos mi pota y la caca de pato.

No entendía la ofensa de todos por la mierda de pato y los vómitos. Ese coche era una cuadra con ruedas, ¿qué más daba un poco más de mugre? Creo que la fragilidad no estaba bien vista en ese pueblo, o la gente ahí no vomitaba.

Paró en una curva amplia donde un camión de gitanos vendía melones.

Ellos salieron a por fruta y mi agüela me hizo un gesto como de tener una fregona en las manos para que yo me hiciera cargo del coche.

Solo tenía una maleta con cuatro cosas, mi libreta, el libro de Fray Perico, alguna camiseta y una foto con mis padres y mi hermano, todos sonrientes con el mismo chubasquero azul y subidos en el canfranero. En la foto saludábamos como subnormales y parecíamos felices. Deseé que mi madre apareciera sentada a mi lado, deseé que me consolara y me ayudara a limpiar todas las cosas rotas. Solo estaba ahí el pato.

Pensé por un momento si limpiar el asiento con la foto, pero me decanté por los calcetines, que empapaban más. Así que me los quité, limpié la pota y la caca, y los tiré a una bolsa de basura que también viajaba con nosotras.

Quería meter en la misma bolsa al pato, que no paraba de piar y cagar. Quería meter mi propia cabeza pero olía a leche avinagrada. Quería anudar la bolsa y ahogarlo pero era huérfano como yo y ya tenía nombre, así que me dio una inmensa pena. Pobre Miserias. Pobre Madonna.

En la maleta estaban las zapatillas que me había empeñado en comprar. Esas J'Hayber que arañaban y que me había empecinado en tener para parecer una chica poni. Ahora las odiaba.

Lo último que había hecho con mi padre fue comprar las zapatillas que llevaban todas las personas de mi edad de Wisconsin.

Mi padre era un rata y un contracorriente. Nunca seguía modas, y para él, comprar unas zapatillas con unos tacos de goma como suela era algo inaudito, y unos vaqueros ya rotos, de retrasados mentales.

A veces le pedía cosas y él se negaba directamente, pero entonces venía mi madre y solo con acariciarle la mano y mirarlo a los ojos, le hacía entender.

Y él aceptaba, porque ella era su debilidad y su sentido común, y su sentido del humor, y todos los sentidos que él pudiera tener y que existían en el mundo.

Un día le pedí una moto. Ese día me dijo que sí, así, del tirón: que fuera pensando el color, que iríamos el lunes a comprarla. Azul claro. Alucinante, su sí directo.

El lunes me llevó al hospital con la excusa de ver a su amigo médico, y entonces este nos llevó por un largo pasillo hasta una habitación con una cristalera. Dentro había un chico con las piernas colgadas de cables, un respirador y una silla de ruedas esperándole al lado de su cama para el resto de sus días.

Y mi padre me dijo: «A este le gustaban verdes».

Metí las J'Hayber en la bolsa, la anudé y la dejé en la cuneta. Seguí descalza y abracé al pato. Los dos estábamos mareados.

Llegaron cargados de melones y tomates. El coche empezó a oler mejor. El Alemán arrancó y abrió su ventana. Mi agüela cerraba los ojos y dejaba que el viento le entrara por los botones de la bata. Yo veía su piel, que se erizaba muy bonita y parecía la del pato pero suave, y sin plumas a punto de crecer.

Mi agüela debía de haber sido muy guapa, y a veces debía de haber cantado o algo porque era afónica y gastaba hasta el último hilo de voz para expresarse, con la vena verde y gorda.

La fonda estaba en la orilla de una carretera, para que los coches pudieran parar al verla desde la ruta entre Barcelona y Madrid. Había una verja verde pino, gastada, desconchada por el sol y la vida. Después se bajaban unas escaleras de piedra que había hecho mi agüelo con las conchas que había traído desde la playa de Valencia, una por una, en garrafas de plástico, y que había puesto con sus manos como si hiciera un altar. También había construido una plaza con la forma de una estrella, con piedras negras y blancas recogidas de diferentes suelos, nadie sabía cuántos ni cuáles, y la había rodeado de albergeros que daban fruto. Todo lo había hecho para querer mucho a mi agüela. Como si quererla se pudiera poner en el suelo y en las paredes a cada paso que él daba, para que a ella no se le olvidara nunca.

Yo recuerdo aquella plaza casi como la de la Giralda. Mi agüelo había construido un banquito con trozos de espejo en los que me miraba los ojos y los dientes. «De cemento *armao pa* que duren siempre», me decía.

Una noche, mi agüelo me subió al banco de espejos, me puso su cazadora que olía a tierra, y me dio un bocata de lomo con queso y un vaso

de Tang.

Los dos esperamos mirando al cielo hasta que pasó el cometa Halley, y él me abrazó, y también a mi agüela, y los tres hablamos del espacio y de Dios. El cometa Halley era absolutamente increíble, de otra era, de otro régimen, del espacio, de cuando aún estaba el agüelo, y mi padre reía, y mi madre no lloraba, y yo sabía dónde estaba mi hermano y casi todo era suave.

Mi agüelo era bueno. Eso me lo repetía ella como un rezo: «Tu agüelo era bueno».

Decía que la había querido mucho, sin estorbarla, y que era feminista. Que hasta muy viejo se quedaba callado mirándola y sonreía, que le leía despacio y en alto la revista de San Braulio, y que amaba las cosas pequeñas y bonitas.

Él había puesto también las baldosas de la cocina, una a una, y todavía estaban torcidas.

A mi agüela le daba igual que pitara un coche o que ardiera la cena: al pasar, siempre las acariciaba. Mi agüelo también colgó las cortinas. Puso la barra inclinada, cortó los bancos con una sierra, y se inventó un sistema de poleas para subir las garrafas al desván.

Luego se murió, como un hombre bueno, sin hacer mucho ruido y dejando calor en los huesos de todos.

Entré con el pato, que me seguía, y la maleta a rastras. La fonda tenía olor a cebolla frita, a lejía, a leña, a mucha gente de paso y a todos los muertos de los marcos.

Mi agüela dijo que ese verano me quedaba con ella porque no se fiaba de los internados, ni de los padres de mi padre, ni de las monjas. Nada más llegar, subí a mi cuarto sin decir casi nada.

No tenía ganas de ver a nadie. Cerré la puerta despacio y me senté en el suelo, con la espalda apoyada en la cama, mirando el papel de florecitas de almendro amarillas. El pato me miraba con sus ojos de canica. Ni siquiera piaba. Ni idea de cómo íbamos a sobrevivir ese y yo.

Mi cuarto tenía una colcha de puro alcanfor y un póster de un calendario viejo del 87 con un galgo muy flaco que peleaba con otro en un campo

amarillísimo y seco.

El pato dormía conmigo. Le hice una camita con una caja de zapatos y periódicos. En mi cabeza, el pato se tapaba con una minicolcha, tenía un flexo para leer y un despertador lila. En la realidad, solo cagaba. Al lado, en la pared que compartíamos, había una puerta de madera con vetas pintadas de blanco y rojo, como una gran vulva, que separaba mi cuarto del de Lapili.

Nunca cerraba la puerta, aunque yo jamás entraba si ella no me llamaba porque le tenía más miedo que a la noche. En las siestas, las vetas de la puerta parecían moverse con el viento que entraba por la ventana a quince mil grados, pero luego me acercaba y veía que estaban quietas, atrapadas en la madera.

Al anochecer, la agüela ponía un cortinón denso y negro para que no llegara la luz de la fiesta del patio y nos durmiéramos, pero el cortinón tenía un pequeño agujerito, y todo lo que ocurría en la calle se proyectaba bocabajo, como en un gran cine, en la pared de mi cuarto.

Yo me dormía viendo la película de las gentes de la fonda y oyendo murmullos de adultos que se hacían canto. A veces miraba a los personajes que caminaban haciendo el pino y deseaba que entre ellos entrara mi madre, que viniera a buscarme, que me dijera que todo había sido una broma y que mi padre seguía con vida.

Todas las noches de aquel verano busqué a mi madre en las películas del mundo al revés de las paredes de mi cuarto.

La fonda era un murmullo constante: cubiertos, pasos, aceite caliente, risas de fondo. Yo solo quería que se murieran todos.

La siesta era el único momento del día en el que el mundo desaparecía, se apagaban las voces, las radios, los portazos, y la gente se rendía por un rato. Afuera, las chicharras lo aplastaban todo, hasta los pensamientos.

Esperé a que el último plato sonara, a que la radio quedara en susurro, a que roncaran. Cuando estuve segura de que todos dormían, abrí la puerta despacio y salí descalza al pasillo. Tenía que escapar, yo no me quedaba en esa cárcel ni un minuto.

Era como caminar dentro de un secreto.

Abrí la portaza grande con el toldo de rayas de loneta que parecía una prolongación de mi agüela y su delantal y, ahogada, corrí.

El suelo de tierra temblaba con el calor y se hacía una onda transparente que volvía todo una alucinación desértica.

Mareada, como pude, metí primero al pato y luego mi cara en una pozaleta que había detrás del trastero, donde creo que bebían agua los gatos y los perros pulgosos.

¿Cómo iba a escapar si no podía dar ni un paso? Fue entonces cuando la vi.

Entre unas ortigas, una pila de leña y una rueda de coche sin aire, sobresalía algo que parecía un hueso de hierro.

Me acerqué. Era el chasis oxidado de una bicicleta. Tenía el manillar torcido, la estructura de la rueda delantera mordida por el óxido, y estaba cubierta de telarañas.

Era la bici de mi agüelo. Lo supe sin que nadie me lo dijera. Lo imaginé pedaleando por la carretera, joven, con los zapatos de su boda, su pelo rizado al viento y un bote de miel en la capaceta.

Tal vez la había guardado ahí para arreglarla un día, pero con tantos hijos y tantas goteras, se le había hecho bola. Tal vez pensó en enseñarme a montar antes de que sus manos parecieran parras pero no le dio tiempo.

Tal vez nadie más la había visto desde que había muerto y estaba ahí esperándome.

Toqué el metal caliente con la punta de los dedos. Me los manché de óxido y tierra seca, y le hablé.

–Te vas a llamar Salvaje, como Manolo, mi agüelo, que era un salvaje bueno –le dije.

Y me pareció que el metal oxidado brillaba como los espejos de su banco, y que mi agüelo se reía muy contento, a lomos del cometa Halley.

En ese momento lo decidí: iba a arreglarla, pieza por pieza, como traía mi agüelo las piedras para su plaza.

Ya no escaparía andando sino sobre ruedas. Iba a buscar un sillín, pedales, hinchador, pintura.

Iba a construir mi billete al pasado del que yo venía y volvería a mi casa. La bici de mi abuelo sería el DeLorean y no le diría nada a nadie.

Porque esa bici, cuando estuviera lista, me sacaría de ahí. Y me llevaría a mi pueblo, al de verdad, al Wisconsin maloliente, donde estarían mi padre, mi madre y mi hermano, todos con el mismo chubasquero azul que se hacía riñonera, esperándome a mí para ser disfuncionales a tope, con una constelación irresoluble y bien jodidos, pero juntos.

Capítulo 6

La convención de escritores terminaba al mediodía, la cosa era desayunar, comerles el culo a los últimos jefecillos y editores y tirar pitando hacia el aeropuerto para volver cada uno a su vida. Tú no tenías que comerle el culo a nadie, ya cenabas con todos ellos cuando levantabas el dedo y ellos corrían de rodillas hacia tu mesa. A mí ni me saludaban, como para encontrarles el culo.

Yo siempre había creído que era imposible escribir, o crear cualquier cosa, sin ser vulnerable. Escribir pasaba por abrir lugares íntimos, nuevos, únicos. Creía que el arte era el lugar donde mostrar la herida sumaba. No era así. Como en todos lados, al pez herido lo devoraban, les molestaba la vulnerabilidad, que consideraban fragilidad pantanosa en vez de valentía. La intimidad les incomodaba porque ponía sobre la mesa un tapete que exigía corazón, exigía verdad. Supongo que su comodidad siempre pesó más que lo sutil. Supongo que era más fácil ponerse la capa de cualquier personaje socialmente bien visto que mostrarse sin disfraz. Y a mí se me notaba que me parecían unos desconectados, unos idiotas, y ellos percibían esa creencia mía y me daban puerta. Yo no lograba un lugar.

Era la vulnerabilidad con patas en ese momento, una herida sangrante como el cañón del Colorado. Hacía fuerza para ser puro teatro del malo, máscara neutra, peor aún, máscara feliz, con el rostro que la sostiene quemado.

En el desayuno nos cruzamos en el bufé libre y te sentaste a mi lado. Mi silencio sonó bien fuerte. Fuiste muy amable y te preocupó que solo comiera piña siendo tan delgada, con tendencia a muscular gracias al yoga: mejor proteína desde temprano, me dijiste. Y cero gluten, claro. Te ofreciste

a acompañarme a buscar magdalenas *gluten free* a un local que habías visto cerca del hotel. Ni de lejos me permití ese lujo, a mí nadie me acompañaba a *na*, a mí nadie me cuidaba.

Nos intercambiamos los teléfonos y nos despedimos.

Subí a mi habitación a cerrar la maleta, a darme un baño con espuma en una bañera de verdad que no se pareciera en nada a la manguera de mi casa, en la que me hacía la moderna con los baños fríos de contrastes. Otro cuento más que me había contado a mí misma, que el agua fría era la bomba para la circulación y para la vida en general. Veía vídeos de Wim Hof, un viejo bien grande y fuerte que había perdido a su familia entera y, para no morir de dolor, empezó a meterse en hielo. Si le dolía la piel, le dejaba de doler el alma. Su familia entera. Yo solo me había separado, así que manguerazo frío y *palante*, coño, se acabó el dolor, agüita. No sé si era tan fácil.

La bañera del hotel era suave; la espuma, cremosa, y mi piel, sobre todo la de dentro, era como de recién nacida. Volví a masturbarme. Esta vez largo, profundo y bonito, y como despertando en mí algo que estaba dormido entre la menopausia y las últimas vueltas de la vida. No pensaba en ti, ni en nadie. Mis pajas eran un monstruo de Frankenstein de hombres y mujeres que me superexcitaban y luego el vacío, el oscuro en mi mente y yo misma, mis sensaciones y mi cuerpo abierto, sin más, sin nadie.

Sonó el wasap, me pediste que retrasara mi avión y me quedara por ahí contigo esa tarde comiendo paella. Era muy nuevo esto para mí, estaba claro que solo querías divertirte un rato pero para mí era bonito y no sabía gestionar lo bonito en un momento tan feo.

A veces las cosas que más deseas son las que más te paralizan.

(–Papá, tengo tanto miedo.

–Camina tranquila, que con miedo también se puede, hija. Nadie tiene el poder de parar tu corazón. Ve.)

No fui. Me fui a mi casa.

Me mandaste otro wasap, algo así como que había sido para ti un campamento de verano, que yo era como la guapa del campamento con pompones de animadora, que te apetecería venir conmigo a la siguiente

convención, que nos habíamos reído y había química especial, que quizá al volver a mirarnos nos gustaríamos mucho.

Te creí.

Estaba claro, tú también te habías hecho buenas pajas, mentales y supongo que de las otras. O quizá solo querías que yo me las hiciera para que mi mente pensara que eras mi superventas.

Me invitaste a cenar días después, ya fuera de la convención, en el curso de las vidas en Madrid.

No podía ir ni a la vuelta de la esquina con todas esas piedras que se apilaban en mi espalda, con esa grieta salvaje que me dividía. Ni manguera ni bañera de hielo, ni que me hubieran mandado al polo con Björk. Yo no había perdido a mi familia en un accidente, pero me sentía fragmentada, huérfana, en medio de un océano, con una colchoneta.

Algo muy antiguo guardado durante décadas se había abierto y me había colapsado.

O quizá sí podía haber ido a cenar, quizá aún no sabía que una debe ser y estar con todas sus verdades aunque camine por la vida como una zombi. Quizá para eso hay que tener delante a alguien que pueda ver esas verdades y que te ayude a sostener lo que te deja quieta y así no te asuste tanto el barranco. Yo qué sabía, había tantos «quizá». Sabía que tú no eras ese perfil ni pretendías serlo, ya tenías bastante contigo mismo. Sabía y, aun así, jugué.

No fui a cenar. No pareció enfadarte. De hecho, fuiste supercomprensivo, *cool* y condescendiente. Normal, te importaban más los microbios de un charco. Me mandaste más mensajes ultraíntimos, llenos de consejos para un duelo estándar de revista, mensajes de ánimo y complicidad, incluso palabras bonitas que me hicieron sonreír. Yo, por supuesto, me abrí en canal, hablé de mi dolor, de mi deseo, de mis ganas de ser chupada hasta en el último agujero. Me dijiste que vendrías a beber champán a mi casa y yo lo puse a enfriar unas cuantas veces en días señalados que apalabramos. Todas las veces, me lavé la cara, arranqué los pelos no permitidos en mi cuerpo y ensayé para que no se me viera la grieta y parecerte preciosa y simpatiquísima.

Nunca viniste a beberlo. Siempre tuve que arrancar los cristales del fondo del congelador. Olvidaba la botella dentro y explotaba por mí. Ni yo misma me lo bebía, desolada y vencida, en un rito de rendición. Solo me acostaba, muy triste, olvidando las burbujas en las que había invertido mis ahorros y mis ilusiones y olvidando mi explosión, que tanto anhelaba.

Claro, yo demandaba muchas expectativas. Pero volvías, e ibas, y si mostraba un mínimo interés por la siguiente posibilidad de vernos en persona, desaparecías. Jamás te pedí las razones por las que no acudías a la cita, jamás de los jamases te disculpaste ni explicaste nada.

Los mensajes seguían como la lluvia, inesperados y de intensidad variable: desde el chirimiri hasta la inundación.

Un día de marejada, te hablé de mi soledad y de lo difícil que era para nosotros encontrarnos. Se me ocurrió abrir esa puerta prohibida que exponía lo que yo sentía. Me llamaste exigente, pasiva-agresiva y desapareciste. Ley del hielo. Más puto tu hielo que el de la bañera de Wim Hof.

Era tan nueva. Me pensaba que se podía salir así, de golpe, a la jungla, sin llevar machete, solamente con una pamela de guapa para el solecito.

No sabía nada de idealización, descarte, *hoovering*, *gaslighting*, *silent treatment*. Había estado quince años junto a Mauro, a veces aburridos, a días sin hablarnos, pero aunque muchas veces no estaba, si discutíamos, nos mirábamos a los ojos. Jamás ninguno habríamos abandonado una habitación en medio de la marejada sin antes tener claro que el otro se había enterado de toda la jugada y estaba a salvo en la orilla.

Mi terapeuta lo llamó *ghosting*. Yo, un paso de tu culo de toda la vida y un te mareo de vuelta. Muy bonito todo para mi momento vital. Muy necesario.

Yo me sentía tan rota que ese trato me parecía lo más normal del mundo. ¿Cómo iba yo a ser tratada de otra manera? Un día, una amiga me dijo:

−Es un puto feo, un feo de los de toda la vida, un feo de por dentro. A su mujer la volvió tarumba mientras se acostaba con sus ayudantes. En realidad, se quiere follar a Mauro, vuestra casa, a vuestro hijo, tu construcción bella y sagrada, y le encanta que tires piedras sobre esa familia

tuya que es un trasatlántico de amor aunque los directivos hayan separado las sedes.

Se me partió el corazón e imaginé las noches en que dejé a mi hijo en casa de un amiguito para beber un champán que nunca bebí. Se me rompió de verme a mí misma bajar tantos escalones. El mismo Mauro, cuando me veía y tras habernos separado porque yo no estaba feliz a su lado, me abrazaba fortísimo y entendía lo que me atravesaba. El mismo Mauro podía sentirme destrozada y quererme desde donde yo no podía, y callar con mucho respeto.

Ahora que lo escribo, veo todo lo que algunas chicas hacemos para acabar de rompernos y que todo el dolor acumulado en los tobillos desde niñas salga, reviente como un grano de pus.

No volví a saber nada de ti hasta Año Nuevo, cuando me felicitaste por wasap, cuando para estar en hielo ya no necesitaba ni la nevera, cuando ya estaba muerta por dentro, congelada.

Capítulo 7

La fonda, vista desde el cielo, tenía forma de cruz. Desde la tierra, era un trasatlántico de tres pisos repleto de plantas y pájaros. Un poco como el arca de Noé aparcada en un mar de desierto y sin bichos exóticos.

En el centro de la cruz había un patio descubierto que conectaba todos los pasillos. Por él se colaban la luz del sol y la lluvia. Era un patio cuadrado, con barandillas de madera que las enredaderas habían abrazado con sus hojas y flores, y donde los pájaros crecían en sus nidos al ritmo de las historias de los huéspedes. Todos convivíamos juntos y a ratos piábamos, y a ratos, ni mu.

En ese patio, mi agüela mezclaba plantas para cocinar con geranios de todos los tonos en macetas de colores y por los suelos de su jardín. No entraba ninguna planta que, según ella, perteneciera a los montes.

Solo cuidaba las comestibles y los geranios que le había ido repoblando mi agüelo para que no le faltara alegría. En invierno, los cubría con bolsas para que el hielo no los devorara, y entonces el patio parecía la casa de unos fantasmas japoneses pequeños e inmóviles. En verano, en el mismo patio se estaba a la fresca en hamacas, se leía el *TBO*, se recitaban cosas, se hacía la conserva del tomate, de los melocotones, la mermelada de higo, pera y ciruelas, y se bañaba a los perros y a los bebés. Y todo, en el mismo bidón gigante de gasolina lleno de agua y en torno a una hoguera.

Hasta en agosto.

A los lados del patio estaban los cuatro lados de la cruz.

En el primer lado estaba el corazón de la casa. Había una cocina enorme, con todas las perolas y sartenes colgando de las paredes como medallas de natación. La cocina entera era una chimenea aragonesa con

cadieras a los lados, donde la gente se sentaba a comer, a brindar y a soltar chismes y penas. Las paredes acababan en un puntito de cielo abierto en lo alto con forma de chimenea. Para alcanzar algunas sartenes, y sobre todo las estanterías llenas de botes de cristal con conservas, había que subirse a una escalera de biblioteca y hacer equilibrios como un gato. La luz entraba por unas ventanas ovaladas y atravesaba los tarros de frutas y verduras, tiñendo la cocina como si fuera una iglesia con su vidriera de melocotones, pimientos y tomates.

Pilarito me contó que una tarde enterraron a un vecino que creían muerto, y todos fueron a llorarlo a esa cocina y a contar anécdotas del fiambre. Hasta que el tío, cubierto de barro, llamó por la noche a la ventana iluminado con una vela. No estaba muerto, tenía narcolepsia y salió arañando la tierra de su tumba con las uñas y un crucifijo que le habían *colgao* del cuello. Casi les da un infarto y lo rematan a hostias.

También me dijo que mi agüela parió ahí a todos sus hijos, incluida mi madre. Sola, como una perra loca, en cuclillas en una esquina, hirviendo agua con una mano, mordiendo un cucharón para aguantar el grito, y apretándole con la otra el tobillo a su madre, que era bruja y rezaba cosas ateas.

Años más tarde, el Alemán trajo una tele a la fonda y la encajó en la cadiera. El silencio se metió en la cocina como una sombra. La gente comía sin decir palabra, como si tragaran barro. Solo se espabilaron el día que Sabrina sacó la teta en Noche Vieja. Luego empezó *Cristal*, y ya nadie hablaba de lo suyo, solo de *Tripochitos* y de los dramas de otros de la tele. Así que mi agüela agarró la tele y se la llevó a las chicas de la casa chunga del pueblo de al lado, pobreticas, para que vieran mundo, fauna del Serengueti y lo que saliera en La 2. Y mi agüela consiguió dejar su cocina anclada en las voces del pasado y en las tripas de la gente que comía.

En el brazo izquierdo de la cruz estaban las habitaciones de la familia, que no éramos solo el pato, mi agüela, Lapili y yo. También vivía con nosotras Pilarito, la prima de mi agüelo.

En el brazo de abajo, que era el más grande, dormían los visitantes. Compartían tres baños y se cruzaban descalzos de madrugada, en silencio o

medio borrachos, buscando papel higiénico o de fumar para charrar un rato.

Pero de todos los brazos, el más bonito era el derecho. Resulta que mi bisabuelo era italiano, vivía en Argentina y quería ver mundo. Vino desde allá, se topó con mi bisabuela Miguela, una mujer de metro cuarenta con mirada de cuchillo, y se le acabaron los planes. Miguela era jefa, chamana y un poco punk.

Tuvo dieciséis hijos, no porque fuera ignorante, sino porque le gustaba gozar y parió uno por cada ciclo fértil que tuvo. Y por eso levantó una casa tan grande como una fonda. Fue ella quien mandó construir la primera parrilla con elevador de toda España. En una esquina del patio, desde las seis de la tarde y desde hacía cien años, se cocinaba de todo, carne, verduras, pescado... La fonda era una cruz de humo, con fumata blanca en el centro y olor a grasa asada que se metía en la ropa y en los pelos.

En ese brazo derecho, mi bisabuela, que tenía cuerpo chico pero alma fiestera, puso un tocadiscos con gramola, discos de piedra con copla, tangos y jotas, y una biblioteca improvisada de libros, postales y cartas de amor. La gente que pasaba por allí dejaba lo suyo: fotos, poemas, despedidas, secretos. Y a cambio, se llevaba lo que necesitaba de otros para seguir tirando.

De fondo sonaba Mina, y por un rato, aunque fuera corto, una creía que estaba en Italia o en algún lugar con palabras diferentes.

Pero si algo olía a Italia en esa fonda era la cocina. Mi agüela, hija de italiano, llevaba clavado un orgullo raro por una tierra que no conocía ni en postales, pero que se inventaba dentro de su casa. Como si con los sabores y las canciones bastara *pa* pertenecer.

Cada 29 del mes se amasaban ñoquis, porque así lo marcaba una costumbre que alguien le había contado.

También hacía una *Cacio e pepe* que nadie lograba entender cómo podía saber tan bien una cosa que era blanca, y una pizza con conejo y romero, y el rancho de su pueblo de cabras, y un bocata de pastrami con carne casera y pepinillos fermentados por ella misma, que convirtió la fonda en parada obligatoria para todo el que tuviera tiempo de hacer cola.

La gente venía a por eso.

No a saludar, no a dormir, no a ser infiel: a zamparse ese bocata como si fuera agua de Lourdes.

Se vendían tantos que el panadero se forró, el carnicero se compró medio pueblo, y mi agüela, sin saberlo ni quererlo, les cambió el destino a todos. Y el mío, sobre todo el mío, aunque en ese momento yo no lo supiera ni me importara una mierda.

En la fonda, además de Lapili, que se movía por los pasillos como Lady Gaga, pero en chanclas, dejando un tufo a colonia barata de la *Superpop* mezclado con crema depilatoria de pedo hervido, vivían unas cuantas mujeres más.

A mí, todas me parecían del mismo vertedero, fantasmas con tetas, perdedoras de manual venidas a menos. Mujeres apagadas, con tendinitis, llenas de silencios, como si ya se hubieran muerto pero nadie les hubiera avisado de que olían a podrido. Tan jodidas como las monjas que me querían hacer creer que Satán existía. Tan jodidas como mi madre, que me había dejado tirada como a un trasto viejo, sin tener los ovarios de decirme en la cara que mi padre estaba muerto y mi hermano, desaparecido o regalado a algún orfanato, como si fuera un mueble con tics.

Alguna noche me rondaba la idea de que todo había sido un teatro. Un montaje hecho entre todos, como una función mala de mi colegio, donde san José tenía doce años, era chica y llevaba barba de plástico. Que mi hermano se había inventado el TOC de tocarse las orejas, que lo del garaje fue una performance pactada entre los vecinos y mis padres, que mi abuela, la de mi padre, la borracha, era puro decorado y ni siquiera bebía ni le daban de leches. Y que ahora todos seguían con su vida igualita, pero sin mí. Mejor, incluso.

A veces me los imaginaba en una fiesta divertida, con ganchitos, globos y confeti, celebrando en el portal de Paco el tartaja. A carcajada limpia, felices porque yo ya no estaba. Porque por fin me había largado. Porque ya no les tocaba aguantarme, ni mirarme, ni escuchar mis mierdas de sensible. Como si yo hubiera sido el tumor que habían logrado extirpar.

Pero acababa pensando que, menos lo de mi hermano dado en adopción, ojalá todo lo demás fuera cierto y estuvieran en una fiesta, y mi padre se

riera. En realidad, estaba muerto y eso me llenaba de una pena que era incapaz de mirar.

Mi padre siempre decía que yo había nacido con carácter. Que desde el primer día fui valiente, fuerte, imposible de domar. Que no lloré. Que no pedí permiso para llegar, que entré como un golpe. Ahora mismo no quedaba ni sombra de aquello.

Mi madre estaba sola el día que nací. Era primavera, pero llovía como si el cielo se derritiera, y el calor pegajoso hacía que las paredes sudaran con ella. Tenía veinticinco años y la mirada perdida. Estaba tumbada en la cama, hinchada, cansada, esperando a que mi padre volviera del trabajo para que yo naciera de una vez. Como si su vida fuera a empezar cuando pudiera jugar a las muñecas conmigo. Entonces, un portazo sacudió la casa entera. Ella pensó que era mi padre. Se levantó arrastrando la barriga, cruzó el pasillo, abrió la puerta y lo que había al otro lado era un chaval yonqui, con cara de susto y una navaja en la mano. No era más que un pringado que se había colado a robar, y al verla así, en camisón y al borde del parto, se cagó de miedo y salió corriendo como alma que lleva el diablo.

Mi madre se quedó ahí, temblando, con la puerta reventada, el cuchillo en el suelo y el corazón en la boca. Y entonces, entre el susto, el calor y la lluvia, rompió aguas. Mi madre no pudo parirme. El susto le cerró el cuerpo como un candado. Tuvieron que hacerle una cesárea. El médico, que era colega de mi padre, contaba que cuando la abrieron de lado a lado, yo ya tenía los ojos bien abiertos, fijos, alerta, como si supiera que salir iba a ser una guerra. Cuando me acercaron el tubo para limpiarme las narices, lo aparté con la mano, como diciendo: ni se te ocurra. Así nací yo, entre el miedo y la inconsciencia.

Siempre fui así, decían. Mi padre me agarraba la mano más fuerte de lo normal, para que no me escapara. Me llamaban salvaje. Que gritaba como si me estuvieran arrancando algo por dentro y los dejaba a todos sordos. Que no paraba quieta. Que los volvía locos. A mí me parecían todo exageraciones.

Ahora no sentía nada de eso, ni medio poder, ya no sabía si algo era bueno o malo. Ahora no sabía ni qué comía mi pato Miserias, ni cómo iba a

conseguir las piezas para arreglar la bici y volver a mi casa en Wisconsin. Si es que alguna vez tuve una casa. Supongo que sí porque no se podía echar de menos tanto algo que no se había tenido.

Tenía que saber si estaban celebrando algo o si mi padre ya se había muerto de verdad y solo quedaba su foto en la mesita del portal.

Tenía que saber si todo esto era real o si todo era una farsa. No me podía quedar quieta mirando a un pato.

Entra Pilarito, el mismísimo esqueleto de *Historias de la cripta*, pero esta ni siquiera da las buenas noches.

Duerme en la habitación del centro y lleva aquí más tiempo que algunos muebles. Tiene setenta y pico, y ha estado en la fonda desde que esto era un sitio de paso, con cenas y mantel de cuadros. Pilarito siempre está sucia de alguna mandanga, ya sea de hígado, de harina, de lo que esté cocinando, porque es cocinera y ayuda a mi agüela. Siempre tiene las manos manchadas, y se las limpia en el delantal, que parece ya más un trapo que una prenda. No sabría decir de qué color era cuando salió de la fábrica ni aunque me mataran.

Pilarito nunca da instrucciones, solo espera que vea lo que hace y lo copie. A veces me regala una almendra sin decir nada, me la pone en la mano como si me pasara porros a escondidas, y se ríe.

Era prima de mi agüelo. Al parecer de pequeños estaban jugando en el río mientras sus padres se bañaban. Pero llegaron unos tipos que no eran rojos, y delante de Pilarito y mi agüelo, arrastraron a sus padres hasta la otra orilla. Los niños escucharon un estruendo, vieron a unos pájaros volar en bandada muy alto y ya nunca más vieron a sus padres, que volaron también, sin más explicaciones.

Pilarito tiene un moño de tinte negro tan apretado que parece que se le va a romper la cabeza, y siempre lo sujeta con un pasador de concha con forma de flor. Pilarito nunca se queja, aunque su vida parece haber sido una puta pesadilla. El marido, ese militar que la dejó hace más de veinte años, le regaló las marcas de la piel. Le dio un palizón tan bestia que tuvo que cambiarse los dientes. Nadie habla de eso. Nadie pregunta. A mí me lo contó mi madre cuando le pregunté por las cicatrices. Pilarito es

supersticiosa y va en moto, con un casco que lleva gafas pegadas del piloto del Principito. A veces se le escapa hablar sola mientras limpia hígados o amasa pan, y no sé si está rezando o recordando a su marido. Pero se nota que hay algo feo ahí dentro, aunque no lo diga. Las tormentas la espantan, y cuando llueve se esconde. Luego, cuando para, sale a por plantas, como los caracoles.

Y luego estaba Lapili, mi perra prima, mi prima de doce años que se creía la novia de Kurt Cobain.

Madre mía, Lapili.

A todas estas iba a tener que aguantar.

Capítulo 8

Era 23 de junio.

Llevaba casi una semana atrapada en el infierno del pueblo de las cabras, sudando como un pollo en la habitación del papel de flores, metida en una cama de muelles que crujía y se arqueaba como una lancha vieja. Solo había salido un par de veces, para meter al pato en agua y robar comida para los dos.

Yo no sabía mucho, pero sabía que los patos vivían en el agua. Los había visto en el parque de Wisconsin, nadando en un laguete en forma de riñón que olía a sobaco, donde tirábamos a los galápagos para que se murieran lejos cuando ya nos daban grima. Decían que los galápagos atacaban a los patos. Luego abrieron el restaurante Gran Muralla China, especializado en pato laqueado. Contaban que los patos habían desaparecido por la plaga. Casualidad, seguro.

Lorenzo, el del estanco, salió diciendo que habían llegado los estorninos, que habían acabado con todas las razas, como si fueran alienígenas, y que por eso el Ayuntamiento, y nosotros también, teníamos que apoyar la genialísima idea de Tordocop: un robot de primerísima generación, pero no por moderno, sino por lo básico que era. Básico como Lorenzo.

Supuestamente, el robot asustaría a los pájaros y quizá a los patos. Yo no me lo tragué. Los patos no se fueron por miedo, nos los comimos con salsa agridulce mientras Tordocop disparaba cada veinte minutos y una bandada de cien millones de tordos salía volando como alma que lleva el diablo, dejando una lluvia que parecía que el cielo tenía caguera y un dedo de caca en los coches y en todo.

Después, las aves se acostumbraron. Le hicieron un nido a Tordocop en la cabeza y, cuando llegó el frío, emigraron, como siempre. Lorenzo amplió el estanco, y el pueblo, que ya era un agujero, se hundió un poco más en el fango.

Laputapili corrió la cortina de golpe y dejó que el sol me abrasara como a Nosferatu.

–Sol naciente, manta al hombro –decía, con esas frases de vieja que daban ganas de potar.

Lapili se creía de Frankfurt, Alemania, y no había ido ni a Andorra. Era más de pueblo que una piedra con musgo, más cateta que un pan.

Iba en bañador y cangrejeras azul oscuro casi negro, salpicadas de puntitos plata como una galaxia, como la entradilla de *Ulises 31*.

Me lanzó a la cara un bikini con muñequetes parecidos y otras cangrejeras idénticas.

–Ponte esto, adoptada. Me lo ha dado la agüela. Es de patitos. El mío, de barcos. Ya parecemos retrasadas las dos. Son del mercadillo. Pilla al pato, que nos vamos.

No me moví ni medio milímetro de la cama. Solo estiré el brazo para recuperar la colcha que se había escapado hacia un lado y taparme la cabeza.

Lapili la aventó al suelo, dejándome ahí pelada, y se me tiró encima como una gacela. Entonces me tapó la boca con la mano y puso su cara a medio palmo de la mía.

–Si te digo que nos vamos, nos vamos, adoptada. No me toques mucho el chirri que no estoy *pa* farolillos.

Su mano olía a una mezcla entre chetos de queso, chocho de vieja y mistol. Cada vez que intentaba soltar un refrán lo mezclaba con otro y acababa diciendo terrores sin sentido.

Toda ella era una mezcla rara, como si alguien hubiera hecho un *collage* con cosas salvadas de un naufragio. Era la única superviviente de un naufragio que solo ella conocía y recordaba.

Me levanté como una rata, intenté esconderme para ponerme el bikini.

–¿Qué te crees, que tu chumi es especial o el secreto de las pirámides?

Después, sacó un pintalabios medio morado y me lo puso por la cara mientras hablaba de «sofisticaciones» y de tías dejadas, y de que nunca llegaría a nada en la vida con mi actitud.

La seguí por el pasillo largo y oscuro de Freddy Krueger, y el pato me siguió a mí.

Era verdad eso de que los patos se pegan al primer ser que les da un poco de cariño, creyendo que es su madre.

Pobre pato. Yo iba a ser peor madre que la mía. Y eso era mucho decir.

La cocina parecía el pasaje del terror. Pilarito tenía los brazos hundidos casi hasta los hombros en sangre de cerdo y la removía con las manos como quien busca oro, con las gafas tan empañadas que ni se le veían los ojos.

A su lado, mi agüela echaba arroz cocido y canela, como en una boda.

Las dos llevaban delantales de plástico rígido, salpicados de churretones rojos, y una redecilla en el pelo, de pescador pobre, con la goma apretándoles la frente y las orejas saliéndose para alzar el vuelo.

El cuadro lo podría haber pintado Goya para una de sus pinturas negras, pero lo jodido era que olía bien. Olía a ascazo rico, a algo que mola justo antes de darte arcadas.

–Sentaos ahí y desayunad torrijas, que las hemos hecho hace *na* –dijo la agüela.

La sola idea de comer me espeluznaba, pero mi prima levantó la servilleta bordada de la bandeja de plata y agarró torrijas a puñados.

–Son *pal* pato –dijo, con esa gracia que tenía, que no hacía ni puta de gracia.

Me agarró del brazo y salimos.

El cobertizo era frío y oscuro como una cueva. Olía a caracoles muertos.

Justo al lado de la entrada, habían reciclado un armario poniéndoles alambrada de gallinero a los marcos de las puertas. Los caracoles estaban pegados ahí, enredados en babas como mocos secos.

Al fondo, unas garrafas pequeñas con olivas que aún no se podían comer, unas gallinas que piaban y amenazaban si te acercabas, un carretillo

azul, un cedazo gigante para separar la arena de las piedras, y una pila de trastos por donde campaban los ratones.

La Pili pilló dos cántaras de plástico y les ató cuerdas de pita como mochilas. Dentro ya estaban las toallas de Dartacán y unos Cacaolats de botellita.

Metimos las torrijas, cerró la tapa al vacío y me colgó una a la espalda.

–Vamos, que vas a conocer a Pipo.

Recorrimos la plaza de Estrella de nuestro agüelo, que a esas horas tenía todas sus piedras calientes como estufas. Subimos las escaleras, abrimos el portón de verja verde y nos fuimos, sin más.

Escapar era mucho más fácil de lo que había imaginado.

Iba a ser más sencillo volver a mi pueblo de lo que creía, ahora solo faltaba encontrar las piezas de la bici, porque mi pueblo estaba a tomar por culo.

Caminamos por un camino de gravilla y ortigas que pasaba cerca de la carretera, que ya estaba llena de coches que iban para Madrid. A veces había tantos que se paraban en las horas punta y la gente bajaba al río a refrescarse. Lapili en esos días montaba un puesto sobre unas banastas y vendía fruta, era como un cliché malo de pueblerina pordiosera.

Me parecía ridículo hasta el extremo del pudor caminar en bragas de patos con cangrejeras del espacio y una garrafa colgada a la espalda. Y, para colmo, me seguía un pato medio calvo. Deseaba que atropellaran al puto pato y no parecerme tanto a Oliver Twist. O mejor, que me atropellaran a mí y acabábamos antes.

Llegamos a un terraplén al lado de una caseta. Al fondo se veía el río y alguien había colocado una cuerda con nudos para bajar sin matarse.

El río tenía una poza y sobre esta, una roca gigante desde la que se podía saltar, y un caminito de piedras para cruzar al otro lado. Lapili se movía como si estuviera en un salón de baile, sin inmutarse.

Al llegar al agua no se lo pensó ni un minuto y se puso en cuclillas en la orilla.

–Ven, pringada, hay varias cosas que debes saber. Primero, mójate siempre el pelo, parecerás moderna y podrás hacer bailes salpicando como

Locomía. Y dos, mira esto.

Lapili metió la mano en el agua, que no era de hielo pero estaba fresca, y sacó una especie de minisalchicha hecha de piedritas pegadas unas a otras.

–¿Qué piensas que es esto? –se hizo la lista, la muy puta lista.

Yo levanté los hombros, no pensaba hablarle a esa.

–Un chorizo de piedras, ¿no? Pues mira.

Lapili abrió con los dedos, muy cuidadosa, las piedritas. Dentro había un gusanito con antenas que se retorcía. Ella lo dejó con cuidado. Era una mierder, pero tocaba la vida con pasión y mimo infinito. Adoraba las cosas del monte.

–Y mira lo que se hará ese gusanito de piedra al final del verano.

Mi prima pilló un palo largo de la ribera del río. Todo lo hacía como coreografiado, como si fuera su armario personal y supiera dónde estaba cada cosa en medio de un bosque. Se metió en el agua de un tirón e hizo una pequeña pausa pasadas las rodillas.

–En cuanto metes el coño ya todo es coser y callar.

Otra vez mal el *jodío* refrán.

Se acercó a la roca gigante y metió el palo en un agujero oscuro. Lo movió con cuidado en círculos.

Me parecía una imbécil, intentando hacerse la graciosa con un puto palo y una piedra en forma de chocho, haciendo como que se la follaba. Eso era de cría pequeña, ¡ya tenía once, joder!

Pero, a la vez, era un delirio verla. Se reflejaba en el agua y su imagen se duplicaba, como si fuera una sola prima con dos troncos atravesada por un gran rayo de sol. Su pelo se asalvajaba, rubio de bote, chocho morenote, y volaba entre las pelusas de los chopos, que parecían una ventisca de nieve de Formigal.

Y entonces pasó el primer milagro de los muchos que esa perra absurda me mostraría en aquel verano aún más absurdo que ella.

De la roca salieron volando mariposas tan grandes como lienzos plegados de papel de gasa. Negras, nocturnas, bellísimas, revoloteando

alrededor de mi prima, que ya no solo olía a coño sino que se había convertido en una ninfa del río, más de pueblo que una alforja, pero ninfa.

–Y mira la cacorra de piedra en lo que mutará. Estas están hibernando, nunca las molesto, lo he hecho por ti.

¿Cómo había sabido ella que la roca era hueca y estaba repleta de mariposas negras, tan grandes como un puño?

¿Cómo sabía tantas cosas? De comer juncos por la punta, de fumar petiquera, que era un palote seco, de echar sal hasta que el huevo flotara al hacer olivas, de quitar garrapatas con gasolina, de que los conejitos si arañaban se te infectaba, de quitar verrugas con leche de higo, de todas las plantas de todos los montes y los remedios que se hacían con ellas para curar y para matar, de todas las leyendas y los horóscopos. De todo sabía Lapili.

¿De dónde había salido esta tía y por qué le importaba nada que yo no le hablara nunca jamás?

–Venga, no te quedes congelada como si hubieras visto al yeti, vamos a por Pipo.

¿Y quién era Pipo?

Lapili sacó de debajo de unas piedras unas gafas de sol como quien abre la guantera, y empezó a andar por el agua que nos cubría al tobillo. Hablaba en bucle, sin dejar respiro, de todo lo que veía y con lo que se cruzaba, y se respondía a sí misma, y reflexionaba a dos voces.

No tenía ni puta idea de la vida que había llevado la Lapili, pero sí sabía una cosa: estaba más solita que la luna, en eso éramos iguales.

Atravesamos pocetas, pisamos culantrillo y fuimos detrás de peces y renacuajos como si fueran diamantes. La bruta de mi prima, con manos de lagarto, logró pillar una culebra del agua y hacer la bromita de tirármela al pelo.

Puta, puta, te odio feo.

Esta idiota se saltaba todas las reglas, quién te crees, no tenemos confianza aún para esto ni para nada, mongola, te conocí antes de ayer.

Después de un buen rato de andar como mendigas entre zarzas y barro, llegamos a una cascadita de riachuelo que moría en un laguete.

Lapili, en sus verborreas vomitivas, poco menos que me había prometido las cataratas del Iguazú. Pero no. Me llevó a una charca con pan de rana, toda verdosa y hedionda, que ella llamaba «El Azur». Qué pedazo de papo tenía, de verdad.

Y ahí, atado con una cuerda a un árbol y escondido bajo un techo de ramas, estaba Pipo.

Pipo.

No era ni más ni menos que la llanta de un tractor, hinchada y flotando como un donut de brea, con su nombre estampado en purpurina azul, con pintaúñas, como una ofrenda cutre a la Virgen del Pilar.

Pipo, tú. El coche de mi prima.

¿De dónde coño había sacado Lapili a Pipo?

A veces pensaba que se prostituía a cambio de trastos. No me habría sorprendido verla metida en un trueque de bragas.

Desató a Pipo como si liberara a un corcel mitológico, y me gritó, a bocajarro, como una sargento de río:

–¡Vamos, perra! ¡Abre las patas y monta a Pipo!

Y eso hice. Me monté en Pipo, en esa llanta que abrasaba el coño, y empezamos a bajar el río a lo loco, como si fuéramos las dueñas del puto Amazonas.

Todo ese tiempo, Miserias, el pato, nos había seguido a nado como un espíritu libre. Daba pena verlo, así que lo subimos también, lo encajamos entre nosotras, justo al lado de la válvula de hinchado, esa que si te descuidabas te desgarraba el muslo con un zarpazo de metal.

Pasamos por debajo de la fonda de mi agüela. Vi la piedra roja y escuché las voces de los domingueros. Hoy, vete tú a saber a santo de qué, era el día del bocata de pastrami.

El bocata de pastrami no se hacía cuando a mi abuela le salía del coño, se hacía los días de santos.

Seguimos bajando aquel río que a mí ya me parecía el Nilo. Yo iba sentada en Pipo como si fuera Sofía, la reina de España. Lapili delante, con el pelo volando, gritaba cosas que no entendía, inventadas. Imaginé

cocodrilos, hipopótamos, incluso sirenas. Lapili y yo ya lo éramos, sirenas, piratas, pero con una garrafa a cuestas.

De repente, mi prima hundió la pierna en el agua y frenó en seco. La llanta se fue a la orilla como un perro obediente. Ató la cuerda a un tronco y me miró con esa cara suya de «ven, que vas a flipar fuerte». Metió la cabeza en el agua como en un bautismo y se dobló toda la melena sobre la frente como un chico con cortinilla. Yo hice lo mismo, claro.

Abrió la garrafa y rebuscó hasta el fondo. Sacó una lata de Nivea, pero la crema no era blanca, era gris, sucia. Me explicó que le echaba ceniza y tierra «para darle poder», y sin pedirme permiso me pintó la cara con dos rayas cruzadas, como si fuéramos a la guerra. Dijo que así se hacía en las pelis de hombres salvajes, tipo Rambo o M. A. no sé qué Baracus, de *El equipo A*.

–Camuflaje, *pringá*. Así no nos ven los cuervos.

Subimos la loma de la ribera. Las ramas nos arañaban los tobillos, el barro nos chupaba las chanclas del espacio. Y entonces apareció un campo. Verde y rojo. Rojo y verde. Como la tele vieja pero precioso. Las ramas caían hasta el suelo, cargadas de cerezas gordas, oscuras, apretadas como ojos.

Yo, que venía de un pueblo de asfalto, solo había visto cerezas en bolsas, o en almíbar sobre una tarta de cumpleaños triste.

Aquí estaban vivas. Calientes de sol. Colgando del cielo. Me quedé parada. Con la cara pintada y las piernas sucias, mirando aquel campo como si fuera una aparición.

Lapili no dijo nada. Se metió entre los árboles y empezó a arrancar puñados de cerezas como quien arranca rubíes de la tierra.

Yo la seguí y por primera vez acaricié y arranqué fruta tibia de un árbol. La arranqué con mis manos como si acariciara a un hombre.

Lapili se volvió una mezcla de ninja y saltadora de *parkour*, andando por el campo como si nos siguieran los geos. Se tiró al suelo, casi a rastras, y abrió otra vez la garrafa, que parecía el coño de mis amigas cuando nos poníamos támpax, un saco sin fondo. Sacó la toalla y se puso una camiseta desteñida con lejía que seguro se había hecho ella.

Me hizo una especie de turbante con capita y me pasó otra camiseta. No entendía, todo el día en tetas y ahora que el campo era un horno, nos vestíamos. Pero lo de la camiseta no iba de taparse, era otra cosa. La usaba como una bolsa para guardar cerezas. El turbante era puro estilo. Como las cerezas gemelas que nos colgamos de pendientes en las orejas.

Todo el robo lo hicimos comiendo. Y aunque me dé rabia decirlo, riendo. Nos partimos el culo. No sé qué tenían esas cerezas, que, igual que la sandía, te hacían mondarte. Las garrafas estaban casi vacías, y las llenamos de fruta cuando ya las camisetas parecían tripas de embarazadas a punto de parir mellizas.

–Ahora te voy a enseñar la crema de este paraje –me dijo.

La crema. Me acuerdo de sus palabras como si fuera hoy.

¿¡Qué coño de crema!?

Era una especie de piscina para recoger agua de lluvia, un boquete en el barro cubierto con una lona negra betún, cavada en un campo, repleta de tijeretas, escarabajos con mil patas atolondradas, culebrillas y gusanetes que nadaban en un espasmo. Todo en un movimiento marrón de caldo de alcantarilla. Pero ella se lo quitó todo y se metió como si aquello fuera el *jacuzzi* del Ritz. Y, con una botellita de Cacaolat en la mano, hizo como que bebía champán, con los ojos cerrados y la boca en pose. Con la otra mano pilló un palo del suelo y actuó como si se lo fumara entero, echando un humo que yo pude ver sin que existiera.

¿Qué películas había visto esta tía y qué películas llegaba a dirigir para ella?

Fascinante, Lapili, que podía sacar oro rojo de la mugre negra.

Nos comimos las torrijas. Volvimos al barco. El río ya era un espejo con trozos del cielo.

Cruzamos campos mirados desde el agua, como si el mundo se hubiese dado la vuelta, como en el cine bocabajo de mi habitación nueva. Hasta que nos pilló el atardecer y con él, la noche. Estábamos en una cortada. Gigante. Polvorienta. Colgada, sin saber si era planeta o herida. Agotadas. Ajadas. Pero en calma. El cielo eran todo luceros.

En la parte de arriba del barranco se escuchaban voces, cantos, guitarras.

Reflejos de fuego de toda clase de incendios pintaban los muros de barro seco.

Siluetas enormes de hombres y mujeres proyectadas sobre la tierra, sombras chinescas, figuritas de papel en la pared. Me asusté.

Me abracé a Miserias, mi pato y lo único mío en este mundo. Agarré la mano de mi prima como si fuera un ancla. Por primera vez.

Ella no tenía miedo. Ella lo sabía todo.

–Es la noche de San Juan.

»Hoy se saltan las hogueras.

»Se les prende fuego a las heridas. Para que no pesen.

»Para que no sigan ahí jodiendo.

Entonces se tiró al agua. Oscura. Mansa.

Como si no tuviera ni culebras ni siluros. Ató a Pipo.

Se echó sobre él y me invitó a hacer lo mismo. La superficie del río se volvió mansa.

La oscuridad nos tapó.

Me abrazó muy fuerte.

Y me dijo:

–Mira al cielo. Lo contiene todo. Pide un deseo.

Y yo lo pedí. Sin decirlo. Sin mirarla.

Volver atrás en el tiempo y abrazar por última vez a mi padre, aunque fuera dentro de su ataúd.

Ella hablaba, cantaba pedazos de Nirvana, decía que prefería vivir media vida en la cárcel si con eso podía pasar una noche con Kurt Cobain. Y que las mujeres teníamos que cuidar a los hombres débiles para poder existir. Porque si éramos nosotras las fuertes, no nos querían acariciar. Porque les dábamos asco y miedo. Y que, si los cuidábamos, al menos servíamos para algo en la sociedad. Algo más allá de fregar platos y estar calladas. Algo más que ser hijas buenas y mujeres obedientes. Kurt era como un niño que lo rompía todo, pero eso lo había dicho su novia, que era una cerda. Ella lo entendería mejor.

Y eso de él le parecía encantador.

Y si lo cuidaba tanto, él no se iría.

Y sería especial, tan especial como ella, que era del cosmos y la única que lo entendía. No como Courtney Love, que solo pensaba en su carrera, en ser más famosa que nadie.

Ella no.

Ella sería su terapeuta. Su amante.

Su vida.

Y por eso él jamás se iría con otra.

Jamás. Aunque ella fuera lesbiana y le gustaran más los pechos.

Me dormí agotada, mezcla de caricia tierna y de no entender nada. En una cama que se combaba con la sensación de que seguía flotando en Pipo. El cielo lleno de humo. Mi cuerpo lleno de río.

Las llamas de las hogueras del patio de mi agüela llenaban mi habitación de luz roja, como si la noche entera ardiera dentro de mí.

Lapili me había dejado el walkman puesto.

Sonaba *All Apologies*, de Nirvana, como una nana.

Lo último que sentí fue a mi abuela tapándome. Me besó fuerte.

Me dijo cosas que el sueño no me dejó entender. Pero sonaban a madre.

A casa.

Años después, Kurt se suicidó.

Capítulo 9

Miguela, mi bisabuela, era un ángel del infierno sin Harley. Había una foto suya sobre la chimenea de la cocina de la fonda y mi agüelo había escrito su nombre con conchas entre las piedras del suelo con forma de estrella. En la foto tenía cinco mil años, el pelo color nieve en dos trenzas hasta las caderas. Reía, con todo, con los ojos, con los labios, con las clavículas, con todo menos con los dientes, que se le habían caído. Y mientras reía, fumaba. Yo sabía que, si llegaba a vieja, quería ser una vieja como ella, de las que ríen con todo.

Se llamaba Miguela, y por lo visto, todo lo que tenía de bajita lo tenía de salvaje. El punk no nació en Londres ni en Berlín. El punk lo inventó mi bisabuela mientras el cierzo le movía la melena y la vida se mostraba bien dura.

Era la más pequeña de dieciséis hermanos. Nació sietemesina, con menos de un kilo, y gemela de otra que no lo contó.

Miguela decía que se la había cargado ella misma para salir antes, abrirse paso y bebérselo todo, antes de que las tetas secas de mi tatarabuela cerraran el chiringuito.

Todo el mundo pensaba que esa cosita de hueso y piel no duraría ni una noche en una casucha fría, en mitad del campo, con el invierno entrando por las grietas. Pero ella no se murió. Ella se quedó.

Cuando le preguntaban cómo lo había hecho, se reía y decía que mordiéndole a la muerte. Que la agarró por el cuello y le hincó los dientes, y que, desde entonces, la muerte tenía cicatrices.

Luego se hizo una chavala morena, con los ojos rasgados y la mirada aguda. Se cortaba el pelo ella sola, sin espejo, con unas tijeras de costura y

a lo tío. Nunca quiso moños ni vestidos. Iba en pantalones, con tirantes, y montaba a caballo, como Clint Eastwood.

Tenía el carácter de una tormenta. Trabajaba el campo igual que sus hermanos, pero ella era más lista que todos juntos. Los padres de Miguela, o sea, mis tatarabuelos, ya tenían una fonda, aunque en realidad era más un sitio donde los caballos bebían y la gente descansaba o comía algo antes de seguir.

Estaba en otro pueblo, no en el mío de cabras, no en el de la fonda en la que yo vivía ahora.

En esa fonda, Miguela cocinaba, sí, pero también salía al monte, cazaba, pescaba, organizaba las tierras y mandaba más que nadie. Era valiente y no se achantaba.

Decía lo que pensaba, aunque doliera. Se reía de la autoridad si decían sandeces. Era libre. Un trueno en mitad del campo al que por dentro le ardían mil lenguas de fuego.

Una tarde, un guiri de casi dos metros, rubio y con ojos azules, que decía que quería conocer el mundo, paró a descansar en la fonda de los padres de Miguela.

Y ella, desde una rendija de la cocina, lo vio.

Bastó un vistazo. Un segundo. Y supo, con la certeza con la que ella sabía las cosas, que ese era el amor de su vida.

Así que no se lo pensó ni un minuto.

Salió con los últimos rayos de sol del atardecer naranja, montada a caballo por las laderas del pueblo, en busca de la cena de su futuro marido.

Recogió romero, tomillo, piñones, ajos, y con sus propias manos pescó dos truchas en el mismo río donde hoy me masturbo y me baño.

Volvió a su cocina, vació los peces de tripas con delicadeza y los llenó de cebollas, boniatos y una loncha gorda de jamón. Cortó patatas panaderas, majó los ajos y regó los cuerpos plateados con vino dorado. Después lo metió todo al carbón de la chimenea por la que ya se colaban los rayos de luna llena que hacían magia.

Se lo sirvió a José.

José venía del espacio, o eso decían los del pueblo, porque tenía un acento extraño y unos cabellos dorados que jamás se habían visto por estas tierras.

Dicen que, al probar el pescado, lloró de gusto.

Dicen que no era un simple plato, que era una poción de amor, un conjuro suave, preparado por ella, solo para él.

Él preguntó por la cocinera.

Desde la cocina lo mandaron a las cuadras, donde Miguela lavaba a su yegua, iluminada solo por la misma luna llena que esa noche lo cubría todo.

Dicen que él paró en el marco de la puerta a espiar la silueta de ella entre las luces y las sombras.

Y que Miguela, con su pelo corto y su pantalón de jornalera, solo tuvo que mirarlo de reojo para que él supiera.

Y ahí y en esos tiempos imposibles, entre las yeguas dormidas, hicieron a su primer hijo, dando comienzo a una estirpe de salvajes nacidos de dos que se saltaban toda norma y que nunca más se separaron.

A Miguela la echaron del pueblo de sus padres, por puta y por bruja. La echaron sus propios padres y hermanos por hacer lo que quería. Por no agachar la cabeza. Por amar a un extranjero sin pedir permiso.

Y ella, tan orgullosa como era, se fue con José al maldito pueblo de las cabras que entonces no era un pueblo, sino un trozo de monte atravesado por un río frío.

Pero contaban que, en ese bosque perdido, Almanzor, uno de los moros que vinieron a la Península hacía siglos se había hecho construir una casa de verano, bañada por las aguas de ese río que daba salud.

Así que, con cuatro duros, Miguela compró las ruinas del moro. Un amasijo de piedras viejas que ya nadie quería.

Y sobre ellas, con sus manos, y con las de José, construyó su vida. Dicen que levantaron la fonda hasta romperse los dedos. Y que se amaron mucho. Y muchas veces.

Miguela vivió ciento un años.

Los vivió todos. A pulmón. Sin pedir perdón a nadie.

Compartiéndose con todos.

En los años de la guerra, cuando las casas se convertían en tumbas y el hambre hacía heridas salvajes, escondió a familias enteras en los sótanos de su fonda. Alimentó a niños ajenos con lo que no tenía. Y traficó con azúcar, con tabaco, y con dignidad.

José nunca le preguntó por qué lo hacía.

Él la miraba como a una tormenta que ves a lo lejos en el monte, con respeto y sin intentar pararla.

José nunca alzó la voz, nunca le pidió que se callara, nunca le dijo cómo debía vestirse ni a quién curar. La amó sin miedo y sin medida. Se amaron sin miedo y sin medida.

José siempre supo que tenía al lado a una mujer gigantesca, aunque no llegara al metro cuarenta.

Dicen que José se deshizo por dentro el día que su hijo Ernesto, el pequeño, el tranquilo, se les murió de repente. Se le cayó la cabeza al suelo, y nunca volvió a ser el mismo. Una mañana salió de casa sin decir nada, siguiendo el río como si pudiera encontrar a su hijo en el fondo y el agua se lo llevó. Lo devolvió después, roto por la corriente, con los ojos cerrados y la ropa llena de barro.

Y Miguela lo abrazó tres días seguidos sobre la cama en la que habían hecho casi todo, sin moverse, sin comer, sin hablar. Hasta que lo dejó marchar. Le buscó una estrella y lo subió a ella, lo devolvió al planeta de los hombres rubios de dos metros de donde José había bajado.

Y Miguela se quedó sola. Con sus dieciséis hijos. Con la fonda. Con sus pantalones y su pelo cortado a cuchillo que ya tenía patillas canas. Con las noches en que el techo parecía derrumbársele encima de tanto sostener cosas. Ella enseñó a mi abuela, su hija más pequeña, a cocinar pastrami y a no necesitar a nadie.

De muy vieja leía las cartas, los cráneos, curaba con raíces que encontraba en la tierra. Tenía las manos duras como sarmientos y a mí, de niña, me agarró la cabeza palpándola entre los dedos y dijo: «Aquí está. Ya nació. Tiene el hueso de la artista. La última bruja de esta sangre». Y yo me lo creí. Abracadabra. La fuerza de la palabra. Me lo creí.

Ella me contó su historia cuando era mayorcísima y su cara era una pasa. Ya solo dormía en una camita y la ponían al sol por la mañana, donde hablaba por los codos y seguía fumando tabaco de liar. Me contó su historia sin adornos, sin héroes, con un amor que le salía en chispillas de los ojos.

Ella me enseñó que yo no vengo del miedo, ni del silencio, ni de la obediencia. De esa gente veníamos mi agüela, y mi madre, y yo.

Mi agüela tenía el pelo rojo hoguera y la piel llena de pecas.

Yo creí que la habían hecho en el suelo, al lado del hogar, sobre la piel de un oso, como en las películas románticas de los ochenta. Que habían retozado tan pegados al calor que algo se les quedó en la sangre y por eso mi agüela era pelirroja, pero en mi pueblo no había osos ni tiempo para empalagues de película.

Mi agüela era una niña grande, cuidada por todos.

Reía fuerte, hablaba por los poros, y no había secreto que no quisiera saber. Jugaba al guiñote con cartas marcadas por ella, que no soportaba perder pero sí hacer trampas.

Y no dejaba que nadie hiciera su vida sin que ella la supervisara, la *sheriff* de la familia.

Mi agüela era de fuego y el fuego, ya se sabe, da calor pero también quema. Mi agüela se levantaba con el primer rayo de sol y ya vociferaba.

La fonda estaba lejos del pueblo, por eso mi abuelo había puesto una campana en un poste, para que no nos perdiéramos las cosas importantes y pudiéramos anunciarlas.

Lapili, que también venía de todos estos intensos, había heredado lo más incontrolable de cada uno de ellos. Ahora mismo se había colgado de la cuerda de la campana como un chimpancé con un plátano buenísimo y la movía sin piedad, con el bikini, con esa energía suya que no se cansaba nunca de nada. Si no fuera porque la escucho tocarse todas las noches mientras canta *Like a Virgin* pensaría que duerme en un ataúd y chupa sangre.

Hoy estaban todas revolucionadas.

Entra en la habitación mi agüela. Ya sé de dónde ha sacado Lapili la costumbre de quitarte la manta como quien te roba el tejado y la frasecita

«Sol saliente, manta al hombro».

–Venga, muévete, hoy vas a aprender a hacer migas –dice.

Es el día de la «amigada». El día en que se hacen migas para los amigos.

La «amigada», ese juego de palabras salido de una mente brillante, otra vez me dan ganas de desangrarme y morir.

Mi agüela es más suave que Lapili. Se sienta en la cama donde estoy tumbada bocabajo, con los puños apretados bajo las tripas. Me pasa la mano cálida y un poco rasposa por la espalda, haciendo círculos. Luego agarra la piel desde el coxis y la va subiendo poco a poco, siguiendo la senda de la columna vertebral.

–Mi padre me hacía esto –me dice–, es de los indios argentinos, se llama «estirar el cuerito».

Creo que se inventa lo del cuerito y los indios para darle onda, pero aun así, me quita el dolor de garganta de las mañanas en que me dan ganas de llorar, pero no lloro. Al llegar al cuello me acaricia el pelo, me lo besa y me pone una rama de romero en la oreja.

Después se hace la maga, y de la misma oreja saca una onza de chocolate con avellanas y me la deja sobre la almohada, a un milímetro de mi nariz.

–Pilarito lo acaba de cortar, lo hicimos ayer mientras dormías, baja, hoy es un día precioso y te necesitamos.

Yo no puedo ni abrir los ojos. Solo quiero irme con mi padre allá donde esté. Quiero morirme si él está muerto.

Pero mi abuela, que es hija de una loba mezclada con un hombre de un planeta de rubios, es una zorra, y me dice despacio:

–Tendrás que cuidar de ese pobre pato, lleva dos días en la sombra y sé que tú no lo dejarías morir, tú no dejarías morir a nadie. Vamos, pon todo el corazón y dale, aguántate un día más y luego, si quieres, mañana te rindes.

Un padre muerto, una madre desaparecida, un hermano dado en adopción y un pato en la sombra. Esa era mi movida.

Empiezo a bajar las escaleras y Miserias me sigue sin chistar. La casa es un enjambre, hay niños nuevos corriendo por todos lados, gente que no sé si

es familia o amigos, o las dos cosas o desconocidos, o nos han invadido.

Mi agüela da órdenes a todo el mundo y todos obedecen sin decir ni pío.

Pilarito se ha vestido de señora. Va embutida en un peto con mangas farol lleno de flores, las mismas que el papel de mi habitación. Empiezo a pensar que se les va la cabeza con eso de combinar las paredes y la ropa, como en una teleserie sueca de familias en el monte que se hacen ropa con las cortinas.

Una emoción nueva me atraviesa: vergüenza. Qué bien me ha sacado del túnel oscuro ver a Pilarito. Sí, Pilarito me da bastante vergüenza y un pelín de asquete.

En el patio de las flores hay mucha gente. Todos han traído su propia silla y su pan seco en sacos. Se saludan, se abrazan, algunos se ríen. Delante de ellos, en mantas limpias de algodón, el pan va cayendo en finas láminas. Cada uno corta el suyo, como si eso también fuera parte del ritual.

En el centro hay una hoguera como de las fallas de Valencia, parece que van a entrar los bomberos de un momento a otro.

Pero el tamaño de la hoguera solo me raya a mí. Alguien ha colocado una sartén gigante, como una paellera, pero más profunda y con patas, que echa humo. El aceite hierve y dentro flotan cabezas de ajo enteras que parecen planetas. En mi tierra se cantan jotas. Es una cosa tremenda que hace que quien la cante parezca que va a explotar, las venas del cuello se les hinchan, la cara se enciende, como si fueran a romperse los cristales.

Al fondo hay una viejita.

No tengo ni idea de quién la ha sacado de la residencia para estar aquí, pero ahí está.

Sentada en una silla baja, con las manos cruzadas sobre el regazo, como si viniera de otro siglo. Y canta. Pero no a grito pelado como los demás: ella canta bajito, como si lo sacara desde el fondo de la tierra de una grieta que se abre.

Las letras de las jotas suelen ser una cutrada, con su pizca de picardía de catetos salidos. Que si la moza, que si la faja, que si el burro y el chocho en el barro y los cojonazos. Pero la vieja canta otra cosa.

Dice que por amor soñó que la nieve ardía. Esa parte me gusta. Creo que les gusta a todos, porque de pronto se hace un silencio que no es normal y todos escuchamos a la viejita.

Y en medio del silencio, entre el canto de la vieja, aparece él. Me cago viva.

Va montado en una bici a la que le ha cambiado las ruedas por unas llantas de moto, enormes. En los radios, con una pinza de tender, ha enganchado tiras de plástico recortadas de una botella de Fanta para que suene a motor de coche. El manillar es alto, torcido hacia fuera, y de manguitos ha puesto con cinta americana cuernos de toro. Como si viviéramos en el puto oeste.

Tendrá unos quince años. Se ha hecho churros en el pelo de Eduardo Manostijeras, lleva pantalón de camuflaje lijado, enlejiado y lleno de boquetes, una camisa de cuadros customizada con imperdibles, y en los pies, las putas J'Hayber de todos los *pringaos*, pero pintadas. Las ha pintado él a mano. El muy cerdo.

Lo más impresionante, que no solo me abre a mí los ojos como platos, es que, en la parte de atrás de la bici, atado con pulpos de goma de los de bici, trae un costillar de vaca.

Un costillar gigante de vaca. Ojo. Ha llegado.

Aquí está.

El hijo de Satán. Sweeney Todd en bicicleta, vestido de Freddy Krueger y de quince años.

Lapili se abre paso entre la chusma, y ella, más chusma aún que ellos, me grita como si le fuera la vida en ello:

–¡Es K.! ¡Es el hijo del carnicero!

Venga, no me jodas, nadie se llama K. en este pueblo perdido en el culo del mundo. Se llama Carlos y se ha venido bien arriba. Venga. No me jodas. Claro, el hijo del carnicero, por eso lleva un cadáver en la bici. Bien, no es un psicópata.

Estoy en bikini de patos, con las putas cangrejeras del espacio, y con Miserias agarrada como un peluche.

Mi padre se ha muerto, y ahora, de golpe, en medio de esta historia de tierras muertas y antepasadas fuertes, a mí se me despierta el coño.

Ya está aquí. Ya ha llegado. Y se llama K. Y estoy segura, es el hombre de todas mis vidas.

No me puede gustar ese mugroso salido del infierno. No a mí. No. No me gusta que haya pintado su ropa, ni que se haya hecho churros en el pelo con el champú de su hermana, porque apuesto mi cabeza, y no la pierdo, a que en este paraje no ha llegado la gomina ni de coña.

No me gusta que sea creativo, ni diferente, ni que se parezca al cantante de The Cure.

Ya está, yo me he fijado en K. porque lleva bici.

Una bici que ha hecho a piezas. Y en este momento de mi vida, eso es lo único que me interesa: reconstruir a Salvaje, la bici de mi agüelo, y largarme de aquí.

Ir a buscar a mi madre. Partirle la cara. Recordarle que existo y que soy su responsabilidad.

Le pueden dar bien por culo a K. Yo solo quiero sus contactos.

Es más, fantaseo con pillarlo desprevenido cuando suelte la espalda de vaca. O de cerdo. O de humano, qué más da. Atarlo. Sí, atarlo a un poste, o mejor, a un tronco viejo, o mejor todavía, a la piedra roja del río. Y dejarlo ahí, para que el agua lo vaya deshaciendo. Para que se le borren los bordes y se quede plano, redondo, suave como un cristal marino.

Y robarle la bici. Y largarme.

Y quizá, solo quizá, volver a visitarlo de vez en cuando. Llevarle un cacho de pan duro.

Una sardina.

Algo que lo mantenga vivo, pero lo justo. Para que muera más lento.

Para que le duela saber que me tiene cerca, pero que no pienso perdonarle nunca jamás haberme despertado las ganas de vivir.

Ahora.

Justo ahora, que lo único que debería desear es la muerte, en este duelo que me ha puesto la vida.

Salgo corriendo. No saludo. No aviso. No respiro.

Paso por delante de todos con Miserias en los brazos y Lapili me grita algo que no escucho.

Que grite lo que quiera. Yo estoy poseída.

Mi cuerpo va solo.

Cruzo el patio, las sillas, las migas, el fuego, las risas. Todo me pasa por los lados como balas en el Oeste, pero debajo del agua.

Cuando llego al cobertizo, pateo la puerta y entra una luz en polvo que corta el aire.

Huele a metal viejo, a aceite muerto, a cuadra. Hay un colchón que se dobló sobre sí mismo hace mil años. Una caja llena de servilletas con nombres bordados que nadie tira aún. Y entre todo eso, entre latas vacías, herramientas y un paraguas doblado en cuatro, está ella.

Salvaje. Oxidada.

Con el manillar torcido como una muñeca rota, las ruedas deshinchadas, el sillín comido por las ratas y el tiempo. Al verla, me da un vuelco algo en la tripa.

–Te voy a arreglar –le digo–. Vamos a largarnos.

Y entonces empiezo a llorar, pero de esos llantos que son *padentro*. Lloro como si el agua me saliera desde los pies, como si alguien me hubiera roto el pecho de una pedrada.

Y Salvaje no dice nada, claro, es una bici, ella solo espera.

Si quieres que algo suceda, hazlo tú mismo y deja de llorar como una gatita recién nacida. Puto K., que me ha despertado con su nombre de América y su rollazo de chico malo con ojos de bueno de los que te derriten. Ahora quería mi drama, puto K.

Capítulo 10

Se me amontonaban los sentimientos como cuando reciclas cartones en una bolsa y después no puedes cerrarla. Quería meterme en un armario y llorar meses seguidos. Por sentirme sola. Por estar perdida. Por ser tan mediocre de haber visto a un bisonte alfa y despertar del letargo. Por todo. Pero algo se me había movido dentro. Una especie de alarma. Como si la vida siguiera andando a lo bestia y me dijera: esto no va solo de ti. El mundo no se va a parar porque estés rota. La vida te seguirá mandando ilusiones en forma de K., de cachorros de perro de ojitos vidriosos, de encurtidos o de lo que sea.

Apreté fuerte la pena, me la metí bien adentro. Me prometí que, por ahora, la dejaba en barbecho. Ya habría tiempo para llorar. Primero tenía que encontrar a mi familia. Saber si seguían vivos, si quedaba algo de nuestro hogar.

Salí como pude de la fiestita de las migas y me planté en el cobertizo. Iba a sacar la bici de mi agüelo. Nadie tenía que enterarse. Me iba a ir a buscarlos ya. Era mi plan.

Un secreto.

–¿Qué haces sacando la bici del agüelo de la mugre?

No se le escapaba una, no hizo falta que dijera nada. Ella siempre hablaba por todos, se inventaba los planes como si tuviera una bola de cristal. Ni se había dado cuenta de que yo era muda. ¿Para qué? Si ya hablaba ella por mí y por todos.

Así que seguimos su plan, claro. El de Lapili. Si me iba a ir en bici a buscar a mi padre, ese que, según le había dicho la agüela en secreto, se bebía hasta el agua de los floreros, teníamos que encontrar piezas,

recomponer la bici, dejarla lista. Ella investigaría dónde estaban mis padres, trazaríamos un mapa en cartulinas y elegiríamos la noche perfecta para largarnos.

Todo lo tenía en la cabeza antes de que yo abriera la boca. Lapili... Qué tía. Más lista que el hambre y más pesada que las moscas.

Tapó la bici con una lona vieja llena de arañas que encontró por los suelos y tiró de mi brazo.

¿Cómo haría yo para apagar todas esas cosas que hervían en mí sin quitarme la vida ni gritar durante días delante de esta tía?

La fiesta en la fonda seguía su ritmo natural de bandada de pájaros y se había trasladado a la cocina. Se había montado un correte de adultos. A un lado, y sin atar, en el suelo, estaba la bici de K.

Tuve la tentación de robarla y salir pitando, pero yo no sabía andar en bici y la curiosidad me pudo más que al gato y tuve que meter la cabeza en el corrillo.

En el centro estaba K. Había tirado el costillar sobre la gran mesa hecha con una sola porción de roble y ondeaba dos cuchillos al aire como un maestro Shaolín.

Era bastante impresionante lo que le pasaba a mi cuerpo frente a ese absurdo muchacho. Cómo era el amor, que hacía que uno fuera ciego frente a todos los males.

K. cortó la espalda en trozos grandes. A su lado, Pilarito, otra vez con la redecilla de pobre y el delantal de Hannibal Lecter, lo ayudaba con los trozos tochos con un hacha, a lo leñador desatado. Y otra vez más, un millón de sentimientos inexplicables, muy españoles todos –la sangre, el descuartice la pasión y el polvo–, se juntaban dentro de mí, a lo Manolete. K. terminó y, sin que apenas le diera tiempo a lavarse la sangre, mi prima ya lo había agarrado. Me lo presentó y él, retirándose el flequillo del ojo con un movimiento de cuello, me dio dos besos. Los de los noventa nos dábamos dos besos como de saludo de viejos, tomábamos carajillo en recreativos y veíamos a los *Goonies*.

Y a mí, cuando su piel me rozó, aún se me bajó la voz más abajo, más a los pies. Nada de lo que pudiera haberle dicho a ese chico podría haber sido

elocuente o inteligente, su sola presencia me convertía en una retrasada mental.

Lapili le habló al oído, en su idioma de superpesada, mientras se sacaba el bañador del ojete. No se cortaba ni con cristales, ni con las pieles, ni con los aromas, ni con los ojos bonitos, ni con nada.

Entonces K. asintió. Entendió. También era un maestro en la comunicación.

–Necesitaremos agua fresca –me dijo Lapili–. La senda va a ser larga.

Después hizo un gesto de 007 y se coló en la despensa con una voltereta de albóndiga.

K. agarró su bici y me dijo:

–Te espero debajo de la cornisa.

Ahí creo que me mojé, quizá por primera vez en mi vida. Cornisa.

Lapili usaba las garrafas para todo, lo mismo metía toallas y cerezas que se las bebía, llenas de calimocho. Me volvió a colgar una en la espalda. Más ridícula imposible, en bragas y con esa sensación asquerosa de llevar colgado un estómago de cabra con sopa caliente.

El calor era tan infernal que dejé al pato en su caja. Ya daba pena el pobre, parecía que venía de meterse pelo en Turquía, y yo quería aparentar que era mayor. Que me la sudaban los bebetes.

Al pasar por el cuarto de mi agüela, le afané un pañuelo de la cómoda. Era bonito, color arena, con esfinges egipcias azules. No sé, tenía clase.

Vale que a Lapili le sudara el coño ir en tetas por ahí todo el día, pero yo tenía dignidad. Me hice una especie de vestido de Hawái que había visto a las madres de Wisconsin. También me llevé un paquete de tabaco del puchero de barro de secretos y un mechero. Si quería impresionar a K., había que llevar todo el armamento.

Y ahí estaba él, bajo la cornisa, cumpliendo. Dylan de *Sensación de vivir*, pero sin esas arrugas raras de treintañero disfrazado de adolescente con gorra.

Me daban ganas locas de vivir solo con verlo, dentro de la tripa y hasta los tobillos.

Un James Dean de pueblo, destinado a decepcionarme nada más con que abriera el pico, pero aún no: de momento lo tenía subido a un altar de fuego.

Cruzamos la carretera y llegamos a una higuera brutal. No se veía el cielo entre esas hojas enormes, como manos de ogro. Estaba llena de brevas y olía a higuera de verdad, a dulce delicado, a verano.

K. y mi prima se pusieron a recoger fruta sin decir nada. Yo los seguí, haciéndome la entendida. Agricultora experta.

Entonces K. pasó su dedo por mi cuello y me rozó por primerísima vez.

–Si te tocan las hojas, te sale sarpullido –dijo.

Ya estaba. Sarpullido en los hombros. Y enamoramiento hasta en las uñas.

Nos pusimos en marcha entrando en los montes. Recorrimos caminos de tierra amarilla durante horas, con el sol clavado en la nariz.

Mi prima era una radio, hablaba sin parar de todo y nada, nos hizo turbantes con camisetas viejas para no morir achicharrados, recogía cuarzos y piritas y los guardaba como diamantes o improvisaba joyas atando las piedras a ramas que nos colgaba del cuello.

Y K. entendía de pájaros. Imitaba a las águilas con los brazos abiertos y la boca haciendo ruidos de película de vaqueros.

Es verdad que esos dos eran más borraja que humano, pero también sabían mil cosas de la vida que yo ni sospechaba. No de la vida de ideas, sino de la otra, de la que se toca.

K. se agachó, recogió algo del suelo, lo limpió con las manos, lo sopló, y me lo puso en la palma sin mirarme, como si fuera el chip que salvaría al planeta del armagedón.

Estaba ardiendo todo, lo que me dio y yo.

–Trilobite –dijo.

Lo miré flipando. Había pasado un año espiando por amor a un pavo que me decía «Ey» al verme y con eso me hacía volar. Pero «trilobite»... eso ya sonaba a Einstein.

Ahí confirmé mi sospecha de que K. igual no era solo guapo.

¿Qué vida habrían tenido estos dos?

Habría matado por saber sus historias, pero yo todavía no estaba ni para emitir sonidos, como para hacer preguntas.

Llegamos a una cortada enorme que daba sombra, y por fin paramos a descansar.

Bebimos agua de mi garrafa, nos mojamos la nuca, comimos higos. Mi prima sacó un pan redondo que había birlado de la cocina, y K. se hizo el misterioso.

Nos dijo que esperáramos con el pan, que había una sorpresa muy dulce.

Entonces se quitó la camisa y se la puso sobre la cabeza, como si fuera una escafandra. Debajo llevaba una camiseta con indios del Oeste, no de la India, en colores psicodélicos, a cuatro patas, escuchando la tierra con la oreja pegada al suelo.

Y ahí me di cuenta de todo. K. adoraba a los apaches.

Por eso las astas de toro en la bici, las plumas, los silbidos raros, lo de saber de águilas.

Se creía un indio.

Y por eso, aun llamándose Carlos, se hacía llamar K., el muy alucinado.

K. dio un paso al frente y se acercó poco a poco a unas cajas de madera azul, desgastadas, como si supiera exactamente lo que hacía. Ni una duda.

Lapili, congelada, con la mano en la boca a lo actriz venezolana de culebrón, soltó un «¡No! ¡No se te ocurrirá! ¡No podemos perderte, no!».

Y K., sin girarse siquiera, le lanzó un «Shuuuuu» con una u larguísima que cortó el aire.

Pero ¿qué tenían las cajas, víboras?

Entonces sacó del bolsillo trasero un cigarro, de esos pequeñitos con un bisonte en el paquete, y lo encendió con toda la parsimonia del mundo.

Se lo colocó en la boca, que asomaba de la bola de camisa que llevaba por cabeza, y empezó a echar humo como una estufa.

Abrió la tapa de la caja. Muy despacio. Y a cámara lenta metió las manos dentro.

Una bandada de abejas lo envolvió.

Y en el silencio del valle se escuchó todo como amplificado por el eco del barranco y por mi miedo: el zumbido brutal de las abejas, el grito ahogado de mi prima y el latido de mi corazón, disparado al ver a mi nuevo novio desplegarse rozando la muerte.

K. metió las manos en la caja como si fueran el armarito de su mesilla.

No hubo pelea. Ni picotazos. Solo un zumbido más denso, más lento.

Se quedó quieto un momento, susurrando. No sé en qué idioma, pero no era castellano ni inglés ni nada normal.

Era como hablar con el viento, o con el barro, nadie hablaba aquí en cristiano.

Las abejas se calmaron. Se le posaron por los brazos y los hombros, pero sin hacerle daño. Como si lo reconocieran.

Y entonces sacó el panal.

Un bloque dorado, vivo, chorreando miel tibia. Era hermoso y pringoso y perfecto.

K. lo sostuvo en alto y, antes de cerrar la caja, murmuró algo más. Algo como un gracias.

Gracias a la tierra. Gracias a las abejas. Gracias al sol, quizá. No sé, cosas de indios.

Lapili bufó. Estaba roja de rabia y calor. Se bajó el pañuelo de la cabeza, se limpió el sudor de la frente con cara de «a mí no me impresiona ni Dios», y sacó de su riñonera una navajilla suiza, de esas cutres con cortaúñas, con una minifoto de Salou en el mango, que por la parte de atrás era una lima.

–A ver si ahora va a ser el puto chamán de la colmena –dijo entre dientes mientras se acercaba a la roca de la cortada.

Y empezó a rascar la pared con la navaja hasta que saltó algo metálico.

–Balín –anunció, como si hubiera descubierto petróleo.

–Aquí el ejército hace pruebas. Me han contado que esconden ovnis y *etés*.

Y se quedó ahí, con el balín entre los dedos, mirándonos con cara de ¿quién da más?, sube la apuesta si tienes huevos.

El aire estaba denso, dulce con olor a miel y sudor. Todo parecía como suspendido en un hechizo raro, hasta que un graznido brutal cortó el cielo.

No era una gaviota ni un buitre ni nada que hubiera visto antes. Era un águila gigante, parecía un vehículo teledirigido de guerra de los que usan solo los padres. Pasó justo sobre nuestras cabezas, tan bajo que movió el aire como un latigazo.

Nos agachamos los tres por reflejo, pero K. se levantó de golpe y se puso de rodillas alabando al animal.

Se quedó de rodillas, muy recto, con los brazos abiertos y la cara mirando al cielo. Como si estuviera en medio de un ritual. Como si fuera el jefe de una tribu antigua recibiendo una señal del universo.

Yo no podía respirar. Lapili tampoco, pero por otros motivos. Se tapaba la boca y retorcía los tobillos como si se meara.

–¡Ay, no, por favor! –dijo entre carcajadas–. ¡Que se ha puesto místico! ¡Que ahora habla con pájaros, el tío! ¡Qué puta vergüenza!

Y se tiró al suelo de la risa, literalmente, con las piernas abiertas como una rana al sol y las manos en la cara.

–¡Jefe Águila! ¡Concédenos sombra fresca! –gritó, imitando una voz de peli mal doblada.

K. ni se inmutó. Siguió ahí, como si el aire lo estuviera bautizando.

Yo lo miraba con una mezcla entre vergüenza ajena, admiración y ganas de besarlo en la boca hasta ahogarlo.

Lapili se incorporó, sacudiéndose el culo, y le dio una palmadita en la espalda.

–Venga, chamán. Que se nos calienta el queso y tú aún estás rezándole al buitre.

K. abrió los ojos por fin, como volviendo de otro plano.

K. era tan majo que se rió a carcajadas en alto, sin vergüenza ni pose. Y en ese mismo impulso abrazó a Lapili como a un maromo, como a un colega de clase de boxeo, apretándola fuerte. Yo estaba harta ¿qué era lo siguiente, construir un tótem o hacer un temazcal?

Y ella se dejó hacer, saltando como una cabra loca, imitando a los indios con la mano en la boca:

–¡Awawawawawa!

Esa era mi prima. Y ese era su secreto. Era una tía muy poderosa. Que se tomaba para ella los derechos de los tíos como quien se toma un Colacao, pero que, a la vez, defendía el bikini con uñas y dientes, la purpurina y la colonia Chispas, y ocultaba su única teta como si fuera el santo cáliz.

Una gran tía. Impredecible, brutal, libre.

Y por eso, también, una especie de milagro a la que cada vez más se le ponía cara de egipcia.

Así pasamos el día, entre conversaciones de granjeros, espeleólogos, arqueólogos, ufólogos, marujas y cromos de la pandilla basura.

Cada uno hablaba de lo suyo como si lo supiera todo, y todo parecía importante.

Lapili decía que si seguías una hilera de hormigas podías llegar a una fuente escondida.

K. afirmaba que los buitres bajaban solo si detectaban la sangre muerta.

Y yo asentía, callada, intentando guardar todo aquello en la cabeza para cuando me hiciera mayor y volviera a hablar.

El sol fue bajando poco a poco, hasta que el cielo se tiñó de melocotón, y por fin vimos nuestro objetivo.

Era una especie de mina, una cortada abierta en medio de la tierra, que claramente habían hecho con dinamita para sacar minerales.

Todavía quedaban por ahí las casetas de los trabajadores, medio hundidas, llenas de polvo y zarzas, como si se hubieran ido corriendo en medio de un ataque zombi.

Y allí, justo en el centro, como una postal del fin del mundo, un coche abandonado.

Solo quedaba la estructura. Sin ruedas, sin cristales, los asientos pelados hasta el hueso con pegotes de espuma, comido por el óxido y el tiempo.

Un esqueleto de metal. Un coche muerto. Como si alguien lo hubiese dejado ahí con las puertas abiertas al ser abducido.

Nos subimos al coche y jugamos a las familias en Rioleón Safari.

Después, como quien suelta una bomba sin quitarle importancia, Lapili le explicó a K. mi misión. Que tenía que encontrar a mi padre, quizá

muerto, a mi madre a la deriva, y a mi hermano en adopción. Que para eso necesitaba rehacer la bici abandonada de nuestro agüelo y que pillara todas las piezas que él considerara útiles ya que, de eso, él sí sabía.

K. no dijo nada, solo asintió con esa seriedad rara que tenía a veces, como si entendiera de verdad lo jodido que era todo.

Entonces Lapili se envolvió la cabeza con una toalla a modo de peluca larga y siguió jugando a que era Barbarella y había llegado a la luna. Se fue por ahí dando brincos en gravedad cero, hablando en alto, feliz.

Me quedé sola con K. dentro del coche, como un matrimonio de sesenta años que ya no necesita hablar porque ya se ha dicho todo y el mero hecho de estar juntos ya les llena.

Así estábamos.

Con la espalda pegada a la carrocería oxidada, con el silencio del atardecer, mirando el cielo de lienzo cálido y morado.

La luna aún no había salido, pero Lapili la describía a los gritos desde lejos, como si la estuviera viendo aunque fuera de día. Y nosotros también podíamos verla, claro.

Entonces K. me miró. Directo a los ojos. Muy bonito.

Como si en sus pupilas estuvieran todos los cristales que le faltaban al coche y toda la magia que me habían robado siendo tan pequeña.

Y claro, yo le debía de molar.

Parecía Pocahontas con el color de piel que estaba pillando de tanto río y tanto monte, y el flequillo que me había dejado Giovanni de Wisconsin.

El calor nos tenía medio blandos, medio dormidos, y las hormonas, el aire, los higos calientes, el óxido duro.

K. se inclinó un poco.

No dijo nada. Solo se acercó. Yo también. Un poco.

Como si no fuera a pasar nada pero, a la vez, sabiendo que sí.

Nos quedamos ahí, a cinco centímetros.

El mundo se hizo un silencio de antes de una gran tormenta. Y entonces K., que había vivido mil verbenas, empezó a besarme.

Movía la lengua como un remolino. Tenía sabor a sal con miel y a la primera calada de un cigarro, a respiración de otro. Y a mí me pareció

fresco, y bonito, y asqueroso. Me mareé.

Pero me hice la loca para no dar pena, y lo paré como en las pelis hacían las sexis, besándole el cuello.

K. olía a sol, a después de la lluvia, a campo.

Después se puso serio como un adulto trabajando y empezó a recoger piezas absurdas para mi bicicleta. Tornillos, varillas oxidadas, un retrovisor con telarañas.

Las metía en una bolsa rota y asentía sin mirarme.

Se fue escondiendo el sol y nos volvimos a casa a paso ligero, las piernas raspadas, los brazos arañados, pero con las estrellas encima. A diferencia de en mi pueblo, en este todo pasaba por el cuerpo y dejaba una sensación de desgaste y de paz.

Cuando llegamos a la fonda, el patio era como un corazón de brasas latiendo en calma.

Mi agüelo lo había hecho en forma de estrella y ahora brillaba como un cielo a ras de suelo. No había luz eléctrica y todo en la fonda se iluminaba con velas y un camping gas que zumbaba igual que las abejas, todas las noches su zumbido me mecía hasta dormir.

Olía a migas y a brasas apagadas. La gente casi ni hablaba. Dormitaban en hamacas, se pasaban vasos y lo mismo acariciaban perros que acunaban bebés.

Mi agüela vino hacia mí con esa cara de «te voy a coger de la oreja», pero algo debió de ver en mis ojos que era nuevo, porque solo me revolvió el pelo, que seguía húmedo, enredado, con ese corte de flequillo vasco que parecía hecho con un hacha pero que se había vuelto de guapa.

Me dio un albornoz gordo, con olor a planchado y agua de lavanda y, al anudarlo, me abrazó fortísimo, tan fuerte que me volvió a la tierra.

Lapili apareció con otro albornoz.

K. vino con platos de migas para los tres y un batín de viejo que alguien le había prestado. Nos sentamos frente a las brasas, sobre el suelo tibio y suave, a ver cómo los viejos contaban cuentos con voz de madera.

Yo no recuerdo cómo llegué a la cama.

Solo recuerdo el calor del albornoz, la sal de su beso, el silencio feliz en el estómago y que pensaba sin parar: *wooow*, mi primer beso. A la mañana siguiente, me desperté distinta, habitaba en mí otra que era yo, pero un poco más vieja, más calada en la tierra.

Y como me había hecho un poco mayor, al mirar el papel de flores de las paredes, tan cursi y tan precioso, supe dos cosas: una, que en esta vida lo que más me iba a gustar, siempre, iban a ser los besos. Y la otra, que ese pobre chico que se creía indio no iba a poder contener jamás la marea que yo arrastraba dentro.

Porque esa no la contenía ni Atahualpa Yupanqui, ni un ejército de apaches, ni todos los dioses de las tribus.

Por eso lo besaría hasta el día que me fuera.

Porque se lo merecía. Porque fue bueno conmigo cuando yo estaba hecha polvo. Porque me enseñó cosas sin decir mucho. Y eso ya era un montón.

Pero yo no había nacido para quedarme. Y aunque él fuera el más guapo del pueblo, y aunque me gustara cómo olía y cómo me miraba, yo no podía ser feliz ahí con todas esas voces que se me estaban despertando dentro y me apretaban para poder gritar.

Capítulo 11

Aquel verano, ese verano de la infancia, empecé a escribir un diario. Ya que no iba a decir en alto absolutamente nada, debía volcarlo con tinta o volaría por los aires como una olla express llena de dinamita.

APUNTES EN MI DIARIO DE NIÑA

(Primer escrito en el cuaderno que me regaló mi tío, 11 años)

¿Dónde está mi madre y qué siente?

¿Se acuerda de mí? ¿Y mi padre?

¿Hay alguien ahí que pueda sujetar el timón? La tormenta es tropical y yo solo soy una niña. Papá, tengo miedo. Mamá, tengo miedo.

NOTAS EN MI CUADERNO DESPUÉS DE LA PRIMERA TERAPIA

No me llamaron porque no había luz, no existían los móviles. No hace falta llamarme porque se supone que soy fuerte, muy valiente, y que puedo con todo. Y desde este día, sí o sí, tengo que poder con todo. Y si no puedo, entonces me anestesio. Me callo. Trago. Me lo zampo.

Trago también los silencios, la falta de explicaciones, la falta de responsabilidad, el dolor no abrazado.

Cualquier migaja de amor o atención me parece un oasis.

Desde hoy, tú y todos podéis pasarme por encima. Eso me enseña la vida, que la última soy yo.

Diagnóstico de terapeuta:

(18 años, mujer blanca)

Emoción reprimida, falta de expresión, sentimientos no dichos, dolor, enojo, tristeza y necesidad profunda de amor.

Síntoma físico: Nódulos en las cuerdas. «Su verdad está atrapada, no se permite darle voz por miedo a defraudar.»

Ejercicio:

Repite el mantra: «Tengo derecho a decir lo que siento, mi voz importa».

(Escribe todo lo que te has guardado y duele.)

NOTAS EN MI CUADERNO DESPUÉS DEL DIVORCIO

(46 años, la gran crisis vital)

Sentirse ahogada, comprimida, no vista, no abrazada, tristeza profunda, no contenida, no sustentada. Estoy segura de que esto es antiguo y no le pertenece a Mauro. Es solo mío y es normal que mi enfado canse.

Síntoma físico: Dolor agudo en el pecho. Pulmones. No puede respirar su verdad.

Mantra: «Merezco respirar tranquila. Mi dolor no me define, me libera si lo saco».

Ejercicio: Imagina con cada respiración que liberas tristeza. Llora. Llora mucho.

No sé llorar, por eso corro maratones.

Estaba en mi casagallinero, había puesto velas y una cama limpia en medio del salón vacío. Me había contado que la casa estaba en construcción, como yo, y que eso era de valientes y de personas maduras que procesan la infancia y pueden seguir viviendo desde el amor y la luz. Pero me había pillado una gripe de verano. Eran las tres de la mañana. La fiebre no me dejaba dormir. El dolor de garganta era de cuando te caes en el patio del colegio y no quieres llorar para que no te vean las mayores, y te lo tragas y te ahoga, pero por mil. El pecho apenas me dejaba meter un pequeñísimo hilo de aire, parecía que había respirado cloro con lejía y salfumán dentro

de una bolsa, y que todos mis alvéolos se habían prendido fuego hasta la garganta. Si tosía, se rompía algo adentro, algo que estaba hecho de cristales. Si tosía, salía una densidad verde con sabor acre con agujas.

Oí llegar el coche de Mauro, que me traía a mi hijo. Lo conducía su socio. Trabajaban mucho y viajaban más. Eran mellizos y tenían una relación tan sólida como una pareja de novios. Viajaban siempre juntos e iban a los mismos hoteles, compartían asiento en *business*, habían comprado una oficina a medias, varios coches, furgonetas. Tenían un calendario apalabrado con un año de antelación, en el que mi hijo y yo éramos el tiempo que sobraba del trabajo y sus compromisos.

Por tener, tenían hasta la misma maleta. Los veíamos caminar juntos delante de nosotros hasta llevarla al coche o por los aeropuertos. Ellos se ponían delante, yo detrás, con el niño de la mano.

Yo era la niña de la familia que criaba al otro niño, mientras ellos decidían la ruta y los tiempos.

En esos viajes se hablaba del futuro, de más viajes, de fechas, de países y de hoteles a los que se iría (mejor sin nosotros porque con un niño el viaje era muy duro y se complicaba para todos).

A mí nadie me preguntó nunca. Mi tiempo se dio por hecho, era de todos ellos. La interna, pero sin sueldo ni seguridad social. Muchas veces les hablé de mi dolor y de mi necesidad. Lo oyeron como se oye la lluvia en Londres. Era imposible hacerlo de otra manera pues el trabajo llegaba y se agendaba. Haberlo pensado antes de ser madre.

Yo ya le había conocido así, trabajando así.

Yo no hacía nada que diera tanto dinero. Cuando lo hiciera, él pararía. No se podía vivir de la sopa boba. El pacto era ese: si llegaba mi momento, se priorizaría, claro, pero tenía que llegar y yo ahora solo miraba a una cuna y no podía hacer real ese momento.

Ardo de fiebre. Ellos cierran el capó entre susurros de tres de la mañana. Me asomo a la ventana. Veo a mi hijo dormido, en brazos y besado, muy besado por su padre, que lo ama con locura. Se ha vomitado encima. El coche parece un carro de guerra manchado de cordero en una puerta. No les dio tiempo a parar, vomitó sacando la cabeza por la ventanilla.

Desde mi casita de vieja se ve todo.

La llamo mi casita porque yo la busqué, la destrocé y la volví a armar. La pinté, la planté, la decoré y la llené de posible futuro con las pocas fuerzas que me quedaban.

En el acuerdo de separación, esa casa no era mía, era cincuenta por ciento de mi hijo y cincuenta por ciento de Mauro y mía. Él me la había donado a mí. Después de quince años juntos, tuve que firmar una donación de mi propia vida. No era culpa tuya, era la ley para las madres no casadas que priorizan la crianza.

Podía estar en la casa hasta que mi pequeño cumpliera los dieciocho años, momento en el que se podía vender, solo si ellos querían. Esa era la ley de mi país, creo que la del planeta entero, si no habías facturado y los pagos salían de la cuenta de él, no tenías nada a no ser que te lo regalaran.

Que te regalen lo tuyo tiene su guasa.

Tu abogado me informó de que tú pagarías todos los gastos de nuestro hijo para que no bajara de nivel de vida. Pero si yo volvía a estar con otro hombre, no podía estar en mi casa, o se cesarían los pagos de la hipoteca y debería abandonar la vivienda. Tú podías dejar de pagar y me echarían, ellos decían que tú jamás me harías eso, pero ese era tu poder sobre mí, y mi miedo.

Yo más que nadie de todos esos sabía que tú jamás me harías eso. De ahí, la que te conocía y te había amado hasta desangrarse era yo.

La abogada, a la que en un principio llamamos los dos para llegar a un acuerdo amistoso de reparto de crianza de nuestro hijo para que yo pudiera conciliar, miraba con los ojos como platos. Yo solo quería ser la dueña de mi tiempo y repartir la crianza, pero si hacía eso, se le caía el chiringuito y el sueldo de muchos. Ya se iban a encargar ellos de que yo no parara la noria.

A ti te acompañaban un abogado, un legalista, tu socio, y otra abogada desde otra ciudad que llevaba tus asuntos, tu dinero, tu prestigio y tu futuro.

A mí me acompañaban mi soledad y mi dolor, que ya habían conseguido que caminara doblada. No tenía ni doscientos euros ahorrados,

estaba en la cuneta. No digo que tú no sintieras dolor, digo que el mío caminaba solo.

Tú te quedaste nuestro chalet, la casa de la playa a la que nunca fuimos y que yo soñé y diseñé sobre papel, las cuentas, los bienes, el coche, la carrera meteórica y mi corazón en tus manos. Con lo que me compensabas por los años compartidos se compró mi casa y se puso también a tu nombre.

Tu abogado me pidió, supereducado, que me callara y no tocara mucho los cojones con el reparto del tiempo de crianza. Al fin y al cabo, apenas había trabajado, y era muy fácil demostrar que los pagos de las hipotecas habían salido de tu cuenta.

Yo había cobrado por mi escritura poco mientras estaba con nuestro hijo veinticuatro siete, y había aportado menos.

Debía cuidar a mi hijo sin custodia compartida siempre que viajaras o te debía un millón, o más, no recuerdo la cifra que me calló la boca.

Salimos de aquel despacho, me cogiste de la mano y me miraste a los ojos. Me dijiste, muy triste, que tú sabías que las cosas no habían sido así. Que no sabías cómo parar esa avalancha en un circo de tres pistas.

No podías con esa adicción tuya al trabajo por mucho que me amaras, te llevaba de la oreja.

Al salir de aquel despacho nos sentamos en una escalera a llorar juntos, nos dimos la mano y nos besamos. Era muy complejo despedirse porque nos queríamos con locura pero nos habíamos perdido.

Me diste un abrazo muy largo.

Éramos testigos del naufragio de un velero que había sido tan bonito. Tú habías sido el amor de mis amores, más grande que el Pacífico, alto como el K2, más bello que el Taj Mahal. Lo mismo yo para ti, tu universo y tu cosmos.

Un ruido titánico sonó a mi espalda. Noté el aire de un gran golpe en mis tobillos. Pensé que se había caído un árbol o que un camión había chocado con un coche.

Intentaste con todas tus fuerzas que yo no me girara y que me quedara en el abrazo, pero no pudiste.

En el suelo, a apenas cinco metros, un hombre se había precipitado al vacío desde un piso quince.

Quince, los mismos años que habíamos estado juntos. Hacía tan solo unos segundos yo había estado ahí de pie, donde estaba su cuerpo, podía haberme matado su caída. Me salvó la vida nuestra discusión. De hecho, él estaba volando cuando yo di un paso hacia ti y te abracé. Siempre me salvaban tus abrazos.

Se le volaron los zapatos a diez metros, se le reventó el reloj, era guapo e iba muy bien vestido. El tiempo se le hizo añicos.

Los dos años que siguieron hicimos todos los malabares del mundo para poder querernos, pero el dolor era profundo e iba carcomiendo los pilares de nuestra historia. Yo no entendía que me hubieras dejado tan sola, tú no podías creer que yo fuera infeliz con todo lo que te esforzabas. Nuestras dos heridas abrazadas, el abandono y el miedo, en un chapoteo continuo. Mi padre y tu madre robándonos las pieles.

Hiciste muchas cosas para que me quedara, muchas. Nunca entendiste qué hacías mal y sufriste horrores. Nunca supe si llegué a explicarte lo suficiente que, en ese momento, era yo la que había cambiado, la que ya no sentía vida en esa vida.

No teníamos nada en común, ni un viaje, ni un proyecto de futuro, ni una ilusión. Solo mucho miedo a rompernos, soltarnos de la mano y caernos en un abismo muy oscuro y profundo.

Escribimos juntos sainetes, libretos y coplas, pero hasta nosotros le veíamos el cartón, nos habíamos bebido hasta la sangre a besos, sabíamos mucho de teatros tú y yo, y nos descorazonaba el silencio de la noche en un hotel dándonos la espalda o mirando al techo.

Sí, teníamos algo en común: un hijo.

A ese se lo íbamos a dar todo, aunque no estuviéramos de acuerdo en nada.

Lo amábamos por encima de todo y queríamos para él lo más grande. Ahí, en eso, éramos una mole.

Encontré un papelito doblado en mi cartera, con los deseos de una Nochevieja. Era de nueve años atrás; nuestro hijo tenía un año. No se me

había cumplido ninguno. Bueno, sí, uno: que mi hijo estuviera sano y fuerte.

Un día mi teléfono se rompió. Aun estando ya separados, yo misma te lo di, sin tarjeta y apagado, para que lo llevaras a reparar ya que ibas hacia la tienda de móviles. No sé cómo, lo encendiste y revisaste de arriba abajo todos mis chats con el hombre de la convención. Con el hombre del pasado. Si este amor se rompía, por supuesto, era mi culpa, algo hacía yo mal.

«Me pones, quedemos, follemos, me gustas», y todas esas cosas que se escriben y no se hacen. Nunca hice nada de lo que escribí. El otro no quiso. Claro que la fidelidad no va solo de carne y mi tontería había sido enorme. Habría matado por poder girar las manecillas del reloj hacia atrás.

Te llenaste de ira, de insultos, y te salió del corazón un pulpo como el Kraken, que me pegaba con sus tentáculos sus dolores.

Ahora entendías por qué no te tocaba ni hacíamos el amor. Ahora era una bruja de tomo y lomo a la que, más que querer, no soltabas para no perder la partida.

Jamás te volviste a fiar de mí, jamás me volviste a tratar con ternura, jamás me volviste a mirar con amor.

Yo me llené de un dolor terrorífico, de miedo a perder a mi hijo. Tú estabas desolado.

Te enfermaste muy grave. Se nos olvidaron las hachas, las enterramos, fui a cuidarte, eras mi única familia. Tuve mucho miedo de que murieras. Me sentí la basura más podrida del vertedero. En todos esos meses, me fui fracturando en muchos trozos, y tú también.

Estabas enfermo. Era mi culpa por haber sido mala y por disgustarte.

Por unos días, me quedé sin voz, como de niña, sorda de un oído, y con una artritis dolorosa que me impedía mover los dedos. En mi vida siempre lograba que los hombres que más amaba estuvieran casi en manos de la muerte.

Fumaba sola en la puerta del hospital, mojaba el papel de liar con mis lágrimas, no podría seguir si tú te ibas.

Qué miedo, ¿verdad?, soltarnos de la mano. Somos los dos huérfanos y estamos bien heridos.

Te quise desde que supe lo que era amar. Te quise más que a nadie en este planeta y fui profundamente feliz a tu lado. Ahora ya no lo era y tenía que frenar esto o uno de los dos moriría si antes no nos matábamos entre nosotros.

Ahora quería que se cumpliera mi lista de deseos de aquella Nochevieja en la que tú estabas en Roma y yo, con un bebé, sola en Madrid. Esa lista que había dejado pospuesta.

Quién dijo que los seres que tenemos una grieta a la que las olas golpean no podemos caminar y amar.

Nos cuidamos lo que pudimos, hasta que una mañana, quizá, en la que hacía más frío, un despertador saltó en mi centro y necesité revolucionarme, sola, sin nadie más que yo misma, mi tierra y mi propia bandera. Eso o me moriría.

Te voy a querer siempre pero tengo que irme un rato con la de once años y enseñarle de nuevo a caminar. Espero que no nos siga doliendo tanto. La vida va que vuela y yo quiero que estos dos niños que se agarran fuerte contra el viento puedan soltarse las manos, me ha encantado pisar los charcos contigo, reírme, dormir acurrucados. Me tengo que despedir de esta que se quiere matar y se cuida poco, espero que la del otro lado se pueda encontrar contigo, querido mío, y que no sea invierno y que nada nos calle y que aquellos niños que nos salvaron la vida descansen por fin y los grandes se puedan besar.

Que viva, por favor, y que yo sea quien muera.

Capítulo 12

«¡Manta al hombro, sol naciente!», eso me gritó la muy bruta de Lapili al oído mientras me tiraba el pato a la cara.

Decía que yo había estado con fiebre altísima, sudando como un pollo seis días seguidos, y que, en ese tiempo, según ella, me habían salido las tetas y me había bajado la regla.

El doctor Agustín vino hasta la finca y dijo que era «la enfermedad del beso».

Lapili, sin pestañear, soltó que yo solo me había enrollado con mi pato, así que tenía que ser «la enfermedad del pato». Estaba en su salsa, lanzando chistes a lo bestia como petardos que no hacían ni media gracia.

Yo me quedé helada. Lo del beso. Me cagué viva. Pero en silencio, claro, como hacen las que no quieren que nadie sepa que se han besado o han sido perras.

La fiebre me había tenido delirando y recordé que había tenido miles de sueños en la habitación de papel con flores de almendro, que volaban a mi alrededor como una ventisca salvaje. En el cuadro, los dos galgos ahora llevaban a mi padre a lomos y mi madre tiraba de unas correas como de un trineo, para que los galgos no se precipitaran por un barranco y mi padre se despeñara. Pero los galgos se mordían, se reventaban entre ellos, y discutían como locos. Mis padres también.

También me venía a la cabeza Lapili, que me ponía la mano en la frente como si supiera curar y me dejaba hierbas por la almohada. Y la agüela. Y la Pilarito. Todas pasaban por mi cuarto como si yo fuera la Virgen de Lourdes y me decían juramentos, me echaban líquidos en la sien o me metían geranios por las bragas.

Recuerdo verlas desde arriba, sobrevolando sus cabezas, flotando sin saber bien dónde estaba ni cómo se volvía a casa. Por suerte, mi agüelo había hecho un suelo de estrella blanca y negra que se veía desde el espacio. Yo lo vi y gracias a él volví.

–¡Venga, levanta! –me dijo Lapili–. Que el médico dijo que esto era cosa de seis días o una semana y este es el siete, cuentista.

Ya estaba ahí, con el sonido peculiar de sus chanclas y rascándose el culo.

Hoy era el día del «Tomatelotú». Esta gente tenía una manía tremenda de ponerle nombre a todo con rimas fáciles.

Mi prima me peinó.

–Te ha crecido el pelo, los labios, estás asalvajada, larga, guapa, más serena.

Miré mi cuerpo con susto. Era verdad, mis tetas habían crecido. Eran redondas, pequeñas, y suaves como los albaricoques que se veían desde mi ventana.

Bajamos a la cocina. Era precioso. Todas las mujeres estaban sentadas pelando tomates. No unos pocos, banastas llenas.

Los echaban a una olla enorme, con albahaca, ajos y tomillo, y los hervían. Toda la casa olía de maravilla.

Después los meterían en botes y los cocerían al baño maría.

Mi agüela corrió hacia mí y me abrazó muy fuerte. Me acarició el pelo y me señaló con la cabeza dónde estaba el desayuno.

Todas me sonreían, pícaras, cuando pasaba por delante de ellas. Era como si llevara el culo al aire y nadie lo dijera pero lo vieran.

Mi prima me dijo que era por lo del beso, la enfermedad del beso, pero yo no se lo había contado a nadie. Y Lapili estaba en la luna cuando K. me había besado, ni me había visto.

Esas viejas tenían una bola de cristal o sabían ver, de tantas cosas que habían vivido, que algo cambiaba con el primer beso.

En el plato había unas pequeñas tostaditas de pan frito, con angelitos de huevo, tomates frescos regados con aceite, chispitas de ajo y sal gorda.

Tenía tanta hambre que devoré las dos tostadas.

Mi prima Lapili, experta en casi todo sin saber de nada, me dijo que esa hambre era por las tetas.

¿Qué sabría ella, si solo tenía una?

Me contó que ese día era increíble, que acababa en una verbena en el pueblo, con fiesta de disfraces y baile, y que bien entrada la noche habría cine de verano en el frontón.

Que si te llevabas la silla era gratis y si no, cien pesetas y bocata de chorizo *preñao* y refresco, pero que lo mejor era ir a las barras de la peña a por litros. ¿Litros?

Que me diera vida, que ella ya se había currado los disfraces pero que aún quedaban los detalles.

Fuimos a la parte de atrás del cobertizo, donde el nogal gigante, y bajo su sombra estaban sus creaciones.

Había aprovechado que el Alemán había traído electrodomésticos al pueblo, ella ya se había encargado de agendarse las cajas de la nevera y de la lavadora. Íbamos de paquete de Marlboro y de botella de Anís del Mono. Como yo había estado muy enferma, me dejaba elegir. Yo no me quería disfrazar, ni hacer verbenas, ni festejos. Lo del beso no lo pude evitar porque K. me había lanzado un embrujo, pero ya valía, yo estaba triste y destrozada.

Me quedé con el mono, que era una caja pisoteada en los bordes para parecer una botella marrón y con un mono dibujado. En realidad era una caja color mierda con un perro a dos patas con chaleco.

Ella me llevaba poco a poco al huerto, me movía el cuerpo, que hacía acciones que ella decidía, me hablaba de tantas cosas que yo accedía sin apenas sentir, solo por no desmayarme de exceso de información.

Nos los probamos. Por supuesto, debajo llevábamos las chanclas y la braga del bañador.

Era bien jodido moverse con aquella caja a cuestas. ¿Qué pasaba si querías agua o te picaba el coño?

Parecíamos el brik de vino de un borracho callejero. Miré a Lapili, sorprendida al verla meterse en su caja mugrosa. Me habría esperado de ella

que nos disfrazáramos de zorronas para mover bien el culo en la verbena, o de punkis, o de brujas, de *grunges*, o de cazafantasmas. Pero no de cajas.

Ella me dijo que eso era de simples. Que nosotras éramos modernas y sofisticadas. Y que, gracias a la caja, bailaríamos muy guay sin necesidad de abrazarnos a ningún imbécil que nos arrimara la cebolla.

Entonces, antes de meterse en su paquete de Marlboro, me ayudó a meter la cabeza en la caja de Anís del Mono.

Luego, de un salto, se subió a una de las ramas del nogal.

En esa rama había montado, durante años, una especie de oficina/casa/chiringuito, bajo un pañuelo hippioso de Shiva. Sobre un tablón que había colocado entre dos ramas, tenía todo tipo de cachivaches y mierdas que había ido recogiendo por la vida e imitaban la casa de un adulto. Las paredes eran una mezcla de tablones y banastas de fruta y le había hecho hasta una ventana con cortina.

Aproveché el momento en que mi prima estaba en equilibrio sobre una rama para largarme. No sabía expresar lo que sentía pero todo me pesaba como si por mis venas corriera mercurio. No podía sostener la culpa de tener ganas de hacer algo cuando mi familia estaba destrozada. No quería disfraces.

No quería más que salir corriendo. Y corrí para perderla de vista como pude, metida dentro de una caja.

Pero cuando apenas había tomado impulso, le dio al *play* de un radiocasete de Fisher-Price de plástico de críos pequeños amplificado con una papelera que había pegado con cinta americana. Y entonces me giré, llamada por la música, como toda mi vida me ha pasado con la música. Y en ese momento, mi prima hizo magia. Y yo la quise mucho, porque me presentó a uno de los artistas que me cambiarían para siempre y que convirtió ese momento en uno de los mejores recuerdos de mi vida.

Empezó a sonar *Starman*.

Y ahí conocí a Bowie. A Bowie... Y con él, al gran amor de mi vida. Bowie ese *hombremujer* con un ojo de cada color y pelo rojo. K. era una niñatez al lado de ese humano del futuro.

Yo estaba a tres metros del árbol, apretaba los puños, los dientes, me quería arrancar el pelo, y Bowie entraba en mí y me daban ganas de romper el cemento con los pies.

Entonces Lapili bajó de un salto, se metió por debajo de la caja pintada de rojo cereza con las letras de Marlboro, y empezó a bailar bajo los rayos de sol que se colaban entre las hojas, como si fueran de una bola de discoteca que le daba volúmenes mientras giraba.

Bailaba con ritmo de tribu, de una forma que no existía ni estaba registrada, que venía directa desde su chocho morenote, y que la hacía gozar, elevarse, con los ojos cerrados y las manos en alto. A veces se congelaba entera y solo movía la punta de los dedos hacia el cielo, pero esos dedos contenían todo el placer que esa niña podía filtrar a través de su cuerpo del centro de la tierra.

Yo no podía dejar de mirarla, metida en la caja de una lavadora, tan risueña y en trance. A Lapili las cosas sencillas la hacían tan feliz.

Mi prima alargó la mano hacia mí y me sacó a bailar, en ese patio de nuestra familia, bajo las nueces.

–No pienses nada, solo siente aquí dentro y sigue lo que te diga tu tripa –me susurró.

Cerré los ojos con fuerza y las tripas me ordenaron patear el suelo, porque estaba jodidamente cabreada, furiosa hasta los huesos.

Quería volver atrás, decirle a mi padre que lo amaba con locura y que lo odiaba por haberse muerto, dejándome sola ante el mundo, decirle a mi madre que no se fuera, que yo era una razón suficiente para que se quedara, aunque él ya estuviera muerto. Necesitaba saber dónde estaba mi hermano.

Sentía dolor hasta en el pelo, un dolor tan profundo que creí que jamás podría amar nada ni a nadie, ni siquiera a mí misma.

Mi cuerpo comenzó a brincar dentro de la caja, en la que mi prima había escrito «Anís del Mono», el mismo anís que me había traído hasta ese instante, el mono absurdo en el que me había convertido en el circo de los adultos.

Y entonces, casi sin querer, abrazada por Bowie, empecé a gritar muy fuerte. Como una perra, mi voz se liberó al fin, como si algo se desatascara

dentro de mí.

Lapili, como una chamana, me gritaba que no parara, que sacara todo desde la tripa, y tocaba tambores sobre la caja de Marlboro a la altura de sus tripas, rato y rato, y fuerte, hasta que la canción terminó.

Y justo cuando acabó Bowie, pegada a la grabación que Lapili había hecho de la radio, comenzó a sonar *Just a Perfect Day*, de Lou Reed.

El ritmo se descalabró, cambió de dirección como una moto que se estrella contra el quitamiedos y te deja sin una pierna.

Lou me sonó a mi padre, explicándome desde lejos que se iba, que lo dejara en paz, que ya no podía aguantar la fuerza del alma dentro del cuerpito. Me moría de pena muy adentro. No pude aguantar más el peso y caí sentada dentro de la caja. Exhausta, me hice una bola y rompí a llorar, debilitada por la enfermedad, el miedo, el paso del tiempo sin mis padres y la voz de Lou Reed. Entonces la caja se elevó un poco, dejando entrar la luz del sol. Me dio tiempo a ver que me había echado sobre una fila de hormigas que cargaban arroces y de ver el hormiguero hacia el que iban, esas cosas de las que una se acuerda, tan absurdas, cuando se le cruza la vida y la muerte por el pecho.

En la caja se coló Lapili, se echó literalmente encima de mí y me apretó. Me abrazó más fuerte que si lo hubieran hecho todas mis ancestras.

Me abrazó como si entendiera exactamente lo que sentía, sin que yo le hubiera dirigido una palabra en todos los días que llevaba ahí. Ella sabía perfectamente todo solo con mirarte.

Me abrazó como explicándome que todo pasaría, mientras me soplaba un silbidito muy delicado en el oído, que era para gatos.

Estaba caliente, olía a jabón lagarto, a colonia de la *Superpop*, a pintaúñas y a ese supersudor acre de la adolescencia.

Y yo me dejé abrazar muy fuerte, imaginando que era mi madre quien me agarraba, acariciándome despacio el pelo con su olor a mi madre.

Lapili no me soltó nunca, y pasó un rato largo en el que se me pasó el hipo y escuchamos juntas el tema entero de Lou.

No quería soltarme, quería quedarme ahí para siempre, o incluso morir en los brazos de esa tía de paletas separadas y bigote rubio de agua

oxigenada a la que no le asustaba ponerte su corazón de alfombra roja.

Ella notó que yo cedía mi peso en sus brazos y, muy íntima, me susurró:

–Mi papá se fue detrás de una heroína, mi mamá murió de sida, era la hija pequeña de la agüela aunque la agüela nunca habla de ellos. Ella te cuidará, todas aquí te cuidaremos, y el tiempo también, y el agua del río, y las ciruelas, y el sol y las estrellas. Te lo prometo. Yo nunca voy a abandonarte y sé que un día los padres y las madres volverán. Volverán hasta los muertos.

Entonces Lapili, como sellando un pacto mágico, lamió mis lágrimas con su lengua, que estaba templada y rasposa.

Y no me dieron ganas de potar ni de partirle la cara, porque, de alguna manera, algo de todo eso que ella hacía me hacía bien, algo de su brujería de la vida era bueno. Entonces me puso la mano en la cara con esas uñas pintadas a cachos y me pasó la palma de arriba a abajo por encima de la nariz diciendo «fácil» cuando era para abajo, «difícil» cuando era para arriba, y la manaza se le enganchaba en mi nariz, y a mí me hizo reír.

–Venga, adoptada, vamos a pintarnos como puertas –me dijo–, que el remolque está a punto de llegar.

Salimos de la caja y nos fuimos al baño, a mangarle a quien fuera sus *pinturetes*.

Era la primera vez que me ponía cosas en la cara y no tenía ni idea de por qué las madres se metían esos colores cremosos que picaban.

Lapili agarró un lápiz negro y me dibujó rayas en las mejillas, como si fuéramos guerreras.

Yo intenté devolverle el gesto, y le hice dos coloretes de pera con un pintalabios.

Nos reímos hasta que nos dolió la barriga, sin preocuparnos de nada. Al final parecía que éramos pacientes de la unidad de quemados y que nos habíamos caído de una *scooter* con toda la cara rozada por el asfalto de tanta raya negra y sangre carmín.

El remolque vino a buscarnos. Pilarito y mi agüela iban muy guapas, con sus ropas de misa.

Mi agüela llevaba unas gafas de sol enormes y un pañuelo estampado de cadenas de oro en el pelo y parecía Lauren Bacall, muy elegante.

La Pilarito era ella misma, pero con brillo de labios y sin redecilla de asesino de atunes. Hoy llevaba un antifaz tipo Venecia pero de las chirigotas de Cádiz.

El remolque era arrastrado por un tractor que echaba humo y apestaba a gasoil, y era absolutamente imposible subir a él con las cajas de disfraz. Ni soñar con sentarse, íbamos a caer rodando a la cuneta.

Pero mi prima y yo llevábamos el bikini debajo, así que ni por asomo pensábamos quitarnos las cajas en todo el día aunque muriéramos deshidratadas.

Nos pusieron una caja de fruta a modo de escalón y saltamos, caímos de lado con las patitas al aire y quedamos como dos leones marinos, echadas sobre el remolque, mientras las otras se burlaban de nosotras a lo bestia, sin cortarse ni un milímetro, casi ahogadas de la risa.

Entonces Lapili, que era más larga que un invierno sin luz, debió repasar el plan del día en su cabeza y se dio cuenta de que era inviable vivirlo metida en una caja.

Pegó un alarido para que no arrancaran, salió de su caja y se bajó de un salto. La vi correr como una flecha hacia la fonda.

Mi agüela, que era dura como una piedra de molino y no paraba de decidir lo que el planeta entero debía hacer para no dejar de girar, la miraba con absoluta confianza y a ella no le decía ni mu, solo la observaba, satisfecha: la amaba sin palabras y le alababa cualquier gesto. Mi prima podría haber dicho que quería pescar ballenas en el río y mi agüela le habría acercado el tridente sin pestañear.

Lo mejor de todo es que, si Lapili decía que iba a pescar ballenas, es que las pescaba.

Lapili volvió con dos chilabas, una rosa palo y la otra lila, ambas llenas de pedrería y con cordoncillos dorados. Nos disfrazaríamos de moras, con los vestidos que, según me dijo después, su marido militar en Marruecos le había traído a la Pilarito para follar, y que se habían quedado olvidados en unas cajas mientras él se follaba a unas negras sin bragas.

Yo algo había intuido, porque justo en ese momento la Pilarito pilló una ciruela de las cajas del remolque, y con la voz agriada y un brillo raro en los ojos, dijo que estaban correosas y sabían a madera, y que, después, junto con las malditas ciruelas, tiráramos también esos trapos, que olerían ya a nuestros sobacos.

Pero yo me había comido una ciruela y sabían a pura miel.

El trayecto en el remolque fue muy divertido. Íbamos siguiendo la senda del río hasta el pueblo y, de vez en cuando, el Alemán, que conducía, paraba el tractor para que nos bañáramos o para coger fruta fresca de los árboles de las riberas.

Y eso que ya habíamos desayunado, y la agüela nos había preparado un bocata de pechuga rebozada y pimientos verdes, que nos comimos todas tan a gusto, sentadas en las cajas, con las piernas colgando y el sol dándonos en los empeines a trompicones.

Llegamos al pueblo con el remolque, la vergüenza hecha carne. Todo el mundo nos saludaba como si fuéramos la cabalgata de los Reyes Magos o el desfile del Orgullo Gay. A mi madre le encantaba el cine y, años atrás, me había enseñado en La 2 una peli en blanco y negro donde un grupo de catetos saludaba a unos americanos que venían a su pueblo y les cantaban en alpargatas, muy sonrientes, dándoles sus panes.

Pues lo mismo, pero en este caso, todos catetos y del mismo pueblo. Las señoras se asomaban a las puertas, los viejos nos aplaudían desde los bancos, y los niños nos señalaban como si fuéramos extraterrestres con lentejuelas.

A lo lejos, montado en su bici, vi a K. Me saludó con la mano en la sien, como un soldado, y me guiñó un ojo.

Y yo, a esas alturas, otra vez quería morirme. Y ya Bowie me la sudaba y me parecía una maruja vieja. Y con K. otra vez esa cosa de quererle partir la cara hasta asesinarlo y enterrarlo en un descampado, o besarlo y amarlo hasta viejos.

Bajé del remolque como pude, como una rata en una trampa, pataleando medio torpe, medio muerta, rajada de vergüenza.

Y ahí estaba él. K.

Marlon Brando en las pelis del Oeste, pero en chándal y con plumas de paloma muerta. Me miró como si ya supiera todo de mí, como si llevara días esperándome justo en ese punto del pueblo, justo con esa cara. Yo me quedé quieta. En silencio. El corazón me latía tan fuerte que pensé que los demás podrían oírlo.

K. bajó de la bici. La dejó caer con desgana, sin miedo a romper nada, ni las cosas ni a nadie. Se acercó.

Y entonces no supe si echar a correr, ponerme a llorar o quedarme ahí, atrapada, fingiendo que no me ardían las mejillas, ni las piernas, ni ese sitio secreto que ya no me rascaba hacía días y empezaba a ser público.

Entonces K. nos dijo, así como quien no quiere la cosa, que esa noche en el cine del frontón iban a echar *Bailando con lobos*. Y mientras caminábamos hacia la plaza del baile, empezó a soltarnos la matraca sobre los indios *sioux*, las tribus nativas, la explotación del hombre blanco, la tierra, el búfalo, y todas esas mandangas suyas que parecían dictadas por Toro Sentado.

Yo lo miraba entre fascinada y avergonzada, y de pronto lo vi claro: yo era el teniente Dunbar de *Bailando con lobos*. Y Lapili, Lapili era toda la tribu *sioux* junta.

Yo intentaba adaptarme a sus costumbres como una ardilla urbana, de esas que nadie necesita en el bosque, y ella me enseñaba cuevas secretas, robábamos ciruelas verdes y dulces, decía que en algunos agujeros vivían zorros mágicos con ojos de fuego. Me prohibía sentarme en bancos de piedra «que dan cistitis», y ya tenía nombre tribal: La Adoptada.

La plaza del pueblo estaba llena de luces de colores, bombillas de feria colgando de los balcones. El suelo de piedra ardía todavía del calor del día, y había música, risas, olor a colonia barata, a churro, a ginebra con limón y a fardeles.

Llegamos con nuestras chilabas de puticlub de Cullera y el indio de gallinero, y la verdad es que dábamos la nota. Yo me moría de la vergüenza, pero Lapili, que nunca en su vida había tenido miedo a hacer el ridículo, se puso a bailar como si estuviera sola en el salón de su casa, con las manos

arriba, el pelo suelto, y esa manera suya de mover las caderas que parecía que estaba sentada en una pelota de partos.

Yo me quedé quieta, al borde de la pista, como si tuviera cemento en los pies. Veía pasar las miradas por encima de mi prima, escuchaba las risas de los chicos, las de las chicas, y sentía que todas me atravesaban como flechas, riéndose de nuestro disfraz. K. estaba por ahí, apoyado en una farola, mirando, haciendo como que fumaba una pipa de la paz, parecía un videoclip de Bryan Adams. Yo no sabía si me miraba a mí o al cielo o a Lapili.

Y entonces la canción cambió. No sé si era Mecano o Radio Futura, pero era algo lento, raro, de esos temas que parece que te agarran y en español. Lapili vino a buscarme. Me cogió de las dos manos y dijo, a lo Carmen Maura:

–Baila, coño. Ya estás aquí. Que nadie te podrá quitar lo *bailao*.

Y yo bailé. Al principio como una muñeca torpe, como si mi cuerpo no me perteneciera, pero luego cerré los ojos. Me olvidé de que llevaba un vestido usado para follar. Me olvidé de que no sabía bailar. Me olvidé de mi padre, de mi madre, del maquillaje de psicosis, del remolque y de todo.

Solo estaba la música, el calor pegajoso de la noche, el sabor a sudor dulce, y la voz de mi prima que me decía bajito, entre dientes:

–Así, Adoptada, así, tú mueve la pepita.

Y yo no sabía si eso era el principio de algo o el final de todo, pero por un segundo, en medio de esa pista, sentí que las cosas estaban cambiando y que algo se hacía más blandito en los músculos de mi cuello, que llevaban medio verano alerta.

Cuando ya nadie sudaba y el pueblo entero respiraba tranquilo, como después de la fiebre del baile, nos fuimos al cine de verano. Estaba montado en el frontón, con una sábana gigante sujeta entre dos postes, y el suelo lleno de mantas, sillas plegables y gente en chanclas.

El aire olía a aftersun, a césped mojado, a torrezno con sardinas.

K. apareció con tres vasos de plástico. Uno para él, dos para nosotras.

–Licor de melocotón con piña –dijo–. Esto es de mayores.

Lapili lo olió, aprobó con un gesto:

–Pis de unicornio, perfecto.

Yo lo probé. Era dulce, pegajoso, un poco asqueroso y absolutamente óptimo para hacerse la guay.

Kevin Costner aparecía en la pantalla como si alguien lo hubiera pintado en el cielo. Todo se veía medio borroso, entre el calor y el alcohol. A la media hora nos reíamos de todo. Hasta de los muertos. Y con las plumas y calzones de los indios nos meábamos.

K. no paraba de hablar bajito, que si los *sioux* y la apropiación cultural, que si la tierra no se puede poseer, que si los caballos salvajes tenían pelazo. Lapili lo mandó callar y beber más.

Yo los miraba y pensaba que quizá podría quedarme ahí. Quizá, si nadie venía a reclamarme, podía hacer ahí mi vida, y beber licor de melocotón, y jugar al guiñote, y tomar carajillo y parir hijos, qué sé yo. Lapili con voz de trueno, ese chico con teorías indias y sandalias, ese pueblo que olía a lejía, melocotones y ropa tendida. Esa agüela mía que brindaba con todos, hasta con niños que cogía en los brazos, besándoles los pelicos.

Cuando acabó *Bailando con lobos*, los mayores recogieron y la pantalla siguió encendida. Sonó música cursi y una voz anunció la hora golfa:

–Y ahora… *Pretty Woman*.

Nos tumbamos los tres. Yo con la cabeza en la tripa de mi prima, K. en la mía. Y la pantalla gigante iluminándonos la cara. Cuando Julia Roberts se rió con toda la boca blanca, con ese vestido rojo, creí que me iba a morir de lo bonita que era. Pensé qué habría sido de las putas de la casita de mi pueblo, qué lejos estaba ya todo mi pueblo de mí, y pensé si ellas serían todas tan guapas como Julia y tendrían amigos tan generosos como Richard, que las llevaran como a muñecas a comprar vestidazos y a cenar a sitios donde confundir los tenedores.

Cuando acabó *Pretty Woman*, ya era muy tarde. Solo quedaban un par de voces medio borrachas y el sonido de las chicharras, que parecía que querían quedarse con toda la noche para ellas.

K. dijo que se iba. Que mañana tenía que ayudar a su tío con algo de un corral, o una antena, o una historia que no entendí bien. Nos dio un beso en

la frente a cada una y desapareció con la bici, como una luciérnaga preciosa.

Lapili y yo nos quedamos tumbadas en la manta. El suelo estaba frío. El vaso vacío seguía en mi mano, pegajoso. El cielo parecía más bajo. Las estrellas estaban ahí.

–¿Y ahora qué? –le pregunté.

–Ahora nada –me dijo ella–. O todo. Según cómo lo mires.

Nos reímos bajito. Me dolían los pómulos de tanto reírme ese día, y eso también era nuevo. Había algo raro en la felicidad, como si te estirara la cara por dentro. Como si no cupiera en el cuerpo y te pusiera los ojos más chinos.

Caminamos descalzas hasta el remolque. Las calles eran un desierto tibio. Las farolas hacían islas de luz en medio del polvo. Yo iba un poco mareada, pero era un mareo feliz, de flotar. Lapili me dio la mano. No me la soltó ni una sola vez.

El viaje en el remolque lo pasé pegada a mi prima, que tenía la piel caliente y los pies fríos, tapadas con una manta gorda que nos echó mi agüela y rodeadas de sueño, perseidas y ciruelas.

Al llegar a casa, Pilarito, que se había ido antes, dormía en la mecedora. Llevaba puesta una bata floreada y aún tenía los labios pintados. Había una radio vieja sonando bajito. Olía a leche caliente con canela.

Subimos las escaleras y nos metimos en la cama sin desmaquillarnos. Teníamos los ojos como mapaches y purpurina hasta en los codos. Me tumbé mirando al techo y Lapili me tiró un cojín en la cara desde su habitación.

–Eh, adoptada. ¿Tú crees que Julia Roberts volvió al hotel ese con el tío del descapotable?

No contesté.

–Pues yo creo que no. Que le dijo que se fuera a la mierda y que ella se montó su peluquería o su tienda de ropa o lo que le saliera del coño. Porque no me puedo creer que se fuera tan pancha dejando ahí a su amiga comiendo...

Y justo cuando me estaba quedando dormida, la oí decir, muy bajito:

–Tú también puedes hacer eso, ¿sabes? Lo que te salga del coño.

No respondí. Solo me quedé en silencio, escuchando su respiración. Y luego ya no escuché nada.

Y ahí, casi casi dormida en esa cama que se combaba como una lancha y estaba siempre tibia, supe que, si no volvía a mi casa, pues que tampoco pasaba nada. Que ese era mi sitio.

Aunque solo fuera por una noche más.

Me desperté con la cara pegada a la almohada y la boca pastosa, como si aún me quedara licor de melocotón entre los dientes. El cuarto olía a sudor dulce, al rocío del verano, a toto que no sabía si era mío o de Lapili, que roncaba bocarriba con una pierna fuera de la sábana y los pelos enredados como si hubiera pasado la noche corriendo delante de una vaquilla.

Tardé un momento en recordar dónde estaba. No era mi cama. No era mi casa pero empezaba a sentirla mía.

Entonces oí varias voces en la cocina. Una era la de Pilarito, mandona y suave a la vez. La otra, la otra era imposible, la otra no era real, debía de estar soñando.

Me levanté sin hacer ruido, con el estómago encogido. Crucé el pasillo como escuchando mis propios latidos, que retumbaban en mi pecho y esa voz tan mía y en este tiempo tan ajena. Y ahí estaba.

Mi madre estaba sentada a la mesa.

Tenía los labios sin pintar y unas ojeras tan hondas que parecían tatuadas. Pero era ella. Estaba ahí. De verdad.

Me vio y se levantó. Me abrazó fuerte, como si yo fuera un paraguas y ella acabara de salir de un diluvio. No me dijo nada bonito. Ni una palabra. Solo me rozó el pelo con la barbilla y me dijo bajito:

–Tenemos que irnos.

Yo no entendía nada. Me dolía el pecho. No sabía si llorar o vomitar. Pero no pregunté. Me dejé guiar hasta que mi agüela me puso una tostada delante y dijo:

–Come algo, hija. El mundo no se va a acabar hoy.

Pero sí, se acababa un poco.

Capítulo 13

Mi madre me rascó la tela cerca del cuello del vestido, como quitando un resto de algo. Algo viejo. Algo de otra época tan lejana que ya ninguna de las dos recordaba. Tal vez de alguna merienda de otro verano, uno en el que mi padre aún no se había muerto.

Se pasó la mano por la frente. No sudaba. Era un gesto nuevo, como un tic. Ese y un suspiro que terminaba con la mano entre el pecho y la garganta, como si le recordara al cuerpito que había que seguir respirando o sujetándose para no licuarse contra el asfalto.

No se había dado cuenta, pero para limpiarme se había arrodillado en el suelo gris del parking del sitio donde mi padre estaba ingresado. Así, sin pensar, sobre las rodillas.

Habíamos venido todo el camino calladas. Ella había hecho un par de preguntas –qué tal el pueblo, la abuela, Lapili, el río–, pero yo seguía muda. Solo movía la cabeza. Y con eso, ella ya me entendía.

Tenía treinta y seis años. Era una mujer bellísima. Y en el fondo de su ojo había más tristeza que en el charco de una guerra.

Yo habría querido ser más grande que ella. Abrazarla muy fuerte. Besarla. Decirle que se levantara del suelo y se lavara la cara. Decirle que confiara. Que la vida sabía. Que a sus mejores marineros les daba las olas más altas. Que todo iba a estar bien. Que a veces los vacíos son de una y es mejor que nadie los llene porque nos dan impulso para seguir buscando. Y que, si lo deseaba, saliera corriendo sin mirar atrás. Que yo la entendía.

Pero yo tenía once años. Y ella era mi madre.

Durante el viaje, no me habló de mi padre. Supongo que no le salían las palabras.

Mi padre estaba enfermo. Solo eso. Era un hombre maravilloso, y ella lo amaba con todas sus células desde que era una cría. Yo sabía que él era su primer y único amor y que, pasaran por donde pasaran, lo harían de la mano.

Cuando tenía trece años, mi madre estaba en un grupo *scout* de su pueblo. Esa cosa muy de España: bar Manuel, puticlub Las Gabitas, y niños hablando de Baden-Powell, Bagheera y lobatos... Estaban de excursión cuando le bajó la regla. En mitad de un camino seco, lleno de palos y polvo.

La mayoría eran tíos. Tenía algunas amiguitas, pero ninguna tenía la regla, o si la tenía, no lo decía. En esa época no se hablaba de esas cosas. Se escondían.

Hicieron una parada a la sombra de unos robles, y ella se sentó, ya con el pantalón manchado, muerta de la vergüenza con la mochila bajada haciendo de cortina que le tapaba el culo. Y él la vio.

Él se acercó porque era un buen chico. Muy buen chico.

De esos raros que después tienen que beberse todo para parecer duros y no acabar solos. Ella lo vio. Vio cómo se agachó y le preguntó si estaba bien, si le pasaba algo.

Y era el tipo de chico al que se le podía contar algo así sin que saliera corriendo como una vaquilla a gritarlo por el campamento para que todos se rieran de la tía con el coño manchado de sangre. Le cogió la mano. Le dijo que no se preocupara. Que él la ayudaría.

Él era mayor, era monitor. O *ranger*. O la madre de Mowgli, no me acuerdo. Pero salió corriendo por los caminos hasta encontrar un sitio con vida. Y con tiendas.

Le trajo a ella la solución en forma de compresas. Ese día se hermanaron y jamás volvieron a separarse.

Mi padre me contó que ella era tan bonita que él se pasó el campamento saltando zarzas, y zanjas, como un pavo que muestra sus atributos de macho a la hembra. Pero ella jamás se había coscado, y él acabó con el culo lleno de pinchos.

Entonces, mi madre le decía, fingiendo estar muy enfadada, que claro que se fijaba en él, que era un chico muy apañado que tenía los mismos ojos

que yo, que no tiraba las latas de sardinas, sino que, con el aceite, metía un cordón de zapato y hacía una lámpara. Y que luego apestaba todo el campamento a puerto, claro.

Los dos se reían a carcajadas amplias. Se miraban de esa forma que solo se miran dos que se quieren mucho. Se daban la mano en el coche mientras íbamos a Peñíscola, antes de que mi hermano vomitara en las curvas, o yo necesitara mear.

Pero eso era antes. En el tiempo de la mancha en la solapa de mi vestido.

Seguíamos en el parking, ella, de rodillas, y yo, de piedra pómez. Nos caía a las dos el sol a plomo en la cabeza. Teníamos ese pelo moreno oscuro que yo había heredado de ella, que hacía que en nada fueras una plancha de churrería que echaba humo.

Nos ardía el pelo, la frente, las ideas. La braga se me pegaba. El aire olía a goma quemada, a alquitrán, a ese olor que da dolor de cabeza.

Y entonces mi madre me lo soltó, como pudo, tragando el llanto sin que se le cayera ni una lágrima, o quizá ya no le quedaban, o se evaporaban, yo qué sé.

Que habían llamado del centro. Que mi padre había tenido un *delirium* tan fuerte que el corazón se le había parado un rato y había estado clínicamente muerto. Que quizá no pasaba la noche. Que no sabían.

Que era grave.

Que yo tenía que verlo antes de que...

Y ahí cerró el pico y todo su ser de golpe, incapaz de decir «que muriera».

Mientras hablaba, su voz era muy baja, como si no quisiera molestar a nadie. O como si al decirlo más alto fuera a hacerlo real.

Yo miraba sus sandalias gastadas. Tenía una uña rota y otras con pintura del mes pasado.

Se le notaba el temblor en los dedos, pero no lo escondía, solo aplanaba una y otra vez el cuello de mi vestido y repasaba con los dedos los pajaritos bordados o mi flequillo. Yo no dije nada, porque mi padre ya se había muerto para mí hacía meses.

Porque yo lo había enterrado en mi cabeza cuando se fue.

Y ahora, de pronto, era un cuerpo que respiraba mal en una cama blanca. Y eso me dolía más que si de verdad se hubiera muerto.

Había pitidos por todas partes, un zumbido en el aire de tanto calor. Yo me la quedé mirando de reojo. Estaba más vieja, pero también menos volada y más poderosa y tan bella como es y será mi madre. Tenía las ojeras de otra mujer, pero los mismos ojos de mi mamá.

Y por un momento, solo por un momento, me sentí contenta. Como si todo fuera a arreglarse.

«¿Podríamos recuperar a mi hermano de la adopción?»

No me dio tiempo a volver a mi voz y a preguntárselo, aunque por mi hermano lo hubiera hecho sin dudarlo.

En ese momento vino un médico impecable y la cogió del brazo. También hablaba en voz baja, como si estuviéramos rodeados de bebés dormidos.

Entonces mi madre abrió el bolso. Sacó un lápiz y un papel arrugado del banco-no-sé-cuál y me dijo que hiciera un dibujo para mi padre mientras ella hablaba con el doctor.

Me llevaron a una cafetería vacía, con las sillas patas arriba sobre las mesas y un ventilador viejo que hacía un ruido constante. Me dejaron allí con una señora que también parecía muda, como yo, pero fue muy maja: sin que la mirara, me trajo un Cacaolat y unas Marías.

Eso me pasaba a menudo. Que la gente me daba cosas solo con verme. O me tocaban el pelo por arriba, como a un gato que se había mojado.

Abrí el papel del banco para ver si había hueco para el dibujo. Era una mierda. Ponía muchas cosas raras y en grande, NÚMEROS ROJOS y DEUDA. Solo me quedaba un huequito limpio en una esquina.

Rodeé las palabras «números rojos» en un bocadillo, y debajo dibujé un alien disparando a otro que levantaba las manos. En su bocadillo metí la palabra «deuda»… y le taché la «e».

Era una puta mierda de dibujo sin sentido, que no se entendía.

¿Cómo podía ser tan mediocre?

¿Eso era lo primero que quería que mi padre viera de mí después de su resurrección?

La camarera me trajo unos cromos de los Snorkels de los Danones, y añadí una pegatina de un muñequito con trompa en la cabeza que tocaba el saxo y miraba a los aliens que hablaban sandeces.

Era una grandiosa mierda, todo.

Rodeé el dibujo y escribí debajo: «no te mueras otra vez por favor, papá».

La camarera, como si yo además de ser muda fuera sorda, me señaló y le contó a otra que empezaba turno que yo estaba ahí porque era una desgraciada y futura huérfana.

En mi pueblo, a mi padre lo criticaban también en voz baja delante de mí, pero él no la palmó en el baño de un bar ni se tiró desde el sexto piso del hospital, como los padres de mis colegas. Él vomitó en nuestras sábanas, no en el suelo de un karaoke, y se comió las resacas en el sofá, con *D'Artacán* de fondo, mientras yo le tocaba el pelo y él me cogía la mano como podía. Mi padre hizo todo lo que supo *pa* sostenerse la pena y seguir a nuestro lado.

Mi madre me da la mano muy fuerte. Atravesamos un pasillo muy frío y oscuro a pesar del sol de afuera. Yo miro siempre al suelo, siempre. Está hecho de piedritas de la playa, pero planas, metidas en baldosas muy brillantes. Nunca miro al frente ni a los lados, porque hay fantasmas a los que se les cae la baba y balbucean, algún chaval joven también, muy nerviosos, los jóvenes, por eso gritan.

Entramos en una habitación pelada del todo. Solo hay una virgen con rayos de luz en las manos, pero a mí me parece Lobezno. El médico avisa que van a buscarlo, mi madre lo acompaña. Me dejan sola con ese olor a armario y a mercromina y con la virgen Freddy Krueger.

Vuelven. Él, en silla de ruedas, las piernas de un canario con la cabeza que cuelga. Le han puesto unas gafas de sol Ray-Ban de piloto, que están a tomar por culo de pilotar nada, y lleva esa bata con la que se les ve el culo. Tampoco habla.

Aquí, o se susurra o se es mudo.

Ella, mi madre, con ojos aún más de anciana, en la cara de una mujer bellísima ajada, a la que le falta de todo. Sus piernas retienen todos los líquidos que ya nadie se bebe. Ella retiene todo de todos.

Me abraza muy fuerte otra vez mi madre. Huele precioso.

Mamá, gracias por sostenerme. Antes osé pensar que yo podía hacerlo contigo. Eres muy valiente. La fuerte y la grande siempre serás tú. Te pido disculpas si quise adoptarte.

Me dice al oído que lo bese, que es mi padre. Y yo empiezo a ahogarme, y solo quiero llorar y llorar, y quitar de esa silla a ese tipejo que ha devorado a mi papá. Y siento ira y miedo y tristeza, y tengo que disimular muchísimo y caminar hacia el cadáver mientras las paredes de mi tráquea ya casi se han solapado una con otra de dolor. Y me acerco despacio, y cada paso es de plomo, y me apoyo sin echar peso sobre ese padre nuevo, y abrazo al saco de huesos que ha vuelto del inframundo en pijama. Y no puedo evitar flaquear y ser hija y pequeña al oler algo a lo que solo huele él, y entonces abandono un poco mi peso sobre su cuerpo y mi oreja siente su cuello. Y es sutil y pequeño, pero en el latido de su yugular está contenido mi padre, el que tanto yo quiero, esa sangre la he escuchado yo más veces cuando me quedaba dormida sobre él en las cenas o cuando me contaba sobre las tormentas que a los dos nos gustan tanto y me echaba sobre su hombro.

Creo que, por un segundo, él también me siente, cambia el ritmo en el aire que inhala cuando lo aprieto, algo se pone tenso en ese cuerpo sin vida.

Y entonces unas lágrimas muy redondas se me escapan y le mojan el borde de la bata. Yo lo veo al despegarme de él, y nadie más, porque hablan de futuro o quizá del no futuro. Y a mi padre, al sentir la lágrima, se le erizan los puntitos de la piel del cuello y entonces sé que él sabe que yo estoy ahí.

Y mi cabeza hierve porque quiero salvarlo, igual que a mi madre. Yo quiero ser su razón de vida, darle todos los circos y todos los colores, y todos los motivos para que no se rinda, para que se quede aquí a mi lado. Porque antes no supe dárselos. No fui suficiente. Algo tendré que inventar para él y para todos: una tormenta lo suficientemente bestia y creativa para

que no se muera, para que desee verla. Lo lograré. Entonces, mientras los mayores hablan, yo le retiro al esqueleto de mi padre las gafas para asegurarme de que es mi padre y a él se le contraen las pupilas y yo creo que es al verme.

La cosa se acelera.

Mi madre me tira de la mano.

Yo le dejo a mi padre el dibujo sobre las piernas, pero se vuela y se mete bajo la cama.

No le llega mi mensaje.

Ese mensaje que decía que necesitaba que viviera un rato más, solo un rato más, para mí, por favor.

Nos metemos en el coche.

Ella conduce sin palabras y hecha una tormenta tropical. Llegamos a la fonda. Otra vez.

Pero, esta vez más que nunca, mi madre llora sobre mi agüela, metiendo la cabeza entre sus tetas, por el delantal, por el sobaco, como una gata en celo que le recorre los tobillos.

No puede irse.

Es muy pequeña también, es una niña.

Y le han tocado unas cartas bien jodidas.

Entre todas las mujeres de la fonda la meten a empujones y besos en el coche.

Ella arranca y se va muy despacio, como si algo la tirara hacia atrás.

Entonces yo lo tengo claro.

Salgo corriendo, descalza, por la carretera, tras el coche. Tengo que recuperar la voz, basta ya de mierdas sicosomáticas y cuentos chinos.

Mi voz y, con ella, a mi familia. La solución a todo es mi voz. Tener voz.

Corro detrás del coche y grito. Pero nadie me escucha.

Solo el polvo que me rodea.

El asfalto quema. El polvo se me mete en la boca. Corro. Corro.

Grito.

–¡Espérame!

»¡Espérame, joder!

Pero nadie me escucha. Solo el polvo me rodea.

Y ese ruido que dejan los coches cuando ya no están y huele a goma y gasoil.

Me paro.

Y entonces me echo al suelo.

Ahí mismo, en medio de la carretera.

Me dejo caer como una piedra.

Me araño los brazos, las rodillas, me enredo el pelo en las manos, me araño la cara.

Grito tan fuerte que me raspo la garganta. Lloro hasta que me arden los ojos.

Me golpeo el pecho con los puños chicos, como si pudiera volver a abrirlo y sacar de ahí lo que duele.

–¿Dónde está mi hermano, por favor?

»¿Dónde está mi familia?

»¡¿Dónde estoy yo?!

El cielo está limpio, como si nada pasara. Yo me deshago debajo.

Me quedo ahí. Tirada. Sola.

Y me desvanezco.

Sueño que una gran serpiente se acerca a mí. Va a morderme.

Va a matarme para siempre, para que no sufra más.

Pero entonces se pone de pie frente a mis ojos.

Se alza como una cuerda viva, como un hilo que no se corta. Y empieza a retorcerse.

Se mueve como poseída por el demonio.

Se contorsiona en símbolos del infinito, en ochos que nunca terminan.

Golpea su cuerpo contra la carretera. Se raspa fuerte contra las piedras.

La piel se le abre y se le cierra y se le vuelve a abrir. Yo la miro, espeluznada.

Y a la vez, atraída por ese baile tan raro, tan bello, tan triste.

Y entonces, de golpe, se queda quieta. Se para en seco.

Y sin avisar, sale volando.

Corre, plana, como si fuera un nuevo camino. Se aleja de mí, dejando atrás su réplica, una piel vacía, vieja, abandonada como una sábana en el suelo.

Abro los ojos. Está ahí.

Él. Es K.

Me da la mano y me hace oler perfume de un pañuelo. Mi prima lo ha traído, no sé cómo.

Lo ha traído a ver si me salva.

Capítulo 14

Las chicas nacidas en los ochenta crecimos creyendo que alguien debía salvarnos. Que un príncipe atravesaría el fuego y las zarzas o bajaría en un asteroide, y vendría a despertarnos del letargo con un beso. Y claro, cuando llegaba, el príncipe a veces era un idiota o un narciso. Pero ahí estábamos nosotras, aguantando, como era príncipe... Yo no iba a ser menos. Me tatué a fuego la idea de que, si no había príncipe, yo no era princesa. Y sin ese título, sin ese aval masculino, ¿qué coño era yo? Me sentía una baba. Grande, ruidosa, pestilente, imposible de ignorar. Del tamaño de un piano.

Seguía empeñada en dejar de fumar, en controlar el cuerpo, el miedo, el deseo, en volver a ser visible para un hombre y así no desaparecer. Y eso que había dejado atrás a los dos hombres de mi vida, a los mejores.

Quería que me vieras. Que me desearas. Que notaras que estaba viva. Soñaba con salir de esta cueva y brindar por algo parecido a la felicidad, aunque durara un segundo. Eso, o colgarme bocabajo como un murciélago reventado y sangrar.

Quería seguir pareciendo una princesa, pero las noches me atravesaban como cuchillas y mi piel se abría. Lloraba a escondidas cuando no estaba mi hijo. Y cuando estaba, actuaba. Me transformaba en otra. Era tan buena actriz que, si alguien me hubiera visto, me habría dado un puto Óscar.

Intenté volver al yoga. Mi yoga. El que me sostenía antes de todo esto y que llevaba tanto tiempo amando y posponiendo.

Pero solo el hecho de inclinarme y mirarme los pies me dejaba rota en la esterilla, como si mi propio cuerpo me recordara todo lo que había perdido. Era imposible estar en equilibrio sin que el suelo girara.

¿Dónde estaba yo? ¿Dónde quedó lo que fui? ¿En qué punto saltó por los aires mi vida?

Pasaba las noches bocarriba, mirando el techo, suplicando razones para seguir un día más. Bastaba con un arañazo en la piel para que se me abriera una herida desproporcionada, como un cañón. Y si quedaba con alguien, lo ocultaba todo. Me cubría con palabras duras, con sarcasmo, con rabia y sonrisas y bien de brindis, de vino, de enajenación, ruido y ridículo. Que nadie se acercara demasiado, que no vieran el fondo, que no se decepcionaran y me dejaran, como hicieron los demás.

Un día nos cruzamos tú y yo en aquel cine de raros, donde aún ponen películas en celuloide, con rayones en la pantalla y un sonido imperfecto. Yo adoraba lo imperfecto. Coleccionaba rotos. Texturas desconchadas. Cosas que crujen. Adoraba todas esas cosas menos en mi cuerpo. Esas me daban asco.

En el espejo retro de la sala de cine vi que mis ojos ya no eran los míos, achinados tan peculiares y con el párpado terso. Se habían curvado hacia abajo, apagados por la pena. Solo pensaba en cómo redondearlos, en cómo evitar la vejez y que salieras corriendo, hice hasta esfuerzo consciente con los músculos en un intento de rejuvenecer. Estaba cansada hasta para mover los párpados y, además, sabía que era ridícula con esos pensamientos de maniquí plástico que no se arruga.

Aun así, reuní fuerzas. Te propuse cenar. Me vacié por dentro solo con sugerirlo. Me dijiste que cenabas en casa y que te ibas al acabar el vino. Te bebiste el vino de un trago, caminaste rápido y antes de irte, soltaste un «cuídate».

Otra vez más me lo había hecho a mí misma, me había permitido ser tu alfombra cuando ya sabía de sobra que te generaba placer pisarme.

Corrí. Lloré. Me ahogué por dentro de la ropa más bonita que tenía, exudando el perfume que me había puesto para ti. Entré en un bar. Necesitaba fumar. Me daba igual todo. Iba a llenarme de humo hasta reventar.

Metí la moneda en la máquina. El paquete cayó. Un viejo que podía ser mi abuelo me miró el culo sin disimulo. Busqué un mechero. Nada. Llevaba

un mes sin fumar. Ni fuego, ni aire, ni salida.

Y en mi cabeza, un monólogo cruel, obsesivo, autodestructivo. Ese que impide mandar a la mierda a los que te joden mientras te hieres a ti misma en bucle. Solo sabes abrir la nevera y devorar sándwiches sin montar, pan con margarina, cucharadas de Nocilla, lonchas de chorizo. Como una puerca. Cerda. Mejor tabaquismo que gordura. Obesidad o cáncer. Bolla. Vieja.

Prefieres morirte antes que enfrentar tus adicciones. Vas a morir sola.

Paré en seco. Me puse frente a un escaparate. Intenté mirarme, de verdad, con mis propios ojos, sin odio, sin prisa. Mis piernas, antes firmes y bonitas, se habían deslizado hacia abajo. El muslo de una mujer que había corrido maratones y hecho yoga al amanecer se rendía ante la gravedad. En los lados de las caderas había dos mollas nuevas, la piel con textura de rana se adivinaba bajo el vaquero. Los glúteos, una mezcla entre mandarina madura, arañas atrapadas bajo la dermis, rana.

No sé en qué semana del año pasado te has convertido en esto. Demogorgon. Te odio. Me insulté sin piedad y paré de pura misericordia que hubiera tenido con un enemigo.

Me repito que estoy sana, que mi hijo está bien, que tengo un techo, que todo está en orden. Pero hoy, la verdad, quiero cagarme en todo y sobre todo en mí. Porque me miro y veo un saco de estiércol que camina, sí, pero que apesta por dentro. Una con la que no se puede ni compartir un vino.

¿Quién iba a querer abrazar esta piel marcada, cicatrizada, cuando pueden tocar la perfección?

Y si no nos ven, ¿existimos?

No comer. Seguir fumando. Teñirme. Quemarme la piel con láser. Hacerme fracturas intradérmicas buscando colágeno. Pincharme toxinas. Doblegarme. Amoldarme. Aguantar. Otras veces creo que muchos hombres del mundo deberían arrodillarse, si es que pueden con sus panzas de grasa, y pedirnos perdón hasta que se haga de noche.

Por cada puta vez que nos hicieron sentir menos. Por cada carajillo que se tomaron untando churros mientras nosotras contábamos calorías y

callábamos por miedo a molestar con el agüita con gas. Por cada vez que nos jarronizaron pero no nos sintieron compañeras.

Viste de *beige*, no hagas ruido, quítate las Martens a tu edad, ríe en bajo, sé sobria, desaparece, no te desmelenes, o no accederás nunca a las cosas que deseas porque te sienten amenaza y no te dan el sitio. Y aún mandan ellos. No escribirás, no dirigirás, no. Disimula, sé sumisa, y luego ya harás por lo bajini lo que tú creas.

Y así nos movemos las de mi generación, llenas de dudas y miedo. Somos la contradicción hecha carne, con tantas voces.

Tengo una necesidad brutal de dejarme en paz y, a la vez, también de sentirme deseada.

Salgo a la calle. Una chica fuma. Con calma. Como si el mundo le perteneciera con placer. Y de repente, un rayo limpio me atraviesa la cabeza. Una voz seca, nítida, como un trueno sin lluvia:

«Deja de fugarte, no hay cárcel.»

Aprieto el paquete de tabaco en la mano. Lo aplasto. Lo jodo. Y decido.

Aquí. Hoy. Por mí. Se acabó el humo. Empieza el amor.

Mis fantasmas siguen aquí. Pero también los vivos. Y, sobre todo, estoy yo. Estoy.

Y ya no puedo con tanto desamor. Tengo que rendirme.

Que le den por el culo a la muchacha de los ochenta.

La que callaba para gustar. Ahora estoy yo aquí. Así. Como puedo. Pero estoy. Rota, pero respirando.

Y eso ya es muchísimo.

Suéltalo, joder. Suelta el dolor de una vez. O te vas a matar.

Entonces tiré el tabaco. Ni lo pensé. Lo aplasté con la suela y eché a correr como si el infierno me soplara en la nuca.

Corrí con las tripas, con los dientes apretados, con las tetas rebotando bajo el abrigo, con las lágrimas saladas entrando en la boca.

Corrí hasta la casa de Mauro.

Esa casa que había sido nuestra, una casa baja, en un barrio residencial como de catálogo, con setos bien podados y luces cálidas en las ventanas. Las familias cenaban dentro, se oían risas, discusiones suaves, platos que

chocaban, niños pidiendo postre, madres diciendo que no. Todo olía a algo. A vida, a sopa, a ropa limpia. A hogar. Todo olía a algo que yo extrañaba desde niña.

Yo no iba a tocar el timbre de mi antiguo hogar en el que tantas cosas había construido. Yo misma había salido por la puerta grande y con mis bragas en una bolsa de plástico.

Él tenía derecho a su paz. A su casa. A su padre. A su normalidad. Y yo era una lunática con mil monólogos dañinos que se me amontonaban. Pero yo quería atravesar el tiempo y el espacio y a mí me daba igual todo. Que vinieran los geos, que me esposaran, que me metieran en un psiquiátrico, que me encerraran por loca en la torre de Juana. Me daba igual.

Salté la verja. Me raspé las manos. Me torcí el tobillo. Me arañé el alma, otra vez. Pero llegué.

Me arrodillé en el césped mojado de la casa de Mauro, como mi madre aquel verano en el parking en el que se nos moría mi padre. Y ahí estabas tú, mi amor. Detrás del cristal. Acurrucado en tu cama, dormido como un dios pequeñito, con una pierna fuera del edredón, como siempre. Tan tuyo y peculiar. Tan mío. Tan lejos.

Apoyé la cabeza contra el vidrio helado y te miré. Por un segundo, se detuvo todo. El ruido. El dolor. El hambre. El mundo. Solo quedabas tú, respirando despacito, con ese gesto que haces cuando sueñas con dragones y te giras y me dices que me quieres.

Te miré como si fueras un milagro que yo no merecía. Y en ese instante, lo supe. Todo lo que he sido, todo lo que me he tragado, todo lo que me he roto, estaba por fin en su sitio. Todo esto era para llegar así y aquí, hoy.

No tengo palabras. No hay palabra. No existe todavía.

He leído todos los libros. He escrito todas las cartas. He pensado todas las frases en todos los techos de todas las noches de todas las casas. Pero ninguna sirve. Ninguna abarca. Ninguna puede nombrar este amor.

Y entonces lo supe.

No habrá nada, ni orgasmo, ni droga, ni arte, ni fuego, ni otro cuerpo que se acerque jamás a lo que yo siento por ti.

Yo ya encontré mi todo. Y por ti era capaz de hacer el pliegue copernicano.

Y este barranco mío de otras mil cosas sería mi papel y mi tinta para escribir la vida, bien bonita, para ti. Este barranco mío lo haría yo papiroflexia y lo volvería tobogán para que jugaras.

Que nadie me quite esta voz porque es mía. Yo ya no soy una herida, soy una poeta.

Capítulo 15

Llovía a cántaros en agosto, y eso hacía que las paredes de la fonda sudaran en un lagrimeo constante. Debía de ser mediodía, o eso decían mis tripas, que ya no recordaban la última vez que habían tragado algo, pero a mí me daba igual. Y al cielo también le importaba nada. Los dos habíamos decidido ser grises, densos e inamovibles. Seguía en aquella cama combada como la luna, que me atrapaba en una especie de abrazo rítmico de muelles ruidosos. Tenía una colcha azul con bordados suaves de seda sobre una base áspera, la misma sensación que taparse con una gallina medio calva. Mi vida en las últimas semanas había sido como esa colcha un poco bonita pero con base áspera. Empezaban las cosas a ser coherentes con la vida de una niña pero ahora mi madre se había ido a coger la mano de mi padre mientras flotaba en su caldo onírico o directamente a retirar con una pala sus restos en una bolsa de basura, y yo no iba a volver a ilusionarme ni aunque bajara un ángel y me abrazara, ni Kas, ni disfraces, ni hostias.

Me sorprendió de golpe ver aparecer en la puerta a varios seres con chubasqueros, linternas y botas de agua. Mi agüela, la Pilarito, Lapili, todas, qué pesadas, joder, qué empeño con enchufar a la vida las cosas que quieren irse. Llevaban un carretillo abollado y por las pintas parecían la parca, que venía a buscarme para llevarme al fondo de la tierra. A mí me parecía muy bien que por fin se apiadaran de mí y me dieran el golpe de gracia. La vida me había llevado al pueblo en el que se colgaba a los cerdos por las patas de atrás y se les exprimía la sangre sobre una sartén. Que hicieran lo mismo conmigo. Que viniera la muerte. Que me atrapara y me sacara del mundo para siempre.

Ya no intentaron ni hablarme. Nada.

Solo se movían como autómatas ninjas, sorprendentemente silenciosas. Una por una se fueron quitando los plásticos que las cubrían, las botas, las batitas esas ridículas como de papel, hasta las horquillas. Y se quedaron en ropa interior.

Menos mi prima, claro, que llevaba su bikini de siempre, el uniforme de todas las temporadas, directa de la pasarela submarina, lo mismo le daba estar buceando que en un funeral. Entonces, como si fuera algo que hicieran todos los días, como celadoras de hospital, se sentaron en la cama a mi alrededor y empezaron a hacer con las sábanas y la colcha una especie de emparedado. Un gran cigarro liado. Con mi cuerpo dentro. La mafia librándose de un cadáver. Me elevaron entre todas como al Cristo de Medinaceli, y me tiraron en el carretillo como el kilo de estiércol en el que me había convertido.

Lapili, que normalmente no tenía neuronas para los detalles, que era más de supervivencia pura, antes de que el paso de Semana Santa arrancara, pilló del suelo un manguito de cuando éramos pequeñas y me lo puso debajo de la cabeza. A mí me daba igual. Como si me ponía un perro muerto.

Me llevaron por los pasillos de la fonda, que ya no era una fonda, era una gran tumba. No había nadie en aquel chiringuito que siempre hervía. Nadie. Ni un huésped, ni una sombra, ni un grifo que goteara. Supongo que por eso se atrevían a ir medio en tetas, descalzas, conmigo echada como un macarrón blando sobre un carro metálico de obrero. ¿Quizá mi agüela los había echado a todos a patadas antes de perpetrar el parricidio de su propia nieta? No quería que la vieran colgándome en el gancho por el gaznate.

Pasamos por el patio de libros y plantas que mi agüelo le había regalado a mi agüela, por la parrilla levadiza que mi bisabuelo argentino puso para los asados, bajo las vidrieras, cerca del gran piano que nunca sonó, las cadieras aragonesas ahora plegadas, las piedras suaves, entre los fantasmas de todas esas gentes mías que habían vivido para que yo existiera y hoy muriera. Todos estaban ahí, presentes, en silencio. Yo miraba por primera vez la fonda bocabajo, desde el carretillo, con los ojos abiertos pero vacíos, y veía los techos, los balcones interiores con las toallas tendidas en las

barandillas, los pájaros que habían anidado dentro de la casa, que tenía forma de cruz y un suelo central en forma de estrella. Por el trozo de techo cuadrado se colaba la lluvia. Llovía dentro de la casa y olía a bosque, a tierra mojada, a los árboles que respiraban. Y se escuchaba el río más hondo y menos alegre, como si también él estuviera siguiendo el ritmo de mi sangre.

Mi agüela paró en el patio de la estrella, justo en el centro del mismísimo patio, y me elevó con colcha y todo, ella sola, a pulso, bajo la lluvia. Las otras quitaron el carro sin decir palabra, en ese ritual de secta chunga que se llevaban entre las tres para entregarme en sacrificio.

Todo tenía aire ceremonial y rarísimo de bautizo, pero sin incienso, ni corbatas, ni recordatorios de peladillas. Yo me dejé hacer. No dolía. Solo miraba la lluvia cayendo recta sobre mis pestañas, el cielo como un plato encima de nosotras, y el suelo lleno de piedras blancas y negras que eran el cosmos.

Mi agüela me echó en el suelo, abrió las telas como si desliara una momia egipcia repleta de oro, y dejó que la lluvia entera me cayera sobre la piel. Ella se agachó, así, en bragas color carne del Pryca, con sus lorzas, descalza y sin vergüenza alguna. El esfuerzo le había soltado el moño, ese que siempre llevaba como un panecillo mal atado, y ahora se la veía hecha de tiras de fuego. Con la luz de la tormenta, tenía el pelo rojo, rojo de verdad, como una brasa. La piel blanca, salpicada de pecas que eran un cielo con todos sus dibujos del horóscopo. Ese día la vi como a las muchachas de Klimt de mi estuche de los Reyes Magos, como si fuera joven otra vez, con la misma cara que debía ponerle a mi agüelo para que él le llenara una casa de flores y suelos de piedras preciosas. Tenía esa luz que de civil no usaba y, parece ser, guardaba para los aquelarres.

Me agarró de los pies y los apretó muy fuerte, sin caricias, sin suavidades, solo presión. Como si me intentara exprimir. Como si supiera que yo me estaba yendo de un cuerpo de once años que retenía ya muchas grietas. Entonces cerró los ojos fuerte y me habló a mí, a la de dentro, a la tormenta y a su fondo. Pidió a la Virgen del Pilar, la nuestra, como si eso bastara para que yo volviera. Llegó Lapili con un cuenco en las manos del

que salía humo. También tenía el pelo rojo, pero rojo de barro, y me empezó a untar en mis pelos el mismo barro que llevaba en los suyos. Pilarito, también de barro hasta las entradas de la frente, y también roja, le pasó a mi agüela un matojo de hierbas mientras le decía: «No respires, son chórdigas». Mi agüela las cogió sin dudar y me frotó las piernas con las plantas mientras lloraba. Era la primera vez que la veía llorar. «Chórdigas», decían en bajo.

Las piernas me empezaron a arder del picor, un quemazo que solo la lluvia podía calmar cuando caía nueva y fresca. Un rayo cruzó el cielo y un trueno ensordecedor explotó, todo frente a mis ojos. El barro me bajaba por el cuello, caliente y con olor a flores, y las manos de esas mujeres me restregaban sin cuidado y con mucho amor, pero las piernas me ardían. Todo el cuerpo me quemaba. La tormenta se puso brava, la lluvia era una cortina que apenas me dejaba verlas ni ver nada. Yo me llené de pena, pero esta pena no tenía rabia como la tormenta, era una pena seca y áspera de rendición. Ahora sí que ya no quería más. Entonces se oyeron a lo lejos cientos de cadenas que, arrastrándose, venían hacia nosotras.

La tierra se fragmentaba, se rompía en mil pedazos, y mis piernas quemaban y quemaban. Un ruido denso subió desde debajo de la tierra.

Entonces ellas se quedaron quietas bajo la lluvia, paralizadas. Dejaron de tocarme, de hablar, de moverse. Escuchaban. Miraban al cielo, como si los ojos también sirvieran para oír. Se miraron entre ellas otra vez. Algo habían entendido que yo no apreciaba. Y se volvieron salvajes. Como hienas locas. Mi agüela dejó de llorar y se echó a reír a carcajadas que atravesaban la tormenta. Se agarraba el coño con las dos manos como una niña pequeña que por fin ve su regalo. Y Lapili, como era ella, embravecida, se puso a dar saltos, a bramar en un idioma imposible, y salió corriendo, desnuda, a gritos.

Y yo no pude más. El picor, el escozor, el ardor de las piernas, el calor del barro, el ruido de la tierra rota, la lluvia sobre mi cara, la risa de mi abuela, el mundo extraño, la locura de todas. Y solté todo. El cuerpo. Los pensamientos. Los puños apretados. La contractura crónica de los hombros

rozando las orejas. La voz que llevaba enterrada desde aquel día. Grité. Para ellas. Para nuestra casa. Para que me escucharan.

Me arde. Me quema.

Me duele todo.

Entonces mi agüela se agachó, toda hecha ternura, y me recogió del suelo como si fuera un animalico herido, me acunó contra su pecho, contra mi cuerpo, que ardía como su pelo.

Pegó la boca a mi oreja y empezó a hacer los ruidos que les hacía a los gaticos recién nacidos o a los conejos, ese murmullo sobre la pelusa tibia de sus orejas. Como si yo fuera eso. Como si estuviera llamando al feto que estuvo dentro de mi madre y venía limpio y aún sin rasguños.

Llegaron mi prima y mi tía Pilarito con un mantel blanco, de esos gordos, bordado por Miguela con las letras de su nombre, y mi agüela me cubrió entera con la tela. Me envolvió como a un pan caliente y se levantó conmigo en brazos. Me alzó como si no pesara nada, y echó a correr. Desnuda. Descalza.

Atravesando toda la casa en la que su madre la había parido, donde ella había parido a todos sus hijos, vivos y muertos. Me sacó a la calle bajo la lluvia, sin detenerse, sin mirar atrás. Y entonces lo escuché. Aquel sonido. Un ruido que venía a devorarnos, que se acercaba, que se acercaba cada vez más.

Un rugido de mundo que se abre desde el cimiento.

La verja verde pino de metal frío y antiguo y dos metros de muro gris separaban la fonda de la cuenca del río. Corría pegado al suelo, donde nosotras pisábamos, bajo un muro de cemento y zarzas.

Entonces ellas se arrimaron a la verja, se sentaron sin prisa, con el culo sobre las losetas mojadas, y sacaron las piernas entre los barrotes, dejando que sus pies colgaran hacia el agua como ramas sueltas, sin miedo. Todo era gris, espeso y tibio. El suelo humeaba todavía, como si la tormenta se estuviera yendo pero dejara un recuerdo de vapor en las piedras. La lluvia se había hecho chirimiri, polvillo húmedo que no empapaba pero lo tocaba todo, y el mundo parecía estar en pausa.

Toda la fonda se evaporaba en humo fantasmagórico. Ellas reían, miraban excitadas, y escuchaban.

–Me arden las piernas, de verdad no puedo más, son quemaduras.

–Calla, hija, y mira, todo es enorme y eso tuyo, la nada.

Entonces el río, desde lo lejos, vino en una ola que cabalgaba sobre la superficie de mi río pequeño de gambitas. Y ellas cogieron aire, a medida que la ola se acercaba y se agrandaba, y se buscaron las manos, mirándonos a los ojos, uniendo una cosa que solo las mujeres unimos cuando ya no podemos más y que hace que recuperemos la fuerza. Y de golpe, el agua nos pilló, elevándose los dos metros de muro con toda su furia. Nos acarició las plantas de los pies, y se hizo un orgasmo para todas tan enorme como haber follado con Hércules y su carro, y todos sus bueyes.

Gritaban, lloraban con los ojos abiertos, de puro éxtasis. Me abrazaban. Yo también lloraba. Esa agua era tan fuerte como la muerte, esa a la que me quería entregar. Y a la vez era la vida en su más pura esencia y yo estaba a salvo porque las tenía a ellas que me agarraban, que me mostraban la corriente pero me salvaguardaban de que me arrollase.

Entonces Lapili, por primera vez ante algo más fuerte que ella, más salvaje que su esfuerzo por sostener la sonrisa y sus múltiples caretas para no sentir, se agachó fuerte a mi lado y se volvió pequeña. Apoyó la cabeza sobre mi pecho y se volvió un bebé de leche, rajada en dos, con una herida gigante que se derramaba como un chapapote escurriendo entre los barrotes y hacia el río. Recuerdo sus manos, con las uñas del color de la galaxia, como nuestras cangrejeras, sus manos que se apretaban tanto entre ellas y alrededor de mí para no soltar el amarre que perdían el riego y el color. Recuerdo sus brazos rodeando mi cadera, su cara pegada a mí en un gemido que la hacía babear, Lapili llorando algo terrible, algo que guardaba muy profundo y que no volvería a sacar a no ser que le apuntaran a la sien con una pipa.

Y todo eso mientras el río sonaba al fondo y nos llevaba los pies igual que las máquinas de lavar coches con sus rodillos azules, arrastrando piedras viejas, y somieres, y sillas y macetas, y hasta un caballo.

El llanto de Lapili, y el crujir de la tierra y los saltos de mi agüela. Lo recuerdo todo y no lo olvidaré jamás. Y el derrumbe de Lapili sobre mí, ella, la niñamujer más fuerte del mundo, la más decidida, la que me había sacado de todas, la que había hablado por las dos y por el pato, la que me buscó una bici, la que me enseñó las estrellas y las cerezas, ELLA, al verla ahí, hundida en mí, supe que, en algún lugar, también yo podía ser sustento para alguien, con mi fragilidad, también podía ser bastón. Y la abracé muy fuerte, con todo lo que una puede abrazar, y despacio, en medio del vendaval, le hablé por primera vez a mi prima, que también por primera vez se callaba.

–Yo te cuidaré.

Vi cómo sonreía y aprovechaba con su lengua a relamer las lágrimas pegadas al bigote rubio oxigenado. Se giró de lado, se enjugó los ojos con el dorso de la mano, tomó una bocanada profunda que se guardó en los tobillos, me miró de reojo y soltó:

–Dale, adoptada, no vengas de ayudante, saca la tabla de surf, que nos vamos.

Entonces el río nos regaló una última carcajada mientras nos levantábamos, apoyándonos la una en la otra. Era Pipo, montado en la cresta de la ola, como un señor en primera clase, flotando con toda la jodida desfachatez del mundo. Con su nombre en purpurina intacto, que mi prima le había tatuado con pintaúñas.

Puto Pipo.

Nos miramos las dos y nos meamos de risa, nos abrazamos fuerte y nos orinamos en los bikinis de patos y barcos, sabiendo que ninguna de las dos volvería a montarse jamás en un corcel de rueda de tractor en esa llanta abrasadora que te freía el coño, en esa barca increíble que nos llevó por el Nilo.

Del cielo se abrió una gran raja entre las nubes, bien de chicas, bien de película de Semana Santa pero porno. Una grieta celeste con forma de coño, como todos los coños que estábamos ahí abajo dando saltos como posesas, abiertas, chispeando, mojadas.

El río seguía rugiendo, profundo, sucio. Y mi abuela gritaba con la voz rota de tanto que se entregaba a las cosas:

–¡Chicas! ¡Daos con la manguera, *pafuera* el barro!

Nosotras obedecimos como si fuera un ritual, con la risa desatada y los pezones duros de frío, bebiendo a morro del chorro de agua y con la misma pasándolo por la entrepierna.

Entonces, en medio del temporal eléctrico, Pilarito apareció como una aparición de otra era. Era divertido y dramático, todo junto. Venía arrastrando una caja enorme, empapada, la caja estaba llena de trajes de mora, trajes preciosos, bordados, llenos de cuentas brillantes, sedas, hilos de oro. Los trajes de follar, decía ella. Los trajes que alguien por quien ella habría dado la vida le había traído desde África. Trajes con los que jamás la besaron y mucho menos la follaron. Jamás la amaron. Jamás le dijeron eres mía y de nadie más, como ella había soñado y había leído tantas veces en sus novelas de besos.

–¡Ayudadme de una vez, vamos, coño!

Mi prima y yo corrimos, aún desnudas, cuando vimos a Pilarito lanzar los trajes, uno a uno, a la lengua del río, que todo lo tragaba como un monstruo hambriento.

La seguimos hasta su habitación. Su habitación era pequeña, cuadrada, pero parecía de otro mundo, tenía una luz diferente a todas las de la casa, entraba por ojos de buey del techo y se hacía cálida por las velas y las muchas cuentas de cristales de lámparas que colgaban por todo saliente. En cada esquina había un boniato plantado en un bote de cristal. Las raíces gordas como dedos se enroscaban en el agua estancada, y las plantas trepaban por las paredes, cubrían el techo, lo abrazaban todo, la habitación era de los boniatos y sus flores moradas, en forma de campana, que oscilaban. En el centro, una cama con mosquitera. Y en el cabecero, su santuario, una biblioteca llena de autoras, todas esas que le habían dado a Pilarito una habitación propia y un corazón roto lleno de coraje que ellas le habían insuflado.

Era enternecedor ver cómo cogía los vestidos con las manos temblorosas, esos trapos que había guardado años, esperando que alguien

viniera a amarla. Era transformador ver cómo se le iba deshaciendo la chepa, vértebra a vértebra, con cada vestido que entregaba al agua. Como si se despojara de una pena muy antigua. Como si se alzara, al fin, sobre su historia, como Pipo sobre la ola.

La ayudamos. Debajo de su cama había un mundo. Un mundo entero de sueños sexuales pospuestos. Cajas llenas de sedas, encajes, perfumes, cartas sin enviar, ropa interior sin estrenar. Todo eso que guardaba cuando aún creía que podía llegar el amor y sería tórrido. Todo eso que hoy se iba al río, como ofrenda. Como renuncia. Como liberación.

–¡Mentiroso, hijo de la gran puta! –gritaba Pilarito–. ¡A mí los vestidos, pero él, durmiendo con negras desnudas...!

Lapili, que de todo hacía una juerga, se lo pasaba en grande tirando cosas con furia. Le encantaba ese caos, esa rabia convertida en teatro. Y mientras lanzaba encajes, tangas con etiqueta y corpiños bordados al barro, se iba cagando de la risa y gritando:

–¡Pobre Pilarito! ¡Se ha guardado las bragas buenas *pa* que se las arranquen, y no ha venido ni Dios!

Y era verdad. Pilarito había estado en barbecho la vida entera.

En uno de esos viajes a África, aquel hombre le pegó algo que se le quedó adentro. Algo por lo que tuvieron que vaciarla y la dejó vacía para siempre. Le arrancó el útero y, con él, la hija que tantas veces había soñado, justo ahí, en esa cama incrustada en un vergel que ella misma había creado con paciencia y ternura. Una hija de piernas largas y pelo rizado que dormía en sus fantasías envuelta en mosquiteras de colores y olor a jazmín. Una hija que nunca llegó. Mi prima Lucía, que solo vivió en la imaginación de mi tía.

Y ahora, mientras la tormenta seguía rugiendo, mientras la lluvia hacía del suelo un pantano eléctrico, Pilarito lo soltaba todo. Lanzaba su amor no correspondido por la borda, su deseo nunca devuelto, sus noches de espera estéril. Cada prenda al barro, un duelo. Cada pedazo de encaje, un pedazo de ella. Una mujer vaciándose de pena es también una mujer haciendo espacio.

Volvimos a su habitación jadeando, entramos las tres, chorreando agua, barro, y nos quedamos en silencio, mirando aquellos libros. Sylvia Plath, la loca. Virginia Woolf, la encerrada y esquizofrénica. Hemingway, el borracho que se voló la cabeza. Simone de Beauvoir, que quiso amar y acabó sola. Alejandra Pizarnik, que hablaba con los cuervos y se tomó unas pastillas de más. Jean Rhys, que escribió desde el fondo del abandono. Kathy Acker, la punk de las letras. Clarice Lispector, la extranjera de sí misma. Sarah Kane, que no pudo sostener la belleza ni el dolor de su obra. Thomas Bernhard, el del rencor venenoso y la tuberculosis.

Leonora Carrington, que vio visiones y las pintó para sobrevivir. Djuna Barnes, que escribió como si disparara. Teresa Wilms Montt, la que amó demasiado y fue encerrada por su familia. Anne Sexton, la madre que escribía poemas como si se cortara las venas. Roberto Bolaño, el exiliado que no llegó a tiempo para ver su gloria.

Todas ellas, que yo veía solo como una lista de nombres y que estaban ahí como un vendaval que viene a cambiarte las gafas con las que mirarás la vida.

Lapili se subió a la cama de un salto, empapada, y agarró el primer lomo con intención de tirarlo al río.

Entonces Pilarito gritó, muy contundente:

–¡No! Eso no.

Y me miró como si fuera un oráculo.

–Ahora esta habitación será de esta pequeña. Te queda un rato de cosas que no vas a entender –dijo–. Vas a tener que leer. Y mirar las plantas. Y pensar. Y llorar.

Lapili gritó, indignada. No entendía que, después de años aguantando a esas viejas y sus manías de vieja, fuera yo, con mi cara de recién caída del cielo, quien heredara el cuarto de las hadas. Pilarito entonces cogió solo dos cosas, su cepillo de plata y cerdas blancas para sus cuatro pelos, y un tomo de la Biblia. El sonido del río comenzó a disminuir poco a poco, como si la tormenta entendiera que ya no hacía falta rugir. La casa, aún vibrando con la humedad caliente del temporal, empezó a oler de pronto a chocolate, ese

que mi agüela revolvía con fuerza desde la cocina mientras cantaba Tina Turner que salía de su radio.

La vimos vestirse con calma. Se puso un vestido de algodón color hueso, limpio, sencillo, de ermitaña en paz que solo quiere meditar. Me miró y me sonrió con una dulzura que no le habíamos visto nunca. Y sin decir nada más, me dio paso. Era su manera de entregarme algo más que un cuarto, me dejaba la única forma que ella había encontrado de seguir viva, la forma de habitarse a sí misma a través de otras pieles, otros nombres, otros sueños. Me dejaba ese refugio silencioso donde pensar, leer, respirar. Me dejaba su esperanza mientras yo construía la mía.

Esa noche dormí bajo las flores y rodeada de libros. Libros que, sin yo saberlo del todo, me darían la posibilidad de ser. De ser el resto de mi vida, de llegar algún día a ser la mujer que sería. Dormí con la camiseta interior y la chaqueta del chándal metidas por las bragas, con el pantalón hasta los sobacos sin que me importaran las formas, con el cuerpo todavía suave del manguerazo y del champú de coco de Lapili y sus revistas, con el sabor dulce del chocolate con pan frito y los abrazos de mi agüela.

Y en ese olor a humedad, a ropa limpia, y a infancia al borde del colapso, sentí con certeza que aquellas mujeres y el río me habían salvado la vida.

Capítulo 16

Desde que vivía en la habitación de las plantas ya no tenía que soportar los pedos ni los ronquidos de mi prima Lapili.

Pero eso no evitaba que la muy cerda entrara sin llamar, sin pedir permiso, se lanzara sobre la cama y soltara una de sus filosofías baratas de alcantarilla.

Por debajo de la puerta de mi habitación se coló un papel escrito con letra de cría.

–¿Puta o santa?

Abrí la puerta, ahí estaba, con la boca llena de almendras garrapiñadas, sacadas de un cucurucho arrugado y, en el suelo, a cuatro patas, ella y su walkman a tope de música de los noventa. Se le notaba que se había vuelto a teñir el bigote, brillaba como recién lustrado y olía a pedo fresco todo el pasillo.

–Mira –me soltó, mascando fuerte y gritando más de la cuenta por los cascos que la ensordecían–, las santas lloran, padecen, les cortan las tetas o las queman vivas. Las putas también están jodidas, pero por lo menos bailan y viajan y llevan ropa de guapas. Yo he elegido lesbiana, que es lo mejor que se puede ser siendo tía, pero eso se nace, tú no puedes, porque andas dándote besitos como una mema de culebrón de novios.

¿Se podía ser más imbécil que mi prima?

Me dijo que, si seguía ahí tirada leyendo, solo iba a conseguir que me salieran setas en los sobacos, que me volviera una depresiva y dejara que el verano pasara mientras mi padre se moría del todo. Entonces tiró de mí, me ayudó a quitarme el chándal, me puso el bikini a empujones y me sacó a la calle a patadas.

Lapili no había perdido ni un solo minuto mientras yo lloraba. Era como Drácula, no dormía nunca. Había montado una tienda de campaña improvisada con unas lonas que antes cubrían el R8 de nuestro agüelo. Dentro había colocado colchonetas hinchables, forradas con pareos de colores y sábanas viejas. Había fabricado unos armarios con banastas de fruta, y había robado víveres y utensilios de todas partes.

Era rara, mi prima, pero era una superdecoradora y constructora de seudocasas.

Me sentó dentro de aquella jaima de supervivencia y me sirvió un té que había preparado sobre unas velas, con una parrilla oxidada y tomillo que había recogido en el monte. Sobre nuestras cabezas colgaba un tendedero de cuerdas de pita, lleno de tarjetas, dibujos, mapas, hasta un menú de escapada escrito a mano.

Muy bien, el plan era el siguiente. Mi madre, al dejarme en casa, se había olvidado una tarjeta del centro donde tenían ingresado a mi padre.

En la foto, en un bonito jardín de hortensias, había un tipo con pijama blanco impoluto de manga corta sobre unos músculos de nadador, que empujaba una silla con una viejita preciosa de pelo sedoso y blanco, que saludaba. Se parecía a esa señora de los documentales de La 2 que vivía con los gorilas: solo le faltaban los prismáticos y la camisa del Coronel Tapioca. En la foto se les había olvidado poner a los yonquis, a los jóvenes maquineros que se quedaron pillados en la nebulosa del ácido, a los fantasmas que yo había visto babeando.

Según Lapili, yo, con fiebre y gritando, había declarado que teníamos que ir a salvar a mi padre de los zombis y darle razones para seguir vivo. Lapili se había quedado con el dato y lo tenía todo preparado. Teníamos la dirección, pero no se podía ir en bici, como yo había pensado, porque esa cárcel/hospital estaba en Pamplona. Pamplona.

Ella me enseñó el mapa, hecho con rotuladores y, la verdad, era más difícil que llegar a Ítaca. Había hecho la escala usando campos de lechugas, que según ella eran del mismo tamaño que un campo de fútbol, más o menos. Estábamos, según sus cálculos, a millones de campos de distancia. Así que hasta ahí no podía llegar en bici ni Indurain. Había que escapar al

pueblo. Coger un bus. Tener ropa decente, porque en bañador no nos iban a dejar entrar en ninguna parte. Y llevar comida para un viaje de dos días. Era para mayores el plan.

El plan era así:

Primero iríamos en bici hasta la estación de autobuses del pueblo. Para eso necesitábamos:

Dos bicis (y solo teníamos una a medias).

Diez mil pesetas para los billetes.

Comida y cena para dos días.

Sacos de dormir para pasar la noche vete a saber dónde. Ella había incluido una parada en un parque de atracciones con temática de osos pardos y cabras que habían hecho en un pueblo para salir de la sequía.

Visitar a mi padre.

Y luego volver, con otras diez mil pesetas, como si tal cosa, y quizá con mi padre del bracete, que por fin se había puesto en pie y era, gracias a mí, tan atlético como el enfermero de la tarjeta.

–¿Y cómo haremos todo eso? –pregunté yo, sin aliento.

–Ya me he dado cuenta de que no hablas *na* –me soltó Lapili, sin mirarme–. Por eso me he tomado la libertad de robarte y leer tu diario. Y no me mires así, no lo he hecho por cotilla. Lo he hecho con el espíritu de encontrar una solución a tu vida, que es una auténtica miseria.

Y luego añadió, mientras se comía la última almendra, y lanzaba al aire el cucurucho de periódico, hecho una bola.

–He visto que no hablas, pero escribes super, superbién. Sobre todo, cartas de amor, como la que le escribiste a K. Das pena, me dio tantísima vergüenza que quería meterme en una alcantarilla y me dieron arcadas, pero la carta es muy buena.

Puta Lapili.

–Así que he pensado –dijo Lapili, sentándose con las piernas cruzadas sobre el pareo– que, como necesitamos dinero y no se lo vamos a robar a la agüela, porque no nos lo perdonaría jamás, vamos a ir a la comunidad de agricultores. Los mismos que me regalaron a Pipo.

Dejó la infusión sobre una caja de tomates vacía, descolgó un dibujo que había hecho ella misma, una especie de mural con muñecos de palo apiñados, con caras de pueblerinos y boina. Sí, no les había dibujado ni ojos ni manos pero sí boina.

–Estos tíos –dijo– son de fuera del pueblo. Los han traído para recoger la fruta por dos duros, mientras los dueños de los campos se quedan en casa, en sus piscinas. –Me señaló a los dueños que estaban dibujados dentro de un yate y en alta mar, brindando. Volvió a los del campo–. Estos no saben escribir, y echan mucho de menos a sus familias y a sus novias. Así que tú les vas a escribir cartas de amor por cien pesetas cada una. ¿Cómo lo ves?

Yo no supe qué decir. Aún estaba intentando asimilar el mapa hecho a escala con campos de lechugas cuando ya me quería montar un negocio. Ella iba muy rápido.

–Por otro lado –siguió, a lo Napoleón en chándal–, conseguiremos las piezas que le faltan a Salvaje, la bici del agüelo. Si no lo digo reviento: he leído en tu diario lo de llamar a la bici «Salvaje». No se puede ser más alucinada... Y después le pediremos… bueno, le pedirás tú, a cambio de unas babas, a K. su bici, porque necesitamos dos bicis para poder escapar juntas a la estación del pueblo y subir al bus. ¿Vale?

Me quedé callada, pensando en K. y en las babas.

–¿Y mi padre? –pregunté–. ¿Cómo le devolveré las ganas de vivir cuando lo vea? ¿Cómo se le devuelven a alguien las ganas de vivir?

–Pues, como Sherezade –respondió sin dudar–. Pilarito me contó un día en las piscinas mientras se duchaba que hace mil siglos una señora muy lista que un canalla tenía presa y a la que mataría después de violarla, le contaba cuentos al tipo pero nunca llegaba a cerrar la historia, así no la decapitaba para, al día siguiente, saber el final, y la tía vivió años, nunca llegaba al final... Pues lo mismo. En este mes le vas a escribir el cuento más bonito que se te ocurra, pero sin final. Y se lo contarás desde la ventana del hospital, donde está su habitación. Así querrá vivir y cuando salga, querrá buscarte para que le cuentes cómo termina tu cuento.

Joder con Lapili, era Arafat. Y a mí me gustaba su plan, me enternecía, me encantaba la idea de que mi padre me buscara.

Entonces me mostró un calendario de la gasolinera, de esos que le regalan al forestal con el cambio de aceite y que él le traía a mi agüela, que los colgaba sin tapujos en la cocina. En la foto había una tía en bragas, con unas tetas inmensas apenas tapadas por dos botellas de aceite de motor, como si lo más normal fuera llevar siempre dos bidones en las manos y sonreír a lo loco. Lapili lo tenía colgado en la parte interior de la jaima, al lado del tendedero.

–Mira –me dijo–, si queremos escapar antes de que se acabe el verano, y teniendo en cuenta que hoy es 1 de agosto, tenemos que escribir al menos tres cartas de amor por día. Si lo hacemos bien, el 30 nos piramos, el día del cumpleaños de Michael Jackson, que además hay luna llena y por eso, mucha luz.

Señaló con un rotulador rojo la casilla del 30 de agosto, donde había dibujado una luna llena gorda y brillante con carita feliz y bailando hacia atrás con unos Fluchos.

–Ese día hay luna llena. La última del verano. Perfecta para que la suerte nos acompañe. Entonces, he calculado los días según la muerte, según lo que le escuché a la agüela decirle a la Pilarito: que a tu padre, que está como un pajarico, le queda carne para vivir, con suerte, un mes. Luego, si no come, la palma. Así que no hay tiempo que perder, tenemos un mes de carne de tu padre.

Se irguió como si fuera la jefa de un comando secreto.

–Lo primero: buscar a K., comerle la boca y pedirle la bici. Porque sin bici no hay viaje, y sin viaje, tu padre, *kaput*.

Me miró de arriba abajo.

–Y para eso, reina, vas a tener que tomar un poco el sol. Porque con esa manía tuya de hacerte la triste te has quedado otra vez como de mármol. Pálida y dura. Y así ya no le gustas a nadie.

Como último mandato abrió una lata de galletas de mantequilla y sacó de dentro una baraja hecha polvo con dibujos bonitos.

–Corta –me dijo–. Saca una.

Yo creo que esas eran las cartas del tarot de Miguela, nuestra bisabuela. Se me puso la piel de gallina solo de verlas, como si hubiera mordido un vidrio.

–La Torre. Buah, qué fuerte. Todo se derrumba y tú con todo, déjate llevar por el flujo o te partirás. Habrá renacimiento.

Después me abrazó muy fuerte, tan fuerte que, por un momento, pensé que me iba a romper los huesos. Y entonces, muy seria, me dijo que nunca había que suicidarse, que aunque solo fuera por curiosidad, había que quedarse en este teatro de la vida. Que era jodido, sí, pero fascinante. Y que, incluso si eras mendiga, podías ver muchas cosas pasar, y tener perro. Yo no quería ser mendiga, solo quería volver a casa.

Luego cogió una botella mugrienta donde había mezclado Koipesol, Coca-Cola y yodo, su receta mágica para ponerse negra a lo bestia. Nos lo untamos por el cuerpo, resbalando como peces en lata, y salimos al sol.

Ella ya casi era mulata, pero eso no le bastaba. Como siempre, Lapili no tenía límites, todo lo quería, todo lo probaba, todo le venía bien.

Y ahí sobre las toallitas de publicidad, al sol, con los ojos cerrados y viendo todo teñido de naranja, empecé a pensar qué cuento podría narrarle a gritos a mi padre desde debajo de una ventana como un tuno, antes de que los celadores me detuvieran y me entregaran a las autoridades.

Y con esa cosa de escribir cartas y cuentos me entraron ganas de reír, de vivir y de seguir tirando *palante*. Sonreí bajito, quizá era verdad que si dejaba que la Torre se cayera del todo yo podía ser un ave fénix en pleno vuelo.

Capítulo 17

Pues ahí estábamos otra vez, metidas en uno de esos circos patrocinados y protagonizados por mi prima, Lapili, pero esta vez me había colocado a mí en el centro, sin anestesia, en el ojo del huracán, a cara perro.

Nunca, en todo el tiempo que conviví con mi prima, logré entender cómo tenía esa capacidad sobrehumana para conseguir cosas donde no existían antes, donde solo había nada, resolver marrones irresolubles y sacar planes adelante como si la vida fuera un videojuego y ella tuviera trucos para pasar a la siguiente pantalla. Se me hace curioso decirlo pero era la mejor, eso no se lo quitaba nadie, aunque a veces sus fórmulas rozaban el patetismo y a mí me dieran ganas de vomitar.

Estábamos en medio de un campo de ciruelas, la luz era increíble y se filtraba entre los árboles como uno de esos cuadros preciosos que dan paz con solo colgarlos, ahí las dos, rodeadas de maromos de campo venidos de otros pueblos y reventados de sol, más morenos que un lomo de mojama y amargos como pomelos. Gente que venía de lejos, que curraba sin tregua, medio cuerpo metido en los árboles frutales, otro medio subido a una escalera de pintor, sudando con los riñones apretados y las uñas de los pies irrecuperables.

Y Lapili, como siempre, se había creído diseñadora de Loewe. Montó una especie de chiringuito de feria con cajas de fruta, las mismas cajas de fruta que ella sola convertía en mobiliario de diseño para baños y cocinas. Puso dos cajas juntas haciendo de mesa y sobre ellas, una tablilla, justo delante del remolque del tractor que se quedaba fijo en el campo con los aperos. Encima del remolque, clavó una sombrilla de Trinaranjus y una pila de folios. Era como la oficina de la TIA de *Mortadelo y Filemón* pero en

medio de un campo. Colgando de la sombrilla, un cartel garabateado con betún de esponjilla sobre una sábana vieja, que decía:

«CARTAS DE AMOR A CIEN PELAS»

Y ahí estaba yo. Debajo de todo eso. Con una pluma en la mano, como si fuera una escritora perdida del siglo XIX, mientras ellos, los jornaleros, no nos miraban ni de reojo.

Yo pensaba que, con lo fundidos que estaban, lo último que les apetecería sería ponerse románticos.

Pero claro, qué sabía yo del amor.

Así que mi prima no se lo pensó ni medio segundo y también se subió a una de esas escaleras, en medio del campo, sin ni un árbol que la cubriera, con su bañador barato lleno de dibujos descoloridos y haciendo aspavientos con los brazos como si espantara palomas.

Y entonces, no me preguntes de dónde lo había robado, sacó un altavoz de esos de manifestación, que en cuanto lo enchufó soltó un pitido agudo que nos dejó sordas para siempre. Nadie la miraba. Ni uno. Todos seguían a lo suyo, recogiendo ciruelas con cara de lunes. Pero ella no se rendía. Ni un poco. Jamás perdía el aliento. Jamás. Era la mismísima Erin Brockovich de Aragón.

Ahí estaba, arriba del todo, como la cabra de los gitanos, chillando por el altavoz con su voz de pito y todo el sol dándole en la frente. Y yo la miraba desde abajo, desde la sombra de la sombrilla de Trinaranjus, y te juro que, para mí, era igualita a la estatua de la libertad de las postales de Nueva York, solo que con bigote y bragas del Sepu.

Parecía que lo único que íbamos a recoger ese día eran vergüenzas, pero uno de ellos se bajó de la escalera. Llevaba una camiseta sudada de pinturas Lepanto y tenía unos brazos como jamones. Caminó sin prisa hacia nosotras mientras los demás lo miraban como si se hubiera vuelto loco, o peor, como si fuera un maldito enamorado.

–¿Tú escribes? –me preguntó en voz muy baja, sin dejar de rascarse el cogote, nervioso.

–Sí –le contesté yo, también muy bajito, como si estuviera en un confesionario y muriéndome por dentro.

Se sentó en la caja de fruta que Lapili había dejado preparada como si fuera una silla de terciopelo, sacó del bolsillo una foto arrugada y me la puso delante. Era una mujer muy guapa con un bebé en brazos. Los dos miraban a cámara, esperando algo, exigiendo futuro.

–Es mi mujer. Está en Marruecos. Quiero decirle que la echo mucho de menos. Que estoy bien. Que me acuerdo de ella todo el rato. Pero... bonito y que le llegue.

Me quedé mirándolo, ese hombre árabe, guapo, de ojera oscura y piel de aceituna, que aún olía a especias aunque ya comiera cerdo. Me sudaban las manos. Me temblaban las piernas. Y entonces Lapili, que no se perdía un bloqueo, me dio un codazo y me susurró:

–Venga, escritora, que para algo tiene que valer toda la mierda que te comes, y la habitación de los libros, y la libreta de las declaraciones y horrores que te regaló tu tío.

Así que respiré, agarré con fuerza la pluma de paloma pegada con celo a un bic y me puse a escribir como si me fuera la vida en ello. Como si las palabras pudieran cruzar un océano y curar una distancia y salvar una vida.

Cuando terminé, le leí la carta en voz alta. Él asentía, sin decir mucho, con los ojos medio aguados y una media sonrisa que no sabía si era de gratitud o de pura lástima.

Sacó cien pesetas del bolsillo y me las dejó sobre el folio como si fueran un tesoro.

Luego se fue, sin más, a seguir recogiendo ciruelas como si no acabara de pasar nada. Pero yo me quedé temblando. Era la primera vez que alguien me pagaba por lo que tenía dentro de la cabeza, por todo aquel ruido y ese vacío que me hacía mirar al mundo como detrás de un cristal por el que se escurría la lluvia, casi siempre con gotas de ira y enfado.

Cuando el primero se fue, algo cambió en el aire. Como si la puerta que aquel hombre había abierto se hubiera quedado entreabierta y los demás empezaran a asomar la cabeza. Un par de ellos dejaron de agarrarse a las ramas de los ciruelos y se acercaron con caras curiosas, como si no estuvieran seguros de qué hacer. Se daban codazos y a la vez buscaban en sus bolsillos las cien pesetas.

–¿Tú escribes cartas? –preguntó otro, más bajito y con un bigote que parecía un pincel.

–Sí –dije, todavía con las manos temblando un poco, pero cada vez más segura.

Lapili, que no se perdía un negocio, se levantó y empezó a hacer números con los dedos mientras nos miraba con esa sonrisa de «esto va a salir bien».

–Mira, mira –le dijo a uno de ellos que parecía aún más que vivía en una caverna–, por el precio del sello y diez pelas más, nosotras os mandamos las cartas. Vosotros solo tenéis que decir lo que queréis contar, y nosotras las escribimos, las sellamos y las mandamos. Así no tenéis que preocuparos por nada.

Los trabajadores se miraron entre ellos, cuchicheando. Algunos se reían un poco con la risa de los niños que fueron, otros se encogían de hombros, pero, poco a poco, las miradas se hicieron más claras y pasamos a ser parte, también nosotras, del campo.

–¿Y qué pasa si mi mujer no sabe leer? –preguntó uno con voz ronca.

–Pues le mandamos dibujitos, jeroglíficos, canciones, todo lo que quieras –dijo Lapili, guiñándome el ojo–. Aquí somos especialistas en historias. Yo puedo grabar cintas y canto, que eso ya lo hago sola en mi cuarto.

«¿Cuánto vale?», «¿Cuánto tarda en llegar?», «¿Y si no me contesta?».

Yo me sentí un poco como una maga que hubiera encontrado la fórmula para juntar todo ese mundo roto que estaba ahí, disperso en el campo, lejos de su casa y del abrazo de su gente.

Y también me parecía un milagro que ese mundo me hubiera encontrado a mí, tan pequeña, tan nadie, para brindarme la posibilidad de juntar mis recuerdos y mis dolores en forma de amor para otros.

Al final, entre risas, propuestas locas y algunas bromas, Lapili me dijo:

–Bueno, escritora, prepárate, que vamos a hacer el agosto en este campo de ciruelas.

Mi prima dejó de llamarme «adoptada» para empezar a llamarme «escritora» y claro, como ella era mi mundo, yo la creí un poco.

Un día mientras repasaba una carta, uno de los jornaleros se acercó más y se quedó mirando lo que hacía. Tenía la piel tostada por el sol, las manos ásperas y los ojos cansados, pero con una ternura rara que no encajaba con el campo duro que nos rodeaba.

–¿Le puedes escribir una carta a mi niña? –me preguntó en voz baja.

Mi corazón se encogió de golpe.

–¿Cómo se llama? –pregunté, tratando de que no se me notara lo mucho que me había impactado que un padre pensara que su amor hecho carta era para su hija.

–Se llama Estrella –dijo, con una sonrisa triste–. Tiene cinco años.

Entonces, el hombre sacó un papel desgastado de tanto besarlo y me lo mostró. Era un dibujito de muñecos palo. En él, una niña con un globo le daba la mano a un papá demasiado gigante y muy cachas que no se correspondía en absoluto con el hombre que yo veía. Ese hombre era más bajo que los pinos de Navidad de Wisconsin, que eran como mi hermano de nueve años, pero de plástico. Estaba claro que el amor redimensionaba los atributos del ser amado.

–Yo, yo solo quiero que sepa que estoy aquí, trabajando para que no le falte nada, y que no me olvido de ella jamás.

Sentí que esas palabras no eran solo de un hombre cualquiera, y de pronto las hice mías, como si estuviera escuchando a mi padre, que me hablaba desde ultratumba, a ese hombre al que hacía días que no veía, a quien no podía abrazar, ni contarle mis historias, ni prometerle que todo iba a estar bien.

Mientras él me hablaba de Estrella, yo me imaginaba a mi padre en la cama del hospital, solo y débil y destapado, y el nudo en la garganta me crecía y se hacía de piedra, pero si escribía se ablandaba y se iban la contractura y el tapón.

–Escríbelo bien bonito –me pidió el hombre–, que sienta que papá está siempre ahí, aunque no pueda estar con ella.

No pude hablar, así que solo asentí con la cabeza y me puse a escribir, con más cuidado que nunca. Sentí que esa carta era mucho más que palabras, era un puente que unía dos mundos rotos por la distancia y el

tiempo, y que los unía en todas direcciones. Y mientras trazaba cada letra, por un instante, sentí que estaba escribiendo para mi padre también y que, de alguna manera, a través de las raíces de los árboles que conectaban toda la tierra, él podía escucharme.

Querida Estrella:

Quisiera poder estar contigo para explicarte que a quienes más quieres tienen que irse lejos. Pero, aunque no pueda estar ahí, a tu lado, siempre te llevo conmigo en el corazón. Me acuesto y me levanto pensando en ti, en tu sonrisa que ilumina mis días, y en los dibujos que haces para mí, esos colores y líneas que me hacen sentir que estás cerquita, aunque estemos separados.

Imagino cómo desayunas, cómo vas a los columpios y cómo ayudas a mamá en casa. Eres una estrella, por eso te llamamos así, porque tienes una luz que nadie puede apagar, ni la distancia, ni el tiempo, ni nada del planeta.

Cuando tengas miedo o estés triste, cierra los ojos y recuerda todos los abrazos que te he dado. Aunque no pueda abrazarte con mis manos ahora, te abrazo con toda mi alma.

En el segundo cajón de la cocina hay una llave inglesa, la dejé para ti, te solucionará casi todas las cosas que yo solucionaría para ti. Aprende las cosas que yo haría por ti y muchas más: así, un día serás la mezcla de tu mamá y tu papá.

A veces, aquí, en estos campos tan lejos de casa, me siento solo y asustado, y me da miedo que todo se rompa. Pero cuando pienso en ti, sobre todo en tu risa, encuentro fuerzas para seguir adelante. Cuando llegue el frío, volveré para estar contigo. Y si la suerte está de nuestro lado, quizá seáis vosotras, mis ángeles, quienes vengáis a verme aquí.

Aquí la fruta es grande y dulce, y te imagino saboreando su zumo. Ojalá puedas venir pronto, y tengamos una casita donde mamá cosa, yo cuide el campo, y tú vayas al colegio y hagas nuevas amigas. Aquí, unas niñas están jugando en el campo y dicen que podrían ser tus amigas y te enseñarán los cromos de los pitufos y los ladrillos con picapica.

Te prometo que cada día trabajo para que estemos juntos pronto, y mientras tanto, te envío todo mi amor en esta carta, como un abrazo largo y fuerte que nunca se acaba.

Cuídate mucho, mi pequeña Estrella. Eres el milagro más grande que tengo.

Con todo mi amor,

Tu papá

Se la leí con la garganta rota. Los dos nos miramos. Los dos supimos. Los dos abrazamos nuestros cuerpos que servían para encarnar a otro padre y a otra hija. Nunca más lo volví a ver, como suele pasar con las personas con las que compartes una intimidad que no está a la altura del vínculo.

Ya había atardecido. Los jornaleros recogían las banastas colmadas de fruta, las escaleras y sus cosas ruidosas y oxidadas. A mí me dolían los dedos de tanto escribir, pero por dentro estaba feliz. Era como si un tubo se me hubiera abierto y dejara que el agua del río fluyera en todas direcciones: de dentro hacia fuera, con el líquido de lo que sentía al ver a aquellos hombres contarme sus penas, y de fuera hacia dentro, con lo que me hacían sentir a mí sus palabras, como si cada historia que me contaban me limpiara de dudas y completara mi historia.

Mi prima y yo volvimos caminando por un camino de tierra entre los campos. Ella contaba el dinero como el Tío Gilito. Lo había metido en una redecilla de mandarinas y lo agitaba como si fuera oro. Hablaba sola, hacía cálculos, se emocionaba, se liaba y se volvía a emocionar. Yo la miraba y hacía como que la escuchaba, pero no podía dejar de pensar en el papá de Estrella, y en el mío.

A veces había pensado que mi padre era un egoísta de mierda. Que no le importaba en el mundo nadie más que él y sus rabiosas ganas de tomar vino. Ese era mi secreto más oscuro, mi pensamiento más feo, la manía que le tenía por ser un frágil y haber echado a perder nuestra vida, nuestra casa y nuestra familia. Pero hoy, por primera vez, me preguntaba si quizá él también estaba solo. Si en su cabeza había un campo tan grande y seco como el que habíamos cruzado, esperando una carta, si él no podía con su propia sequía y por eso la regaba con lo que hubiera ya que él no podía ser su propio manantial. Si él no era algo más que un padre inepto y era otro niño con una mochila llena de piedras y cristales.

Recordé al padre de Estrella. Se arrancaba trocitos de durezas de las manos mientras me hablaba de su hijita. Ese hombre en secreto parecía que

sentía que ojalá hubiera podido ser otro padre. Y entonces pensé que quizá mi padre, en algún rincón de él, deseaba no tener tanto miedo, ser más capaz, más fuerte, poder llevar las riendas y girar el timón de su vida para que yo no tuviera que tener cuarenta años a los once. Pero claro, él no era solo mi padre. Era un hombre. Y tenía derecho a tener miedo, a llegar a su límite, a cagarla con un par de cojones y a vomitar cubalibres sobre sus zapatos y su camino.

Yo le escribiría a mi padre una carta y se la cantaría en cuanto lo viera. En ella le diría que había entendido un poco más de las cosas de los mayores y que me había dado cuenta de que, después de estar tan flaco como un pámpano, ya podía permitirse vivir sin pagar tantos precios. Ya podía ser él sin sufrir para serlo, para que le diera permiso vete a saber qué antepasado con cara de acelga.

Entonces recordé la última vacación bonita que tuve con mi familia. Cuando mi padre bebía un poco, lo justo para estar simpático pero también capaz y cariñoso. Cuando mi madre se vestía de color butano y sonreía sobre todo con los ojos y abriendo las piernas al sentarse. Cuando mi hermano me daba la mano y trataba, sin éxito, de ver los pájaros del cielo que yo le señalaba.

Me vino la imagen de una playa de esas de Rosas o de Cadaqués, donde los cuatro compartíamos el mismo colchón enorme y había desayuno de bufé libre, hecho por una mujer obesa que también se llamaba Rosa. Recordé las noches en las que esas mujeres que llevaban el hostal se convertían en animadoras y montaban, con un guitarrista del pueblo y sin dientes, una especie de *show* flamenco que estaba a eones de ser flamenco, pero que a los guiris les servía mientras comían paella de cuarta, que estaba también lejísimos de ser paella.

Y entonces, mi padre, que era muy guapo y tenía mis ojos, nos decía: «Vamos, chicos, que vamos a hacer magia». Salía entre las mesas cuando acababa la canción de *Verde que te quiero verde* y pillaba el micro como si fuera Jesús Vázquez.

Saludaba con un *bonjour* que era lo único que se sabía en francés, y explicaba que su familia hacía magia y podía levantar con cuatro dedos un

«gran peso». Entonces, a los gritos, invitaba a Rosa a sentarse en una silla y todos miraban hacia el ventanuco de la cocina donde Rosa freía chanquetes.

No me imagino lo que debía de sentir Rosa cuando ese hombrecillo sin piedad la presentaba como una masa inamovible. Ella tenía que cruzar el salón bajo la mirada de todos esos seres con olor a aftersun que mentalmente la llamaban gorda. Pero en aquella época, todo valía y supongo que, si hubiera podido, Rosa le habría cerrado el pico a mi padre de una patada de kárate en la bocaza esa de piano.

Entonces Rosa se sentaba con el delantal y la redecilla, y nosotros cuatro, medio morenos ya de la playa y con camiseta de rayas, nos colocábamos a su alrededor. Poníamos las manos juntas y los dedos índices estirados, como haciendo pistolitas. Mi madre y mi padre en los sobacos de Rosa, y mi hermano y yo agachados, detrás en las corvas de las rodillas. Mi padre decía: «A la de una, a la de dos, a la de tres…», y tratábamos de levantar a Rosa. Era absolutamente imposible.

Y los guiris y todos aullaban: «Ohhhh»...

Entonces mi padre pedía al del tambor que hiciera redoble, nos miraba a los ojos y gritaba, moviendo la pistolita de sus manos en círculos: «¡Adoptamos el poder del centro de la Tierra!». A la de una, a la de dos y a la de tres, y dos niños y dos adultos medio anoréxicos levantaban a Rosa. Te juro, que me caiga muerta, que la levantábamos.

Un milagro.

Un milagro que repetíamos en cada boda, cumpleaños y bautizo, avergonzando a gordos sin piedad.

Y aunque entonces yo solo lo vivía como un juego más, ahora entendía que, para mi padre, no era solo una broma, ni un número de feria. Mi padre creía de verdad en eso y por eso él se compraba todos los libros de los ovnis de J. J. Benítez, de Del Oso, y de todos esos. Él creía en el poder del centro de la Tierra. En la fuerza que viene de abajo, de lo invisible, de las cosas que no se ven pero que te levantan cuando ya nadie más puede contigo. En el poder de la familia, supongo, en el de vete a saber qué más.

Y si yo alguna vez creí que se había rendido y que era un mierda, ahora quería pensar que no. Que, en algún rincón de él, en alguna capa

subterránea, ese poder seguía latiendo. Que solo estaba esperando que alguien, yo esta vez, se lo recordara.

Porque mi padre iba a curarse.

Porque el centro de la Tierra estaba de su parte.

Porque yo, que era su hija, lo creía y lo iba a levantar con mis dedos pistolita.

Lapili y yo llegamos a la fonda, que olía a sopa de cebolla y pollo al chilindrón, como si el mundo entero fuera una cocina. Nos dimos un buen manguerazo en el patio, y después, las Pilares me abrazaron muy fuerte y volvieron a ponerme las bragas secas y el chándal por dentro, haciendo honor a sus nombres «las Pilares» y a sus tetas grandes y su olor a colonia barata y a gloria bendita.

Y esa noche, una noche más, me dormí sonriendo. Pero esta vez sí. Esta vez de verdad.

Con toda la verdad de mi pequeño cuerpo, que ya era también moreno como la mojama de los hombres de campo y tan fuerte como la promesa que le había hecho a mi padre. Y juro por lo que más quiera que esa noche, aunque me picaran los mosquitos, dormí con una sonrisa puesta y las cien pesetas apretadas en el puño, como si fueran una estrella fugaz que había atrapado para mí sola y que me había descubierto quién podría ser yo, quizá, algún día.

Capítulo 18

Aquel verano aprendí muchas cosas.

Aprendí a echar la sal justa al curar olivas, hasta que un huevo crudo y con cáscara flotara en la tinaja. Ayudé a una cerda, que tenía un lechón cruzado, a sacar a su cría del útero con mi mano, que era la única que cabía y podía girar al cerdito. Vi estrellas casi todas las noches mientras me quedaba dormida escuchando los cuentos de mi agüela, que hablaban de los romances imposibles de todas nuestras ancestras. Probé todas las frutas, todos los vinagres, todas las sopas.

Pero, sobre todas las cosas, resucité a mi padre muerto.

Una de las cosas más bonitas que viví, y que se quedó en cada una de mis células para siempre, fue aquel campo de ciruelas. Con sus hombres tristes, con su fruta morada, con la risa absurda de mi prima. Ahí supe que una puede tener miedo y seguir. Que una puede escribir cartas y, sin saber cómo, salvarse.

Mi tía Pilarito, que era una romántica sin solución, además de las batas y los saltos de cama de perra caliente que había tirado a la riada, tenía colecciones enteras de cintas de Jean Sablon, Aznavour, Édith Piaf, Julio Iglesias y de toda esa gente que canta arrullando como gorriones de la campiña francesa.

Lo habíamos sospechado, porque cantaba un francés inventado siempre que la actividad exigía rabia o dolor, al destripar conejos, al girarles el cuello a las gallinas, al cortar leña o al golpear la masa del pan.

Así que, cuando Lapili, que era la discreción en persona, le contó la idea de las cartas de amor, Pilarito voló por los aires de Oriente frotándose las manos. Se le encendieron los ojos como cuando una ve una estrella fugaz

justo después de entender que tiene un deseo. Se le inflamó el pecho. Y yo creo que, en ese momento exacto, se creyó viva de nuevo.

Nos miró como si fuéramos dos trovadoras del amor verdadero, y dijo:

–Niñas, esto, esto es una revolución sentimental. Esto es resistencia, política y feminismo.

Yo era la primera vez que oía «feminismo».

Mi tía Pilarito, a sus setenta y ocho años, fue la primera DJ de remolque de tractor y clásicos del amor de España, y del extranjero, supongo, y, además, con una gramola. Luego vinieron todas las modernas, pero eran unas simples a su lado.

Así que subimos en el remolque de los aperos a mi tía, que parecía una DJ sin cascos, con su chepa brillante y sin necesidad de taparse una oreja porque ya era sorda.

Debajo de un toldo que le montamos entre todos, iba poniendo un tema tras otro en la gramola, canciones de amor de esas que te derriten, te dan asco y ganas de besar al primero que se cruce, todo a la vez.

A sus pies, sentada entre las banastas de fruta, estaba yo, escribiendo cartas. Y era como un confesionario. Se levantaba un hombre y, al poco, se sentaba otro. Cada uno me contaba sus nostalgias, sus amores perdidos, sus nombres secretos. Y yo se los lloraba, se los reía y se los escribía.

Mientras tanto, Lapili, con su radiocasete de Fisher-Price, grababa cintas con sus voces, canciones, silencios rotos, mensajes embotellados en plástico para cruzar el mundo. A todos se les amontonaban las palabras en el pecho. Y nosotras las sacábamos a tirones, como si desenterráramos raíces de regaliz de palo en plena sequía.

Cuando llegaba el atardecer y la luz naranja se filtraba entre las ramas y todo olía a ciruela negra, a piel de hombres búfalo y a nenúfares de chicas de campo, Pilarito rompía todas las normas.

Ponía un tema como de cierre: *Love Letter*, de Nick Cave. Así, del tirón.

Y ese piano y esa voz tan rota de ese hombre se metían por entre los árboles como un rezo satánico de amor. Todos dejaban las herramientas con cuidado, sin decir ni mu. Y miraban a Pilarito desplegarse. Escuchaban a Nick. Entendían lo ilegible.

Y entonces mi tía lloraba.

Lloraba como si estuviera pariendo ella misma el tema y a Nick, y se agarraba el pecho, y se balanceaba, y parecía tener una ecolalia autista o un trance. Y sus labios arrugados repetían en bajito:

«*Please be calm, love… Don't try to tell me it's gone.*»

Y lo decía en inglés, la tía, recordando aquella época de bien joven antes de encontrar el amor que la dejó muda, cuando era guía en el Museo del Prado y aprendió la lengua sajona.

Yo nunca entendí cómo aquellos hombres, con manos como azadas y los ojos llenos de sed, no nos desnucaron allí mismo y nos asaron en una hoguera.

Pero no.

Fueron preciosos. Fueron bellos.

Se quedaron quietos, oliendo a fruta y a sudor seco, escuchando a Nick Cave como si fuera misa. Como si esa canción fuera, también, una carta para ellos.

Como si Pilarito, llorando, dijera por fin lo que todos callábamos como perros. Como si, entre las tres, pudiéramos ser todas las mujeres que añoraban y por las que hubieran dado la vida.

Toda esa emoción acumulada, la nostalgia en comunidad, las cartas de amor, las palabras susurradas entre árboles, el calor pegajoso que me recorría el cuerpo todo el día, y luego, esa brisa tibia que se colaba entre las piernas cuando me estiraba al final de la jornada me tenían también revolucionada. Así, tal cual. Me picaba entre las piernas, y punto.

Y entonces, claro, pensaba en K.

K., que había sido mi primer beso. K., el muchacho mapache, con esa cara bonita y esa risa de dientes en lucha. Era guapo, sí, pero además tenía algo que hacía que me doliera el pecho solo de recordarlo. Quizá porque fue el primero, o quizá porque era imposible. Lo imposible siempre da morbo.

Tenía tres misiones por delante si quería que mi padre volviera a tener ganas de vivir: convencer a K. para que me dejara su bici, seguir escribiendo cartas de amor para conseguir el dinerito del bus, y escribirle a él, a mi padre, la carta. Esa última era la más difícil, porque no encontraba

la manera, porque mi cuerpo se resistía a poner en palabras lo importante sin que algo se me rompiera por dentro.

Pero ahora lo urgente era K. Tenía que buscarlo, encontrarlo donde fuera, mirarlo a los ojos, pedirle la bici como si nada y, si se dejaba, darle un buen morreo de lija y remolino. Uno de esos que te dejan tonta. Solo de pensarlo se me aflojaban las rodillas y se me hacía agua la entrepierna pero por dentro.

Sí, estaba nerviosa. Sí, me moría de ganas.

Y sí, también quería salvar a mi padre.

Y, en ese orden confuso, así funcionaba mi verano.

La primera vez que lo vi, llevaba una vaca muerta sobre la bici. Una vaca entera. La llevaba atada como si fuera una mochila viva y flácida. Mi prima me dijo que era el hijo del carnicero, que siempre hacía esas cosas raras. Pero luego mi agüela, que lo sabía todo, dijo que en esos días no abrían la carnicería porque, además de ser agosto y hacer un calor que pudría las vísceras, había pasado una desgracia de esas que no se cuentan muy alto. A la hermana mayor de K., que se había ido a Galicia a aprender a coser y mandar dinero para la casa, la habían traído de vuelta hecha polvo. Destrozada. Con los brazos morados como las ciruelas que recogíamos al final del campo, los tobillos hinchados como garrafas de agua sucia y el bicho dentro. El bicho, sí. El puto bicho.

Mi agüela dijo que eso no era vida, que no había derecho, que la droga era una cosa mala pero el bicho era peor, porque se te comía desde dentro y después se comía a tu madre, a tu padre, a tus hermanos, y todos los álbumes de fotos. Que así, una casa entera se venía abajo sin hacer ruido.

Dijo también que antes, cuando todo iba bien, el carnicero se iba con su familia a Salou, a una casica pequeña frente al mar que se habían comprado con muchos años de sudar, cortar callos y dejarse las manos en la balanza. Que esa casa era su alegría. Pero que ahora, ni esa casa quedaba. Que la hija, sin querer o queriendo, se la había metido por las venas también. Como si se hubiera inyectado el verano, el mar, las risas, las tostadas con mantequilla, los recuerdos de cuando aún eran felices. Y a mí, que ya estaba

toda confundida con la vida, todo eso me hacía mirar a K. con una mezcla rara de pena, deseo, miedo y ganas de salvarlo.

Y todo eso lo escuchamos mi prima y yo tiradas en el suelo, con las tripas pegadas al cemento que todavía ardía del día, chupando un Burmar Flax mientras mi agüela se lo contaba al Alemán, que había venido a traer los ajos y miraba al suelo mientras ella hablaba. Yo no podía dejar de mirarle los pies, como si fueran a darme alguna pista de lo que pensaba, de lo que era en realidad toda esa burrada de mayores.

Entonces le pregunté a Lapili qué era ese bicho de las venas que se llevaba a las familias, y ella me miró en la penumbra y me soltó:

–Eres bien imbécil, bien idiota, y no te enteras de nada.

Se levantó de golpe, tiró el helado al suelo y se metió en la cama con el *walkman* a todo volumen. Desde fuera de sus cascos, yo podía escuchar la canción *–Nothing Compares 2 U–* como si el viento mismo la trajera de un lugar de ella que estaba roto.

Ese día decidí no dejarlo pasar, como había hecho con casi todo lo que sentía. Me acerqué a su cama. Se había acostado con las cangrejeras puestas y estaba tapada hasta el flequillo. Le quité las sandalias y me dio una coz. Pero no me importó. Me metí en la cama a su lado, sin quitarle los cascos, sin destaparla, sin decir nada. Y lo único que hice fue abrazarla muy fuerte, por detrás, mientras la sábana se iba mojando con sus lágrimas, para que pudiera seguir mirando al barranco, sabiendo que yo la sujetaba por la nuca. Y mi prima empezó a quedarse dormida en mis brazos, cayendo poco a poco, como si de pronto soltara toda esa fuerza que llevaba encima. Entonces sentí ese cuerpo suyo, musculado de más para una niña de doce años, como si hubiera peleado contra un gigante de hierro a carcajadas, y me enternecí. Le olí el pelo, suave y salado, de día entero en la calle, y la besé muy fuerte en la cabeza, para decirle gracias por todo.

Pero ella, se giró, se destapó la cara y me dijo con esa voz suya:

–No te hagas la lesbiana para caerme bien. Además, nuestras madres son hermanas, tía. Lo que tienes que hacer es buscar a K. y pedirle la puta bici de una vez, que tu padre ya está casi tomando copas en el otro barrio con mi madre, en el bareto en el que la encontraron muerta.

Y entonces se tapó otra vez y gruñó como lo hacían los perros cuando veían a un ladrón.

–Espabila. K. está limpiando tractores en la cooperativa por dos duros *pa* ayudar, que yo lo he visto. Enséñale las tetas o algo, pero deja de hacerte la nena mimada, que no hay tiempo *pa* dramas.

–Pero ¿cómo voy a llegar al pueblo? –pregunté, con la voz temblando un poco–. No puedo ir hasta ahí sola.

Mi prima se giró, soltó un suspiro profundo de desesperación y con el poco aire que le quedaba me dijo:

–Pues te inventas mañana algo de los támpax, o de rezar a Dios en una iglesia, o de tu madre, pero espabila. Te metes en el coche del Alemán que sale por la mañana y vuelves al mediodía con la bici, ya no podemos más con tu victimismo.

Se volvió, se tapó de nuevo, tuve el impulso de abrazarla pero tuve miedo de que me lloviera una hostia, y antes de que me diera tiempo a decir nada, me gritó:

–¡Te quiero yo también, escritora, adoptada, más idiota que un pepino, que no se entera de nada!

Esa noche casi no dormí. Me revolvía en la cama pensando en la bici y en K., en cómo convencerlo, en cómo no parecer una niña llorona que no sabía nada. Me imaginaba subiéndome a la bici, agarrada fuerte del manillar, con el viento en la cara. Solo había un problema: yo no sabía montar en bici y me había callado ese dato como si fuera un detalle sin importancia, pero no podía ser taaaan difícil.

Al amanecer, me levanté con la luz pegada en los ojos y sin hacer ruido me puse la ropa que hacía meses que ni miraba y bajé despacito por las escaleras.

El Alemán ya estaba fuera, con las llaves del coche en la mano y limpiando el cristal. Le solté un «buenos días» con la voz más firme que pude. Él asintió y me dejó subir sin preguntas raras, como si supiera o pasara por completo de tener problemas.

Mientras el motor rugía y recorríamos las carreteras en curva que me habían llevado a la fonda al principio del verano, pensé en Pilarito y en

todas esas cartas de amor que nos habíamos inventado. En que esta vez no podía fallar, porque no solo era por mí, sino por mi padre, y por mi prima, que confiaba en mí como si fuera una heroína.

Cuando llegamos al pueblo, el sol ya calentaba fuerte. Bajé del coche con el corazón a mil y me dirigí directo a la carnicería. En la puerta tras el cristal se leía: «Cerrado por vacaciones».

Lo busqué por todas partes. Por el pueblo, por las acequias, por las pistas de tierra donde se hacían las carreras ilegales con bicis y sillas de ruedas viejas, hasta me asomé al frontón por si se había quedado dormido. Pero nada. K. no aparecía.

Hasta que lo vi.

Estaba en la nave de los tractores, sentado sobre una rueda enorme como Pipo pero dura y con relieves, sin camiseta, lleno de polvo hasta las pestañas, bebiendo Trina como si fuera Moët. Tenía los pelos revueltos y los brazos llenos de moratones. Parecía una obra de arte callejero. O un soldado recién llegado de una guerra. Se había hecho más guapo. O yo me había hecho más idiota.

Me acerqué como pude, sin tropezarme, sin parecer una desesperada, aunque era justo eso todo lo que mi ser sentía.

–Hola –le dije, con voz de señora superada.

–Ey –respondió, sin sorpresa, como si me hubiera estado esperando toda la vida.

«Ey», el texto de los hombres de mi vida.

Me quedé de pie frente a él, y no supe si hablarle de la bici, de mi padre, de las cartas, del plan maestro o de lo mucho que me picaba todo, sobre todo el coño. Él me miró, se limpió la boca con el dorso de la mano y me señaló con el mentón.

–Te has puesto morena. Y te ha salido cara de insecto listo, de hormiga, pero bonita.

Y entonces, yo, que ya venía cargada de miedo, culpas y expectativas, y me había dejado toda sutileza en las cartas románticas, solté:

–Necesito tu bici.

El silencio se estiró como un chicle viejo. K. se rió. Una risa bajita, pero caliente.

–¿Y qué me das a cambio?

Y ahí ya no había vuelta atrás.

Me acerqué, lo miré a los ojos y lo besé.

Con los ojos apretados, la boca mal puesta y el corazón como una campana loca. Fue rápido, pero con todas las letras. El primer beso de verdad con toda la lengua, el de la vida, el besaco.

Él no se movió, solo me puso la mano en la cintura y me dijo:

–No tienes ni idea de montar en esa bici.

–Pero la necesito.

–Pues aprende. Es tuya. Pero solo si vuelves.

–¿De dónde?

–De donde vayas.

Y sin más, K. se puso a limpiar un tractor mientras señalaba la bici de cuernos de toro que descansaba apoyada en una de las paredes de la nave. Me bajé un poco la camiseta que se me había subido sin querer, agarré el Trina medio vacío que él había dejado y me lo bebí de un trago. El sol se escondía lento detrás de las vigas de hierro, pintando todo de naranja. K. me sonrió.

–¿Y tu hermana?

–En la playa… ¿Y tu padre?

–En una excursión de escalada al Aneto, muy típicas en Wisconsin.

–Guay.

–Sí, guay.

Entonces, sin más, K. bajó de un salto del tractor y me abrazó muy fuerte. Quiso decir mil cosas, se lo pillé en la de veces que cogió aire para empezar a hablar pero lo soltó rápido. Los dos sabíamos de sobra y a esas alturas que a veces las palabras no servían y era mejor no osar romper el silencio. Nos quedamos así un rato, apretados, mientras el sol terminaba de caer, abrazándonos a los dos y llenando el espacio entre nosotros, hablándonos sin necesidad de hablar de lo mucho que los dos compartíamos

y nos estaba haciendo trizas. Así hasta que, también sin palabras, los brazos se rindieron y seguimos poniendo a los cuerpos a vivir en otros asuntos.

Volví corriendo, con la bici cojeando a mi lado, y las piernas temblándome como si acabara de correr diez años seguidos. El Alemán siguió sin hacer preguntas y subió la bici al remolque, yo volví lamiéndome los labios, oliéndome las manos, que olían al cuello de K., y mirando la bici desde el retrovisor, que era el anillo de amor que nadie nunca me volvería a regalar. El caballo que mi novio indio me dejaba.

Lapili me esperaba con el calendario en la mano y cara de no querer saber nada de flujos.

–¿Y bien?

–Tenemos la bici.

–¿Tuviste que dejar que te tocara las tetas por encima de la camiseta? Creo que también. Puaj.

Capítulo 19

La catarsis.

30 de diciembre de 2024.

Mañana será la última noche del año.

Te vas a ir a la nieve con tu papá. Yo haré, desde lejos, contigo todos los muñecos de nieve que solo yo te enseñé a hacer juntos. Con nuestras manos. Quizá te ayudarán unas manos que, desde este lado del mundo, sueñen con las de su propio hijo al otro lado. Quizá no te ayude nadie. Jamás podré acostumbrarme a esta danza de un año contigo, otro sin ti, como si los años fueran infinitos, como si nos quedara tanto por vivir, como si no deseara vivirlos todos contigo, y pensara que todas las semanas son iguales y no me pierdo nada de ti.

Me meto en un bus, como suelo hacer para alejarme de todo, escucho ópera de Vivaldi en los cascos mientras veo pasar los campos, *Stabat Mater en fa menor*. Vivaldi, que me permite cerrar los ojos y respirar este aire que se me ha quedado marchito en el pulmón. Aunque cierre los ojos veo la tierra y siento el tiempo pasar, voy dejando todo atrás. Me voy a Lisboa, sola, a pasar el Año Nuevo en un lugar lejos de lo que llamo casa, donde no estás tú, hijo mío, donde no está nadie.

Y entonces recuerdo las cartas de la infancia, las muchas cartas que escribí toda mi vida para otros que amaban a otras, y las poquísimas que recibí de vuelta para mí. De hecho, ninguna de alguien a quien yo haya amado.

Llego a Lisboa y, aún con la mochila, me voy al Barrio Alto, me siento en un sitio muy de turistas que parece una cueva y tiene una puerta antigua y grande que tapona la entrada. Me siento a una mesita con un mantel de

cuadros, y sin mirarme, me ponen una sopa de tomate, una botella de vino verde sin etiqueta y una cesta de pan. Los músicos se ponen frente a la puerta con sus instrumentos del tamaño de una taquilla, así que no puedes salir ni escapar del fado. Saco mi libreta.

Bebo y escribo, escribo y bebo, mientras escucho la voz de una mujer bellísima que, mientras canta, llora.

Escribo una carta para ahogar todos aquellos amores que sentí yo sola, para llorar, como la mujer del fado, todas aquellas palabras que esperé de vuelta y nunca volvieron. Es curioso, porque les escribo a todos esos hombres pero te la mando a ti, hijo, el único hombre del que sé su dirección.

También me la escribo a mí. Creo que hemos acabado, chica joven y romántica que creía en esas cosas. Me has servido, igual que los cigarros, me has abierto puertas pero creo que quiero darle paso a la mujer que no compra en las rebajas y elige el traje a medida que le hace un sastre con cachemira.

No amaré nunca más a nadie que no esté presente para amarme a mí. Feliz Año Nuevo. Entonces escribo una carta de despedida a todos los que podría haber amado, en mi mente les pongo las caras de los últimos hombres, y todo el rato quiero fumar, así me evito el llanto.

Carta de despedida desde Lisboa a todos los amores que no me amaron:

Tengo tantas cosas que contarte, amor mío, soy pura demolición y te escribo con membranas que acaban de salirme entre los dedos.

Lisboa vista desde el mar me pareció Valparaíso un poquico más verde y, al poner un pie en la tierra, mis miembros como sarmientos se engarzaron en las alcantarillas, anclándome al muelle para siempre. No me quiero ir de aquí nunca más.

Y ahí empezó mi mutación, entre las sardinas y el fado. Fue un misterio, yo tampoco lo entiendo, debió de ser la tristeza, que aquí lo invade todo, que me hizo sentir como en casa. O que hace tiempo habito en una guerra nuclear y las tormentas me parecen livianas y a cualquier lugar, por nublo que sea, le encuentro el rayo de sol.

Me quedé clavada en el puerto, como sin rasmia, mirando por primera vez a la desembocadura.

Le di bien de vueltas a la mollera pa *dilucidar por qué el mar y los ríos pueden unirse a pesar de sus fuerzas salvajes y yo, que tengo seso, soy incapaz de mantener nada pegado.*

Hasta que la risa de las gaviotas me sacó de la tontera y todo sonó a ensueño, a circo, a cuando era cría, y pude volver a la tierra.

Después, me escondí en un barril de sardinas al tomate que yo misma había cocinado la tarde de antes pa *la fiesta de fin de año que se celebraría en la popa del barco pero que habían dejado en el puerto y, adobada en mi propia salsa, vi zarpar al barco, que se hizo un juguete minúsculo hasta fundirse por completo en el azul. Debió de ser un augurio de lo que se me venía encima: Fundirme toda todita en azul.*

Al salir del barril ya era mitad sirena. La piel forrada de escamas que chirriaban plata al sol, olor a sexo y cayena, melena de pimientos verdes y las piernas adormecidas.

Me quedo a vivir aquí, querido, quería contártelo, me atrinchero en el olvido, a ver si así puedo silenciar esta manada de caballos desbocados que me galopan el estómago desde aquel día que te conocí en Marruecos, en París, en Madrid, o en el cosmos.

No volveré por nuestro metro cuadrado lleno de eco en el que yo sola regaba las olivas con la ilusión de que un día echáramos la siesta bajo la sombra del árbol.

Te parecerá frívola mi decisión pero las toallas aquí son tan suaves y yo necesito tantas caricias.

*Si volvemos a encontrarnos en esta vida, o en la otra, intentaré explicarte lo que significa «*saudade*». Aquí no paran de decirlo. Y yo no paro de sentirlo. Así que, si un día te veo, te la haré entender sobre los párpados poniéndome de puntillas, besándote suavito.*

La tinta, aunque no lo creas, es más fuerte que la sangre, a la que el tiempo hace polvo. Te dejaré garabatos en todos los escalones «veintitrés» que, como bien tú sabes, tengo la manía de contar cada vez que subo una escalinata. También te dejaré los suspiros que chorrean mis muros y debería derrochar pero se me han hecho piedras en la garganta. Y rastros, te dejaré rastros como las migas de Hansel por si decides volver a casa, aun sabiendo que se las comerán los pájaros y que nunca me sentiste hogar.

Salgo del puerto en mi nuevo estado de casi pez, y camino, y el caminar me lleva a un lugar donde todos cantan fado con los ojos cerrados. Yo los abro deliberadamente

y miro a ese sol que escuece pero cura. Arder tiene sus ventajas.

Fado. A la cicatriz no le puedes venir con heridas. Fado. Todo me parece un espejismo y me gusta ser medio anfibio e irte destilando hasta desahuciarte de mí. Ahogo todos los recuerdos. Tendré que matarnos para ser otra nueva y el año se me está acabando entre las manos, así que te dejaré al amanecer para que los primeros rayos te den calor.

La soledad empieza a ser digna, y creo que, por primera vez, hago algo bien en mi vida: la siento austera, silenciosa, sin paliativos y bien yerma. Tan jodida como es e instalada entre el corazón y los pulmones, nada de colocarla en órganos que no sean casquería.

«Naufragar», «pasado» y «fracaso» siempre fueron palabras que no me atrevía a pronunciar. Ahora, todas ellas han anidado entre mis pelos y se me han hecho enredadera. Si me vieras, intentarías peinar con tus manos este chandrío, o no, quizá no, quizá dejarías que las gaviotas se hicieran casas en mis cabellos, y pasarías de largo.

El fracaso tiene la extravagancia de que nació siendo un deseo, así que no me da susto haber fracasado en este amor que imaginé con todos vosotros.

Todo lo que hablamos me sigue oliendo a ajico frito por mi madre, a casa, llámame loca pero de lejos, de algún modo, te sentí casa.

Hay tantos tipos de casas.

Te había guardado un anillo con forma de serpiente que encontré en las calles lisboetas en la noche de fiesta, los fuegos artificiales lo iluminaron y yo lo traduje como una señal del cielo, así que lo apreté en mi puño y corrí apurando el aire en mis nuevas branquias. Me hacía pensar que era tuyo. Lo tiré al Tajo. Ya no quiero que nada me recuerde a nada.

Llegué a casa al alba y tu mensajera me esperaba comiéndose los restos del bocata de la alfombra. El primer día del año a la primera de las horas llegaron tus tres palabras. Tres. Ni una más, ni una menos.

Te confieso que me brotaron los subtextos por los poros e imaginé para ti el destino del trovador más romántico de la esfera, capaz de callar milenios hasta sonar el día y la hora en que todos olvidan y duermen. Entre borrachos, el ebrio. El que manda palabras al otro lado del mundo, anudadas a una pata con alas. Luego recordé que la que hacía esas cosas era yo y que entre nosotros nunca existieron los espejos. Supongo que simplemente eres alguien que madruga y al que Dios ayuda, que manda mensajes de feliz año a destajo.

Le di agua a la palomica, que venía de tan lejos, y la eché a volar con unos mensajes de vuelta que hablaban del clima o de los precios, ya no recuerdo. Velos, velos, tupidos velos, entupidos velos.

Pero se me habían echado a hervir las tripas, así que corrí hasta el río y busqué a brazadas anchas el anillo que había tirado entre el lodo y vi mi reflejo en las ondas líquidas y las algas que se me iban enganchando, haciéndome monstruo, y paré en seco.

No, monstruo no.

Esta vez seré ancla.

Volví sobre mis pasos, mojados no solo en lágrimas, rodeada por mil nubes negras.

Entonces me paré en la plaza y le prometí a la estatua que me miraba que nunca más me vería deformada buscando a otros.

La estatua era de un músico, creo, así, bien desprolijo pero de mirada preciosa. Y ahí fue cuando el corazón se me licuó, se me escurrió por los suelos en mil canales y ya no tenía ni fregona, ni manos, ni alma pa *recogerlo. Y con un hueco por pecho, le dejé a la estatua una moneda entre las grietas de su piedra, pobrecica, las partituras suelen dar hambre y mucho miedo, aunque te llenen las soledades.*

Y volví a mirar al río, qué grande el que veía y qué grande el que me atravesaba. Qué manía esta de rescatar desde el fondo del olvido lo que yo misma meto a patadas. Qué manía de fingir que los claveles de plástico me parecen aceptables cuando yo sé a lo que huele un jazmín en la noche.

Y me acerqué al río y decidí abrazarme muy fuerte a tu recuerdo para ver si de una vez lo deshacía y te hacía polvo de tanto apretarte. Y sentí que el recuerdo era mi flotador y me tiré al agua.

Y ahí pasó el milagro, me transformé, me hice sirena.

Mis piernas se mutilaron y dejé de respirar como lo hacen los mortales. Dejé de respirar. Dejaste de respirar.

Me hice del todo azul.

Y bajo el agua veo cómo todo, todo, se vuelve estrellado y miro a ver si estamos escritos en los astros. Destinados a ser siempre pez y pájaro. Medios diferentes pero pegados. Incapaces de desayunar ni una mañana en la misma mesa ni de mirarnos una noche de frente.

Separados por el infinito. Unidos por el horizonte. Allá donde, por fin, se encuentran las líneas paralelas. Un día. O nunca.

MADONNA

Cierro el cuadernito, tapo la pluma, me he bebido sola una botella de vino. Me la suda que el del chelo me mire mal por empujarle, me ahogo en fado, quiero salir del sopor. Ya. Me piden que espere a que acabe la canción. La eterna canción que me sé de memoria, como mi propia vida, sobre la que giro como en una rotonda con la cruz de un accidentado.

Salgo de ese maldito bar de fado, todo me da vueltas, la nostalgia y el alcohol. En la puerta, un camarero portugués, guapo de más, como son los portugueses guapos, fuma y ríe con una de esas risas blancas y amplias de camiseta de rayas. Se toca el pelo, tiene las manos grandes y bonitas. Habla con una chica joven, francesa, pálida, sencilla.

Yo soy mayor, no tan bella, pero sé que, si lo miro, sobre él caerán todos mis años de mujer madura. Y para una noche en la que quieres pocas palabras y muchas caricias, no hay nada mejor que una mujer que se lo ha vivido todo. Entonces me saluda y me ofrece un cigarrillo. Podrías ser mi hijo. Pero claro, esas manazas en mis tetas pequeñas son gloria.

–¿Quieres fumar?

Claro que sí, claro. Seré para ti joven y pálida, y sencilla y del mismito centro de París. Seré todo lo que tú quieras que yo sea porque me muero de dolor.

Fumé. Chupé y besé hasta el amanecer. Después, cuando él no me miraba, vomité.

Como las madres de Wisconsin, yo necesitaba unos brazos en los que dejarme mecer, me habrían salvado. Estaba reventada. Salí a la calle y en Lisboa solo quedaba un cielo que amanecía azul marino, una bandada de gaviotas chillonas que me volaban por la cabeza, y el frío en la cara. Entonces me senté en una acera a ver a una pareja de jóvenes comerse las bocas sobre una escalinata blanca, bajo una gran estatua en la plaza de la catedral. Qué belleza más grande. Qué pereza más tremenda el puto amor. Entonces mis dedos cerraron el cuello del abrigo y de mi cuerpo salió un aroma a hombre, a semen, a cigarro, y a mí. A mí. Solo quiero volver a mí.

Volví a Madrid con el Año Nuevo. Cerraría esa época del año viejo. Cambiaría todo.

Vivía en un barrio residencial sin gracia, había comprado la casita de la vieja porque seguía siendo una romántica aunque no quisiera, y al ver el árbol del metro cuadrado del jardín me dio igual que la casa tuviera goteras. A mi alrededor, otras tantas mujeres solas, viudas, habitaban casas que habían sido lujosas y ahora se caían sobre los cimientos de tiempos mejores, igual que ellas. A la mierda, vendería mi ropa. Me quitaría la piel del pasado, me lo quitaría todo hasta resucitar. Dibujaría a la nueva borrando los recuerdos y quedándome con aquellos que me hacían bien. Y de paso, pasaría por las casas de esas ancianas y les preguntaría si tenían algo también que quitarse de encima, que yo les llevaría el dinerito para que pudieran comer, les ayudaría a vender su pasado antes de que fuera tarde. La cubertería que les regaló el banco, o la enciclopedia, o la vajilla de su boda. Pondríamos en el cartel: «*vintage*» y «almoneda», palabras que convertían, sofisticaban, y así lo viejo pillaría carrerilla.

A mi puerta llamaron algunas vecinas jóvenes que, como yo, se habían mudado al barrio de los viejos y se habían enterado de que iba a abrir mi casa y vender mi pasado.

–¿Nos podemos unir? –me preguntaron.

Pues claro, pues claro, qué sería de las chicas sin las chicas.

Vendería mi ropa, no estaría con ningún hombre hasta sanarme y, si me dejaba abrazar, lo haría sobre brazos ya cicatrizados, sabios en dolores y que no juzgaran. Me medicaría para dejar de fumar, y esta vez lo haría todo por mí.

Después, me compartiría entera con mi hijo y con la vida, que no se merecían otra cosa que lo mejor de mí.

Capítulo 20

Huir:

–Alejarse rápidamente de un lugar o situación para evitar el peligro, un problema o una confrontación.

–Evitar enfrentar sentimientos, decisiones, verdades incómodas.

–Escapar del compromiso o la responsabilidad.

–Protegerse del dolor, aunque a veces eso implique abandonar algo importante.

Diferencias entre huir y retirarse:

Huir es impulsivo y nace del miedo. Retirarse es consciente y nace del amor propio o de la necesidad de cuidar tu energía.

Yo no quería huir de mi agüela.

Al fin y al cabo, ella me había cuidado, me había devuelto la voz con sus sopas, sus mimos y su fonda. Pero sabía que, si no iba a buscar a mi padre y lo convencía de que vivir estaba medio bien, se moriría. Y también sabía que, si se lo contaba a mi agüela, nunca me dejaría ir.

Pero por qué tenía que contar algo. A mí nadie me había contado nada. Me trataban como a una idiota. Siempre hablaban de que mi padre necesitaba tiempo, de lo que yo no podía hacer: no podía verlo, ni llamarlo, ni escribirle, ni siquiera nombrarlo. Pero nadie me preguntaba si lo extrañaba, si me dolía, si me acordaba de cómo olía su camisa cuando me llevaba dormida, a mi cuarto.

Como soy una niña, todos pensáis que no entiendo. Pero lo entiendo todo. Todito.

Mi padre se perdió. Pero alguien tiene que buscarlo y ayudarlo a volver. ¿Y si nadie le recuerda que nadie me enterraba tan bien como él, dibujándome relieves preciosos sobre la arena?

Solo quiero abrazarlo. Que me vea. Que sepa que sigo aquí. Que entienda que esa nebulosa en la que está ahora, él solo dando vueltas, no es real. Yo sí soy real.

Estoy yendo de camino a mi padre. Agüela, espero que lo entiendas tú también, aunque yo tampoco te dé explicaciones a ti.

Dejé esa carta bajo la leña de la estufa por si llegaba el invierno y no habíamos vuelto. Huiría hacia mi padre sin más, aunque solo fuera porque Lapili ya estaba vestida de camuflaje y desde su cuarto salían por la ventana los Ramones a todo volumen, como si fueran la banda sonora más cinematográfica para una huida.

De las ventanas de Pilarito, que desde lo de los campos se había conectado a la música como quien esnifa pegamento, salía un aria de Maria Callas flotando como perfume. Hasta eso me pareció una señal divina.

Maria y los Ramones se habrían hecho bien la una a los otros. Ahora se mezclaban y a mí me parecían una delicia juntos. Recorrí la fonda donde llevaba dos meses viviendo. Todas las personas que se alojaban ahí con sus historias de carretera, todos los fantasmas de mi familia, todo. La fonda se había vuelto para mí una catedral fresca y delicada. Una incubadora. El lugar donde, por fin, había vuelto a respirar.

Me senté en una silla de paja, de esas que mi agüela había vuelto a pintar con gotas gruesas que parecían verrugas de color. Tenía rayones de diferentes colores que desvelaban las modas de los veranos pasados.

Frente a mí, una niña de unos seis años lloraba desconsolada, acalorada, sin aire. Su muñeca había perdido la cabeza. La niña intentaba encajársela en el cuello a la fuerza, pero no lo conseguía. Entonces llegó su padre. Era un hombre delgadillo, que iba por los pueblos vendiendo medicamentos a los médicos. Ese día, como era verano, se había traído a su familia para que se bañaran en las pozas. Llevaba el traje planchado, la colonia Varón Dandy recién puesta, el maletín en la mano y ya salía disparado con unos zapatos que dejaban claro que no era médico aunque llevara medicamentos. Pero al

ver a su hija deshecha en llanto, se sentó con ella en el suelo, sin preocuparse por su ropa, ni por las arrugas o el polvo. Apoyó el maletín a un lado y la abrazó despacio, como si todo el tiempo del mundo fuera para eso y ese instante justificara toda su vida.

–¿Qué te pasa, mi vida?

–Papá, Lupi ha perdido la cabeza... se ha roto... y yo no sé...

Ese padre, que bien podría haber arreglado la muñeca en un segundo, no lo hizo. Aprovechó el momento, el calor suave de la mañana, los pájaros cantando. Y simplemente la sostuvo, la calmó, la escuchó. Le habló de la vida con la muñeca rota entre los brazos, mientras la sanaba y la usaba de ejemplo.

Le habló de las soluciones que siempre encontraría. De cómo mirar para poder ver. Del color de las gafas que uno se ponía y de la actitud. Sobre todo, de lo importante de la actitud.

Yo tenía que hacer lo mismo, pero a la inversa.

Aún no había escrito la carta. Aún no sabía qué haría, ni cómo, ni si sabría colocarle la cabeza a mi padre igual que a Lupi, mientras le hablaba de las cosas que importaban.

No era tan fácil cambiar los roles, no con once años.

–Eh, Murdock, ¿estás preparada?

–¿Murdock?

–De *El equipo A*, pringada.

Yo a esta tía no le podía decir que no sabía montar en bici sin ruedines porque no me había dado tiempo a aprender. Ni que no tenía carta, ni cuento chino que contarle a nadie.

Nada. Vacío total. No le podía decir nada.

–Ayer fui a la estación a por los billetes para Pamplona. En la taquilla hay una tía con gafas que parecen culos de botellas, una perdedora, que me suelta que las niñas no pueden viajar solas y bla, bla, bla y no me quiso vender nada... –La oía de lejos, como acolchada desde el baño de terciopelo de una fiesta en un ático en Roma–. Pero claro, yo ya he hablado con uno de los del campo y va a comprar los billetes para nosotras. Esta tarde vamos.

»A la agüela le he dicho que bajamos al pueblo a ver una de cine de verano. Que nos prepare bocata de lomo con pimientos. Y ya tengo las mochilas listas. Las mochilas de huida.

Lapili y sus mundos de Yupi.

Cerró la mochila con un cordón de tendero y se la colgó como si fuera un paracaídas. Había metido dentro los planos de Pamplona hechos con rotulador, un frasquito de Nocilla, frutas lavadas, una estampa de la Virgen del Pilar con unos ángeles gordos abrazados, su pareo multiusos, y una linterna con pilas de las gordas. Yo llevaba mi diario, la carta sin terminar para mi padre en la que solo se leía: «Querido papá», dos bragas limpias y el *walkman* con la cinta grabada donde Pilarito cantaba junto a Nick Cave, por si la necesitaba para ponérsela a mi padre desde el seto de debajo de su ventana y solo llorar. Lo justo para sobrevivir o morir con algo de estilo.

–La agüela dice que si vamos al cine de verano nos pongamos la chaqueta del chándal y llevemos repelente de mosquitos –dijo Lapili mientras me lanzaba una chaquetilla naranja a juego con el pantalón.

Nos pusimos las dos el mismo chándal de fibra brillante que la agüela había conseguido en el mercadillo, por dos duros, para la vuelta al cole, como de *Kill Bill*. Era la primera vez que íbamos tan vestidas, tan iguales, y por eso mismo parecía sospechoso que fuéramos al cine a tirarnos por los suelos.

Además, si nos rozábamos, nos dábamos garrampas de electricidad la una a la otra. No quería ni pensar qué pasaría si alguien tiraba una brasa cerca. Arderíamos como dos bengalas en carnaval, pero a lo bonzo.

–Y tú no pongas cara de que vamos a atracar un banco –me soltó, apretándose la cintura con la gometa del pantalón hasta que se le hicieron tres lorzas–. Que se te nota. Pareces de ETA.

Me asomé a la cocina, la agüela envolvía los bocatas y los metía en una bolsa de plástico verde.

–No os entretengáis mucho al salir del cine, que luego todo se llena de borrachos.

Me hablaba y me acariciaba el flequillo, que ya me tapaba los ojos y que ella me retiraba con amor y una horquilla cada vez que me veía. Yo solo

tenía ganas de llorar y llorar por no decirle la verdad a gritos, confesar sin tortura y tirar todo el plan a un vertedero, así que se me escapaban los gestos de más y le cogía la mano y le chafaba las venas del dorso como si fueran un tubo de pasta de dientes.

Pilarito nos lanzó una sonrisa soñadora desde su cuarto cuando nos vio pasar por el pasillo, mientras leía *Ana Karenina*.

Nos despedimos con dos besos, un par de frases ensayadas y la promesa de volver antes de que terminaran las letras del final. Pero salimos por la puerta como quien cruza una frontera: Lapili con sus gafas de sol prestadas y yo, con el corazón bombeando como si llevara dentro el reloj de una bomba.

En el patio, las bicis esperaban apoyadas contra la tapia. La mía aún con esos cuernos de vaquilla que le había puesto K. y más reluciente que nunca.

–¿Lista, escritora? –dijo Lapili, ajustándose los cordones de las zapatillas.

–No. Pero vámonos antes de que alguien se dé cuenta.

No tengo la carta y no sé montar en bicicleta.

Me monté, había ensayado tres días para no caerme y ya no me hacía sangre en la espinilla con el pedal. ¿Qué palabra despertaría a mi padre? Ninguna. El sol caía a plomo y me ardía el cuello por detrás, y el sillín entre las piernas aún más. Todo ardía en todas partes. Papá, soy yo. Escúchame bien. Sal de donde estés. Mírame. No puedo arrancar, me voy a partir los dientes contra el suelo y escucho un pitido agudo. Lapili ya tenía la Converse en el pedal como si nada. Ella, a diferencia de mí, siempre sabía qué decir. Papá, vas a tener que poder. Nunca había conseguido dar más de tres pedaladas sin sentir ese miedo horrible y bajar el pie al suelo. Yo sé que tú tienes miedo pero puedes todo lo que te propongas. Es una cuestión de confianza y despertarás. Lo sé. Yo creo que tú podrías hasta volar. Me gritó algo mi prima desde lejos, era una burrada, pero ahora me daba igual. Coloqué el pie en el pedal, me puse de puntillas. Yo creo que tú podrías haber hecho la Gran Muralla China, papá. De verdad. ¿Cómo no vas a poder volver del sueño? Papá, no sé... no sé qué decirte para que puedas seguir pedaleando.

Ojalá solo puedas sentirme.

Yo no tengo miedo.

No lo tengas tú.

Vivir es como montar en bici, no se te puede olvidar.

Vamos. Pedalea, papá. Yo también lo hago.

Y salí.

Primero, tambaleándome, como una oveja sobre hielo. Luego sentí el viento en los mofletes y picor en los ojos. Me ardían los muslos. Me empujaba el sol. No me empujaba mi padre, pero en mi imaginación, me sujetaba el sillín por detrás y me acababa de soltar para que fuera sola.

Las ruedas giraban y yo también giraba. Giraba mi cuerpo, giraba mi miedo, giraba la historia.

Pedaleé por el campo abierto, por la tierra seca que se rompía, por encima de los cardos que hacían sombra a las piedras, por los regueros secos que fueron agua, por las carreteras en las que habían vivido mis antepasadas y que me hacían volar como Elliott en *ET*.

Lapili se puso a mi lado, con un ataque de risa que hacía que soltara el manillar y se echara para atrás, con esas palas separadas, como si la estuvieran agitando en una coctelera. Se reía tanto que parecía que iba a mearse encima.

–¡Estás pedaleando, adoptada! ¡Y no te has matado!

Iba tan embalada que le botaban las tetas, y llevaba los pelos como si acabara de salir de una centrifugadora. Pero ella, ella siempre era feliz, sobre todo si los otros ganaban. Era como si le hubieran dado una copa por ver cómo yo me mantenía en pie. Porque eso tenía ella: los triunfos de los otros le daban la vida, las alegrías ajenas se le metían en el cuerpo como si fueran propias. Como buena nieta de brujas, ella sabía que yo no sabía montar en bici y que lo que había aprendido era a saltar en dirección al miedo, saliendo victoriosa.

–Te he visto desde la ventana, ¿eh? –dijo–. Cayéndote como una imbécil. Como un saco. Pero mira, al final, no eres tan torpe.

Se puso de pie sobre los pedales y se adelantó un poco, echando la cabeza para atrás y haciéndose la experta. Le sudaban las axilas y empezaba

a oler a cabra el aire, lo había visto todo en *Verano azul*.

–¡Vamos, Murdock! –gritó–. ¡No me jodas el ritmo!

Y siguió pedaleando, como si la persiguiera la policía.

El camino se empinaba y Lapili tiraba con las Converse negras llenas de polvo. Yo iba detrás, apretando los dientes y sujetando el manillar de cuernos con las manos, que ya me dolían. La bici crujía y yo también. No podía más.

Cuando llegamos a la primera curva del pueblo, Lapili frenó de golpe y yo casi me la trago con bici y todo. Se había quitado la camiseta y la estaba usando de pañuelo para limpiarse el sudor.

–De aquí al cine, diez minutos. De ahí a la estación, cinco. Tenemos tiempo de sobra.

Era media tarde y la calle olía a café y lejía. Un gato negro nos cruzó por delante y tuve la certeza de que la habíamos cagado. La iglesia daba campanadas como si nos avisara. Las seis. Yo pensaba en la fonda, en la agüela, que seguro que estaba fregando, y en Pilarito, que roncaría bajo la higuera. Quise estar cerca de ellas, tirada en una hamaca, leyendo un *TBO* mientras las escuchaba respirar.

Lapili se metió por una callejuela y ahí estaba K., plantado como si llevara siglos esperándonos, aunque habíamos quedado solo para guardar las bicis. Era raro todo. Habíamos traído una cadena y un candado, teníamos el plan perfecto, así que no sé qué carajo hacía ahí ese chico, más que ponerme nerviosa, joder. Mi prima, en algún lugar remoto y escondido, era romántica y había creído que era bueno que me despidiera de ese primer amor antes de ir a la cárcel.

K. ató la bici que había sido de mi agüelo a una farola medio torcida. Ahora se llamaba Salvaje y era un monstruo con sillín de toallas pegadas con esparadrapo. Cuando vio que Lapili ya había salido disparada por la otra punta, justo detrás del ambulatorio, se me acercó. No estaba yo para tonterías románticas. Solo pensar en besar a alguien con la boca tan seca como la cuneta del campo me daba arcadas. Pero entonces él abrió la mano, como en una peli cutre, y me dio un regalo.

Era una piedra del río. Le había pintado unos ojos con boli azul, pestañas largas y una sonrisa torcida. Una mezcla entre mascota, santo y broma de parvulario. Era un detallazo, pero también daban ganas de descojonarse en su cara.

–*Pa* que te acompañe en el viaje –dijo–. Por si te entra el cague o se te olvida quién eres.

No supe por qué una piedra con pestañas debía hacerme de espejo.

Y se quedó ahí, esperando no sé qué. Yo me metí la piedra en el bolsillo sin decir nada, como si fuera lo más normal del mundo.

Nos miramos. Yo no dije nada. Él tampoco.

Lapili silbó desde la esquina. El autobús estaba cerca. K. se rascó el cogote y dio dos pasos hacia atrás, como si no supiera si quedarse o desaparecer.

Yo ya tenía la piedra, la mochila, el sudor hasta las cejas y el corazón a mil.

–Que vaya bien, escritora.

«Escritora», qué puta pena y vergüenza, que alguien me llamara así. Escritora era Virginia, yo hacía garabatos. Ni idea de si me salieron palabras o solo un gesto con la cabeza. La verdad, lo habría estrujado contra mi cuerpo e introducido entero dentro de mí.

Entonces Lapili volvió a silbar, como un *cowboy* cuando ve venir la diligencia. El autobús ya se oía.

K. retrocedió dos pasos, pero se quedó ahí parado. Me miraba fijamente como un espantapájaros con camiseta de Nirvana y me decía que tenía mucha prisa, pero no avanzaba ni un milímetro.

–¿Vamos o qué? –gritó Lapili.

Entonces me acerqué al niño estatua, y le besé con toda la dulzura que conocía, y me despedí con un «Jau», y él lo entendió todo, como yo entendía los «Eys».

Y nos fuimos.

–¿Tú crees que se va a notar? –le pregunté.

–¿El qué?

–Que nos vamos.

Lapili me miró con esos ojos suyos de no tener duda de nada.
–No se va a notar porque no nos vamos. Nos escapamos.
Y sonrió como una hiena. La estación estaba a dos calles. Faltaba poco.

Capítulo 21

Subimos al bus sin mirar atrás.

Lapili se coló la primera, saludando al conductor como si fuera su tío. Yo iba con la piedra en el bolsillo, las piernas temblando y la mochila agarrada como si fuera un paracaídas y estuviéramos a punto de saltar. Me senté junto a la ventanilla, y por un momento, al ver cómo se alejaba el pueblo, pensé que sí, que lo habíamos conseguido.

Lapili sacó el bocata de lomo con pimientos que la agüela nos había envuelto en papel de estraza, lo partió con las manos y me pasó la mitad. Aún no habíamos pasado ni la gasolinera de la salida del pueblo.

–Somos las putas Thelma y Louise, ¿vale?

Yo asentí, sin saber quiénes eran esas.

El bus avanzaba por la carretera, que se deshacía con el calor. Todo olía a sudor, a asiento viejo y a tabaco. De fondo, una mujer hablaba de unas natillas que no habían cuajado y de que los huevos llevaban agua por el pienso tóxico. Yo miraba por la ventanilla y pensaba en lo que le iba a decir a mi padre, si cuando lo viera aún estaba vivo.

Pero entonces, sin previo aviso, el bus frenó.

Un frenazo seco, de los que hacen abrir los ojos a los dormidos en un cabezazo.

Lapili me miró con cara de susto. El conductor se levantó.

Se abrieron las puertas acordeón con su respiro de mamut y todos los que viajaban se levantaron. Yo me hice más pequeña en la silla y aun así no hubiera podido ver nada porque el señor de delante llevaba una higuera hasta Navarra.

–Señoras, señores, hay una señora mayor cruzada en la carretera. Dice que busca a sus dos nietas. No se va a apartar bajo ningún concepto.

Nos asomamos. Y ahí estaba. Mi agüela.

Plantada en medio del asfalto con su delantal de rayas y el casco aún puesto, la piel al rojo vivo y los brazos cruzados sobre las tetas que eran rocas. A su lado, Pilarito, más pequeña y encorvada, con gafas de piloto del Principito, casco y sujetando la moto.

Lapili se encogió en el asiento.

–Estamos jodidas –dijo.

Yo no dije nada. Solo me quedé quieta, con el bocata en la mano, viendo cómo mi agüela desafiaba al autobús entero con su cuerpo. Y entonces me di cuenta de que sí, de que estábamos jodidas.

El conductor subió al bus sin más, como si ya hubiera visto de todo en la vida pero esto fuera la gota.

–Desfilando, chatas.

Lapili me agarró del brazo.

–Si me mata, que al menos te dé tiempo a correr.

Bajamos del autobús con la cabeza gacha y las mochilas de garrafa colgando como piedras. Y ahí estaba la agüela.

Plantada, con los ojos llenos de fuego y agua. Todo a la vez. Antes de decir nada, alzó el brazo como si fuera Hitler.

–¿SE PUEDE SABER EN QUÉ ESTABAIS PENSANDO? ¿Pamplona?

Y, sin previo aviso, le arreó un guantazo a Lapili en toda la cara que la dejó clavada en el sitio. Luego vino hacia mí y me dio con la mano plana en la nuca, como quien mata a un insecto, sabiendo que, si me daba el tortazo de Lapili, me desencuadernaba.

–Pamplona, ¿eh? ¿Y si os atropellan? ¿Y si os secuestran? ¿Y si os morís? ¿Y si os violan? Prefiero que os maten...

Nos agarró del cuello a las dos y nos metió en su abrazo, que olía a miedo. Y lloró. Lloró como no la habíamos visto nunca. Ni siquiera cuando murió mi agüelo, ni cuando le dijeron que le cortaban la luz si no pagaba el recibo. Ni cuando se murió la madre de Lapili, o su perra Luna. Lloraba con

los dientes apretados y los ojos cerrados. Nos pegaba. Nos abrazaba. Y lloraba.

Pilarito, a su lado, sacó un pañuelo del escote y se lo pasó sin mirar.

–Estáis vivas, mis chicas –murmuró la agüela, con la voz ronca–. Y eso es lo único que importa. Vamos a casa, vamos a casa, no os iréis de mí, habéis vuelto, vamos a casa.

Y entonces lo vi claro en cómo nos miraba las manos entre lágrimas, una mano más chata y morena, la otra, amplia y pecosa. Ella ya había tenido esas manos entre las suyas cuando era joven y las había dejado por las sendas del destino. A una se la habían mutilado y ya no latía, y a la otra, la tenía agonizando y con los padrastros mordidos. Las manos de sus nietas eran las manos de sus hijas y ella solo quería que todas volvieran a casa, como si el techado de la fonda fuera una cúpula protectora que podía salvarnos de lo escrito para cada una.

Lapili intentó decir algo, pero tenía la voz atragantada y un cachete aún caliente que le había cerrado el pico por unos minutos. Yo solo me pegué más al pecho de mi agüela, y aunque nos había regañado y asustado, en ese momento ese abrazo me dio la vida.

Volvimos en el coche del Alemán, que había seguido a la moto de las viejas. Ahora, él llevaba la moto y todas las chicas íbamos en el coche, en silencio.

Lapili se puso las gafas de sol de la agüela y no las soltó, se echó en el asiento de atrás y tuvo el estómago de acabarse el bocata de lomo. Iba dignísima, como si nos hubieran deportado de un país extranjero como presas políticas.

Yo iba en el medio, con la agüela a un lado y Pilarito al otro. Pilarito nos miraba como si fuéramos polluelos recién salidos del cascarón y ella tuviera que criarnos. A cada curva, me echaba el brazo por encima como si pensara que me iba a desintegrar o iba a tirarme del coche en marcha.

La agüela no hablaba. Solo conducía, agarrando el volante con furia de tío loco. El coche olía a mujeres excitadas y a gasolina.

Cuando llegamos a la fonda, no nos dijo nada. Solo nos señaló la puerta como un portero de discoteca. Entramos arrastrando las mochilas como

perras apaleadas. Ni huida, ni padre, ni pío.

Pilarito nos trajo una tila con anís y un trozo de bizcocho seco. Nos lo comimos en la cocina, sentadas en las sillas de esparto, mientras la radio escupía coplas, como si nada hubiera pasado.

Y cuando me fui a acostar, esta vez en el cuarto del cuadro de los galgos, porque estaba castigada sin libros ni cartas ni delirios que me hicieran creer que era Don Quijote y la otra Sancho Panza, la agüela entró en mi cuarto, se sentó en el filo de la cama, y sin decir una palabra, me acomodó el pelo detrás de la oreja. Me dio un beso largo en la frente, y susurró bajito, para que no se le oyera:

–Mañana a las seis te vas a levantar tú conmigo.

Se quedó ahí un ratito más, como asegurándose de que seguía respirando. Y luego se fue, cerrando la puerta.

Yo me tapé hasta la nariz. Lapili roncaba en el cuarto de al lado como una cosechadora vieja. La fonda estaba en silencio como casi nunca.

Yo, viva.

Él, nadie lo sabía.

Me despertó a las seis en punto de la mañana. No con un grito ni con un meneo violento, como hacía Lapili cuando quería desayunar antes que yo. La agüela me despertó con una taza caliente y un pan frito.

–Arriba. Hoy vas al monte.

Si la tostada no me hubiera quemado habría creído que seguía soñando. Me senté como una zombi. Estaba sudada de la noche y con las piernas aún llenas de la bici. La agüela ya estaba vestida, como siempre, pero con un pañuelo en la cabeza. Estaba guapísima. Era guapísima cuando las cosas exigían raza.

–¿Qué monte? –pregunté.

–El que te va a aclarar las ideas.

Me puso sobre la cama unas botas que parecían sacadas de un museo de las caminatas. Eran marrones, de piel gruesa, con los cordones deshilachados y barro seco todavía en la suela. Las miré como si fueran un fósil. Entonces la agüela me dijo:

–Eran de tu madre. Las llevaba cuando conoció a tu padre.

Tragué saliva. Cuántos nexos, conexiones, gentes. Qué verano.

Al ver las botas de mi madre me cagué de miedo. Sería que también había muerto y esta era la forma simbólica y extraña de mi agüela para contármelo. Me las puse con algo de respeto, como si me metiera en los pies de un fantasma bueno. Me ardían los ojos del sueño y de todo lo que no había llorado todavía.

–¿Y Lapili? –pregunté.

–Durmiendo como una mula. Que se quede soñando con revoluciones. Tú y yo vamos a caminar hoy la una con la otra.

Me echó por encima una chaqueta que olía a alcanfor, y salimos sin hacer ruido. Afuera, el aire estaba fresco, aún sin sol, y la fonda parecía dormida, casi un decorado o un castillo de Lego.

–¿Y adónde vamos? –volví a preguntar, por si esta vez me lo decía.

–A ver si desde lo alto ves más claro, mi vida.

Y entonces me callé. Caminamos en silencio, ella con sus pasos firmes y yo, haciendo lo que podía. Las botas me quedaban grandes, pero eran de mi madre, a algún sitio me llevarían.

Ella iba delante, recogiendo flores. Cogía tomillo, salvia, romero, una flor amarilla que no conocía, e iba haciendo una corona, trenzando colores sobre una base de hiedra de la que escalaba la fachada, y que ya traía ella desde casa.

Nunca echó la vista atrás. Ese viaje era suyo y yo la seguía. El sol fue saliendo a trozos, primero por detrás de unas encinas, luego por encima del barranco. El aire olía a tierra húmeda y a monte. No hablábamos. Solo escuchábamos. Las chicharras no decían ni pío.

Después de un buen rato, llegamos a una cima. No era una montaña de Suiza con nieve pero desde ahí se veía todo lo que se podía ver. Todo.

A un lado, los campos que ya conocía, los bancales de olivos, las casas con sus tejados de chapa, el río como una serpiente quieta y plata. Al otro, el horizonte partido por la luz. Trescientos sesenta grados de cosas que habían sido mi universo en aquel verano que ya acababa.

La agüela se sentó en una piedra grande y colocó las flores a su lado. Me hizo un gesto para que me sentara también, y yo me quité la chaqueta

porque me ardía el cuerpo, no sé si del sol o de las ganas de llorar. Por haberla defraudado, por sentir que todo estaba tan roto que era imposible pegarlo.

Entonces ella habló, mirando al frente:

–Cuando tu madre se quedaba sin aire, yo la traía aquí. Y cuando tu padre venía de novio de tu madre y no sabía si irse o quedarse, él subía solo. Siempre volvía más callado, pero con la cara distinta. Tu padre traía dolores de otros y aquí los iba olvidando, mirando el mundo como a sus maquetas de niño grande.

Yo no dije nada, porque la voz se me había metido en la tripa otra vez, como los meses anteriores.

–Nunca les enseñé el secreto de este monte, ese solo te lo voy a enseñar a ti.

La agüela me miró de reojo y sonrió. Esa sonrisa de quien ya ha vivido tanto que no necesita decir mucho.

Se agachó despacio, con ese cuerpo tan fuerte que ahora de golpe era frágil como el de una niña, y empezó a despejar unas hierbas secas con las manos. Yo no entendía nada. Me acerqué, y vi dos piedras pequeñas, redondeadas, traídas desde el río, casi ocultas entre la tierra y el monte.

–Aquí están mis hijos –dijo, sin mirarme–. Los enterró tu agüelo, justo el día que nacieron y murieron. Era invierno. Muy frío.

Yo me quedé callada.

–He subido a este monte todos los viernes desde ese día. Y les traigo flores. Y en la subida me imagino quiénes serían ellos. Y quién sería yo, si vivieran.

Entonces me miró, y era la primera vez que le veía los ojos con calma de agua.

–Las personas que amamos a veces se van, hija. Y no podemos hacer otra cosa que seguir con la vida. Caer de rodillas y dejarlos ir, ser humildes con sus caminos.

Me senté a su lado, en el suelo, donde se notaba aún el fresco de la mañana. Ella colocó el ramito de tomillo y salvia con tanto cuidado que

pude imaginar para quién era cada ramo. No era una abuela ahora, era una madre.

No dijo nada más. Y yo tampoco.

Solo me quedé ahí, con ella, y con ellos.

Entonces la abracé muy fuerte, así, con todo. Olía a ropa tendida al sol. Siempre me había abrazado ella a mí. Y nunca, nunca había pensado al verla tan de piedra, tan de raíz, si ella también necesitaba un abrazo.

La abracé como si fuera mi madre y a la vez Lapili y la fonda y todo el verano. Como si pudiera darle con mis brazos todo lo que la vida le había quitado. Ella no dijo nada. Me pasó la mano por el pelo, despacio, en silencio.

Nos mecimos así, de pie, en la cima del monte. Las dos, al borde del mundo.

Ella era mi hogar. Y también un día se iría. Como mi padre. Como mi madre. Como esa vida que se quedaría para siempre en mis células.

Bajamos del monte sin hablar. Yo iba detrás, pisando donde ella pisaba. La agüela seguía recogiendo cosas por el camino, arrancaba unas ramas, se detenía a tocar un tronco, agarraba una piedra redonda del borde del camino y la recolocaba en las escaleras de palos y piedras que probablemente había hecho ella durante todos esos viernes que hacían años.

Treinta años. Mil quinientos sesenta viernes.

Yo pensaba en sus hijos, en los que nunca llegaron a ser, en cómo ella seguía hablándoles por dentro mientras yo la seguía con las botas de mi madre. Pensaba en ella, con veinte años, las piernas aún sangrando, sin haber oído nunca el llanto de sus bebés. Pensaba en mi agüelo, y en cómo debió de subir ese monte abrazando a sus dos hijos muertos, con las piedras del río a la espalda.

Me picaban los tobillos, me escocía el sol en la cabeza, pero no me quejé. Ese viaje era suyo, y yo iba detrás.

Al llegar abajo, el valle parecía más tranquilo que nunca. Los grillos, las chicharras, el sonido de las hojas moviéndose con el viento suave del mediodía ya habían despertado.

La agüela no dijo nada, solo me hizo un gesto con la barbilla para que la siguiera por un senderito oculto entre zarzas y helechos. Me apartaba las ramas con una seguridad de habitante de la selva, como si hubiera nacido entre esas hojas. Me llevó por el río, saltando piedras, con el agua rozándonos los tobillos, y entonces la vi, una fuente secreta, pequeña, perfecta, escondida entre rocas cubiertas de culantrillo.

El agua salía fina, transparente y helada. Mi agüela se agachó, bebió con las manos y me miró con los ojos húmedos.

–Aquí venía yo a llorar cuando nadie me miraba.

A mí me parecía imposible que esa mujer de fuego hubiera llorado nunca pero me estaba enseñando su llorería.

–Dale, hija, llora –me dijo mi agüela, sin mirarme, con la voz baja pero firme, como si hablara con el monte o con los muertos–. En algún momento vas a tener que sacarlo o va a ahogarte por dentro.

Entonces me temblaron las pestañas. Era como si me hubieran abierto una compuerta muy despacio. No lloré con ruido, no hice escándalo. Solo me cayeron las lágrimas, una tras otra, como si fueran parte del agua de esa fuente secreta. Y mi agüela, sin decir más, me echó un brazo por los hombros y se quedó ahí, conmigo, sin consolarme pero estando, dejando que llorara lo que nadie me había dejado llorar... Ni por mi padre, ni por mí, ni por todo eso que se rompe dentro cuando una es niña y el mundo se te desarma delante.

Dejé que el río saliera. Sin palabras. Sin vergüenza. Mientras tanto, ella me sostenía. Como solo saben hacerlo las mujeres que han perdido y seguido *palante*.

Capítulo 22

A todas las gatas de monte las pilla un coche, aunque te cuenten que salieron de paseo.

–¿Cómo puede llorar tanto esa cría, agüela?

Claro que era ella. Ella, sin duda.

Y ahí estaba, con mi pato. Ese del que yo ya me había olvidado, que de pequeño parecía un cactus con patas y ahora tenía plumas verdes, azules, brillantes como si fuera una joya tropical.

Lo llevaba en brazos con una naturalidad de madre, como si nunca lo hubiera soltado, como si no fuera mío. Ahora era su pato pues lo había cuidado. A su lado estaba Pilarito.

Sonreía tanto que parecía otra, como si nos la hubieran cambiado por una versión de catálogo de comuna de Osho.

Ambas llevaban una especie de túnica de felpa, blanca y gruesa, que les daba aspecto de pertenecer a una secta del Pryca.

Yo no podía con tanto merengue, no podía con tanto subtexto.

Demasiado blando todo. Demasiado algodón. Demasiado buen rollo para un momento tan crudo.

Necesitaba grietas, ironía y dolor, así mataba el vómito como si me tragara un Almax.

Traían una cesta grande llena de cosas. No era un roscón o unas mandarinas, no. Eran unas hamacas. Grandes. De esas que se cuelgan de un árbol a otro, de safari por el Amazonas. Y después, velas. Y movidas de santas, figuras o reliquias o lo que fuera.

Montaron todo como lo más normal del mundo. Y nos echamos la siesta. Todas. Como muertas. Y yo, yo no recuerdo haber dormido así

nunca. Creo que nunca más volví a dormir con un río corriendo bajo la espalda. Nunca.

Lo último que escuché fue algo de «la siesta del carnero» a media mañana.

Y mientras me vencía el sueño, vi al pato que ahora era de mi prima, no mío, haciendo señales de infinito en el agua. Feliz y tranquilo. Elegante y místico. Y luego, lentamente, metió la cabeza bajo la superficie y se comió algo verdoso. Todo era onírico, claro y crudamente despiadado.

Soñé con mi hermano E.

A estas alturas, igual que el pato, ya debía de tener plumones de gala y dientes nuevos. Lo vi nítido. Era tan guapo como un gitano guapo. Me daba la mano justo antes de cruzar una carretera porque yo estaba congelada y no me atrevía. Yo me frenaba, como en seco, y le decía:

–No puedo. Me va a comer un tiburón.

Él no se reía. Me lo explicaba con toda la calma del mundo, como si fuera una verdad científica:

–Por eso durante años solo pisaba las rayas blancas del paso de cebra. Para que ningún siluro me atacara.

Y entonces me daba cuenta: la carretera tenía rayas blancas y él ya pisaba también las partes negras, el asfalto sin pintura. Ya no le importaba. Me alegró mucho verlo libre.

–¡Ya no tienes TOC!

Y él asentía, había entendido algo enorme por fin.

–Lo comprobé –me dijo–. Es muy difícil que te coma un tiburón en España. Y más en las piscinas de Aragón. Porque si eso pasara, saldrías en el telediario. Y nosotros no somos de salir en la tele. Me curé por desbordamiento, tocando y pisando todo hasta comprobar que no estaba muerto.

Después se alejaba un poco. Yo me angustiaba. Lo buscaba:

–Pero ¿dónde estás?

Y entonces venía hasta mí. Pegaba su nariz a la mía. Tanto, que casi no podía verle la cara de tan cerca y notaba sus pestañas cuando cerraba los ojos. Y me susurraba:

–Aquí mismo, chica. He estado aquí mismo todo el rato.

–Oye, tato –le dije, medio riéndome y con unas manoplas gigantes de Béisbol que me habían brotado de las manos–, ya que en este sueño pareces Krishnamurti, ¿por qué y para qué este verano tan raro?

Y él, mientras se comía un helado, con esa cara de haber entendido el universo, me contestó sin dudar:

–Jajajaja, ¡qué mema eres! Para la vida.

»Para lo que importa.

»Para eso ha sido este verano.

Y se quedó tan pancho.

–Yo voy a seguir jugando toda mi vida –añadió, como si me estuviera contando un plan secreto–. Incluso cuando sea padre.

»Sobre todo si lo soy.

»Porque mi hijo va a saber muchísimo de juegos únicos. De tiburones del asfalto.

»Y de amigos espaciales.

Entonces lo vi en sus ojos.

Vi al hombre que iba a ser. Y me gustó. Me gustó mucho.

Porque era un hombre bueno.

De golpe, llevaba bata y era médico de guardia, me miró las anginas con el palo del helado que se acababa de zampar.

–Y quizá tú, un día, puedas sacar *pa* fuera esa bola. Yo qué sé. Quizá puedas mirar de frente y contar tu historia.

–¿Estuviste en adopción?

–Qué va, mema. Estuve cuidando a mamá.

–¿Y qué hacía mamá por las noches? –le pregunté, bajito, como si el sueño pudiera romperse si hablaba más fuerte.

Él se quedó callado un segundo. Bajó la mirada y volvió a ser niño y no doctor.

–Dormía un poco. Y a veces lloraba. Pero sin ruido. Como hacen las madres. *Padentro*. Y ya.

–¿Y tú? –le pregunté.

–Yo la abrazaba. Aunque ella pensara que era al revés, porque me tocaba la oreja hasta caer dormida.

Entonces se acercó. Pegó su nariz a la mía otra vez, como al principio del sueño, tan cerca que no podía enfocar.

–Aquí mismo, chica –susurró–. He estado todo el rato y desde siempre a tu lado.

Y antes de que pudiera decir nada más, se alejó caminando hacia el río, se puso unas aletas y un tubo y se lanzó a la zona honda, que habitaría ya para siempre.

El pato nadaba en círculos lentos. El cielo era naranja, pero sin calor. Las hamacas seguían colgadas entre los árboles, esta vez vacías.

Me quedé de pie, sola, con la sensación exacta de haber entendido algo.

Algo que no tenía forma. Ni nombre. Pero era en toda mi yo.

El libro de *Ana Karenina*, el de Pilarito, estaba al lado de mi hamaca, en la ribera del río. Junto a él, sus preciosas babuchas sencillas, de piel suave color cámel.

Estaba despierta. Eso era tan cierto como el sueño de antes. Y ahí, en el agua, estaban ellas dos.

Lapili, con las tetas al aire –y digo las tetas porque ya tenía dos, por fin, después de dos veranos–, sostenía a Pilarito por los pies, que estaba desnuda, con los ojos cerrados y una sonrisa boba, flotando en el agua. Lapili la balanceaba, la empujaba con movimientos suaves pero impredecibles, como si intentara confundirla, acunarla y desorientarla hacia un lugar lejano de útero.

–Cierra los ojos.

Y Pilarito reía como nunca, hasta que le entraba agua en la boca y la tiraba a lo ballena, y seguía con su risa de feto feliz.

Estaba atardeciendo y mi abuela había traído troncos. En una calva de la chopera había montado una pila enorme, como una pira faraónica, una montaña de madera esperando arder. Y ahí estaba, a cuatro patas, con todo al aire, soplando chispa tras chispa, intentando que prendiera el fuego.

El humo empezaba a bailar lento, mezclándose con el aire fresco de la tarde. Se enroscaba en espirales, envolviéndonos, como si el bosque

respirara con nosotras.

Entonces llegó la noche, y las estrellas, y otra vez la sensación de que me dormía, o despertaba, y ya no sabía qué era real, porque también me comí un bocata de beicon entre medio y un negrito bombón que saqué de una neverita de corcho. Lapili me sopló la nariz desde fuera, metiéndome los mocos *padentro* con no sé qué rollo de broma de mala que era, y la agüela me dio torrija, y vino, y melocotón.

Y cantamos canciones inventadas, en las que Pilarito era solista. Yo me balanceaba en la hamaca, y mi tía –con su chepa, tan suya– me dijo:

–Si alguna vez un marido, o un hijo, o un perro viene a llenar tu vacío –ese que se te ha quedado clavadito para toda la vida–, métele una patada en la boca y dile que no te quite las ganas de entender para seguir llenándolo, porque es tuyo y es sagrado.

La hamaca se balanceó. Las estrellas se hicieron rayas. Y por fin, en todo el verano, una estrella fugaz cruzó el cielo. Con mis últimos destellos de vigilia vi a Pilarito subir hacia el monte, y a mi agüela dejarla ir, entre risas y pena, todo ahogado, ambas mirándose a los ojos hasta que una no se giró nunca más.

Me dormí muy caliente bajo el cierzo de mi tierra, en esa noche que era de selva, y que se quedaría en mis pelos para siempre.

Capítulo 23

Ese abrazo era distinto a todos. A todos los del mundo. Distinto a los que me darán nunca jamás, viva los años que viva. A no ser que sea ella quien me los dé.

Olía a ella.

Así que no estaba soñando. Era mi madre.

Y me besaba y respiraba mi piel a la vez, aturullada, reconociéndola, como solo sabía hacerlo mi madre.

Pilarito nunca más bajó del monte. Y ninguna dijimos nada.

Ella ya sabía.

Se había ido como Alfonsina, por la blanda arena, descalza, dejando sus huellas en el sendero y entregando sus huesos a las plantas y las aves carroñeras.

Cuando mi madre preguntó por ella, mi agüela solo nos guiñó un ojo y dijo que Pilarito se había ido a Madrid de visita, a ver el Museo del Prado y el Rastro, que tanto le gustaban de jovenzuela.

Y que más valía que no volviera, porque había hecho trampas en el guiñote y ya estaba harta de esa prima suya tan pesada, a la que conocía desde que era una cría, porque a sus padres se los habían matado en la guerra, igual que a los de mi agüelo, en ese mismo río, y que mi bisabuela Miguela, que se quedaba con todo perro sin casa, los había cuidado a los dos como unos hijos más, tanto o más que a ella misma.

Y Lapili y yo callamos, en uno de esos pactos en los que no hace falta ni el enunciado para firmarlo.

Mi madre durmió dos días.

Yo recorrí la fonda, pegada a sus muros, acariciando la hiedra que crecía por las paredes y despidiéndome, uno a uno, de cada mochuelo, a los que ya les había puesto nombre en secreto, de cada piedra, que ya reconocía como las pecas de mis brazos.

A mi prima Lapili no la vi.

Y eso que la busqué con furia.

Por fin la encontré al amanecer, entre los olivos, en la parte de atrás de la fonda, donde colgábamos las toallas de los Danones y los trapos de cocina.

Me vio y se acercó con rabia de loca. Me gritó que me fuera ya, que ella se quedaba con el cuarto verde de los libros y con el pato. Que se lo comerían para celebrar que por fin me había largado a mi pueblo, el de verdad mío. Que iba a quemar los libros de mierda.

Y que no me creyera escritora ni nada, porque no era nada más que una adoptada, sin pintalabios, sin colonia ni gracia.

Después me puso la mano en la cara, con esa piel suya tan áspera, y me sostuvo la mirada como si me leyera por dentro.

–Cuando te duela, canta fuerte o escupe. Lo que salga antes. Y no dejes que te hagan sombra. Ni que te doblen.

»Y vete rápido, llorona, que no quiero volver a verte ni en foto.

Asentí con los ojos. Tenía un nudo en la tripa como un enjambre.

Ella se alejó sin hacer ruido. Descalza, con el bikini que ya no tenía dibujos, con sus dos tetas al aire, arrancando una petiquera y prendiéndole fuego, echando humo como una de Hollywood. Como si fuese parte del monte, pero sofisticada. Como siempre había sido y sería ella.

Y no la volví a ver.

Yo no sabía si iba a poder vivir sin ella. Nunca se lo dije.

Y no creo que supiera lo jodidamente importante que fue para mí.

Tuve que meterme en el baño y llorar a moco tendido, sentada en el suelo, abrazada a las piernas y con hipo, hasta que mi agüela llamó a la puerta con los nudillos, bajito. Salí despacio del baño, pero ya no había nadie.

Caminé por aquel pasillo sin saber que sería la última vez.

Mi agüela estaba en la cocina, cortando melón con ese cuchillo al que le faltaba el mango.

Ni me miró cuando entré.

–Toma un trozo. Está fresco. Y no te manches, que tienes que llegar a casa limpia, hija. –Y puso la mano fuerte, me acarició el pecho en la parte de los sentimientos, dejando todo zumo en la ropa.

Me pasó el melón envuelto en una servilleta con puntitos y su nombre bordado: PILAR. Mi agüela, mi Pilar. Aún guardo aquel pañuelo.

–Llévate una chaquetica, por si refresca –añadió, mientras se limpiaba las manos en el delantal.

El melón sabía a aquel verano. Aquel verano que sabía a mil cosas que jamás se irían de mí.

Me hizo un gesto con la cabeza, como diciendo: «Hala, tira».

Entonces bebió agua muy largo, se giró y empezó a cortar cebollas. Con la mano que no se limpiaba las lágrimas encendió la radio y cantó como una ola con su voz ronca.

Yo supe.

Supe que esa era la última vez. Y ella también.

Hacía unos meses, al llegar, me habían recibido las tres Pilares: Pilarito, Lapili y mi agüela Pilar.

Y ahora, al irme, ni siquiera estaba el pato despidiéndose de mí. Miré el suelo por primera vez y me dio risa pensar que la estrella del patio –esa que había hecho mi abuelo– podía verse desde la estación espacial, el cometa Halley y que Aldrin la habría visto al pisar la Luna, o que tal vez era mi agüelo quien la usaba para no perdernos nunca de vista y cuidarnos, allá donde él estaba.

Años después, un pantano sepultó la fonda, a la agüela le dieron dos duros, y supongo que se fue con sus hijos y tejió su propia corona de flores y cargó con su propia piedra del río, porque en su pueblo aún la siguen buscando y porque ella era de fuego y no sabía irse despidiéndose. Yo no la lloré ni un segundo, sé que sigue viva, que sigue cantando, que mira desde el monte la maqueta y mueve los hilos de mi casta.

Kurt se suicidó. Con eso no contaba Lapili, con la muerte, y lloró para siempre su sueño de matrimonio. Después se enamoró de su mujer bella y la llenó de ríos, cerezas y orgasmos de esos que sacan mariposas secretas del centro de la tierra, como solo sabía sacar ella.

A K. lo llevaría siempre conmigo, y mucho más luego, cuando me enteré de que, con veinte años, una moto que él creía un caballo le dejó el cuerpito tirado en el asfalto, el mismo asfalto que ambos habíamos paseado.

Ese día K. se rió a carcajadas, como aquella vez que encontró la miel y Lapili se partió el culo en su cara y yo lo miré como nunca había mirado a un chico.

Y deseé que, como en un viaje de ayahuasca, se fuera volando como un cóndor, y que Gerónimo, el indio de las pelis, lo recibiera en su tribu y por fin lo abrazara.

Vi la fonda hacerse pequeña, diluirse en el horizonte. A veces pienso que solo la soñé, que no fue más que un delirio inventado de niña para que nada doliera tanto.

Me giré hacia la carretera que me llevaba al futuro. Mi madre conducía y el viento de septiembre nos acariciaba a las dos.

–Vas a tener que ayudar a tu padre a caminar, ya está en casa.

Y yo descansé.

Y al ver cómo ella me miraba, recorriendo mis piernas, mis manos, ese gesto que lo decía todo, supe que no solo dejaba a las tres Pilares allí, ni a la fonda, ni al verano. También se quedaba la niña que, hacía apenas unos meses, había llegado sin voz.

El final

Había conseguido dejar de fumar.

En el camino, engordé, y me dejé, por fin, ser más redonda. Me rendí a un dolor antiguo, que dormía en mí desde la prehistoria.

Reconstruí mi universo desde los escombros, y en ese nuevo mapa sentí que nadie volvería a quererme. Que en mi cuerpo ya no quedaba un solo rincón disponible, ni para el pavor ni para el placer.

Sabía que la vida no dejaría de doler. Pero también sabía que, como siempre, seguiría sorprendiéndome. Y embelesándome. Y haciéndome sentir bien.

Ahora solo quería querer a mi hijo. La palabra estaba drenada.

Yo estaba drenada. Reventada.

Todos mis recuerdos de aquel verano, la fonda, las mujeres de mi vida, el tiempo en que creí en los milagros, dormían bajo el agua, atrapados en la quietud sin relojes de un pantano.

El humo se había retirado.

El sueño, la calma y el amor, todo lo que antes volcaba hacia fuera, por fin estaban en mí.

Ahora solo quería creer que la vida era preciosa. Y que yo podía con ella.

Sin otro capitán en mi barco.

Porque ahora sabía que siempre podía bucear. Y que mi casa, mi fuerza, estaban conmigo.

Aquel verano. Aquella vida. La niña que fue valiente.

La joven que evitó perderse.

La mujer que está aprendiendo a quedarse. Solo podía honrar a todas las que fui.

Incluso a la que dejó de fumar por ti.

Pero dime ¿qué esperabas? Nací en los ochenta y en mi infancia no paró de llover.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
El final

Table of Contents

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
El final